

718
M. Fernández y González

La Princesa de los Ursinos



35
Céntm.^s

Nº 299



Tomo quinto



M. FERNANDEZ Y GONZALEZ

R-43476



S-Z-604/18

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

TOMO QUINTO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Meñstófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La Peña del muerto, por Q. Couch.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganzúa, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Mafia; Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul. —El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero).—284.—El Año Terrible.

Colección Tolstoi.

- 44.—Resurrección.
- 45.—La guerra y la paz.
- 46.—La sonata de Kreutzer.
- 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. du Terrail.

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azu-

- les.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

- 51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

- 130 a 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
- 139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.

Mayne Reid

- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos.
- 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos.
- 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrecia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares.
- 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo.
- 241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
- 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
- 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bazarrias de Belisa.
- 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
- 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz.
- 254.—Romancero del Cid.
- 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
- 259.—Moreto.—El lindó Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



La Princesa de los Ursinos

CAPITULO PRIMERO

DE CÓMO LA PRINCESA EMPEZÓ Á DESEMBARAZARSE DE ESTORBOS

Al salir de la cámara de la reina Ana María, encontró á Ursula en el mismo hueco del balcón donde antes la había visto.

Monsieur Amelot había desaparecido.

La princesa se acercó afable, tranquila, á Ursula, y la dijo:

—Dispensadme, señora, si os suplico me acompañéis á mi cuarto; no está en mi mano evitarlo, cumplo una orden de su majestad que ciertamente no esperaba.

—¡Oh! yo tengo un gran placer en acompañaros, señora—dijo Ursula siguiendo á la princesa.

Esto causó una gran sensación en las gentes que estaban en la antecámara.

Cuando llegaron al cuarto de la princesa, ésta dijo inclinándose respetuosamente:

—Ruego á vuestra alteza se informe de este Real decreto.

—¡Ah! ¡se me destierra!—dijo Ursula antes de leer el decreto.

—Ignoro lo que su majestad manda á vuestra alteza—dijo Ana María—; su majestad la reina me ha llamado y me ha dado ese decreto, que aún no he tenido tiempo ni intención de leer.

—¡Se me encierra en el convento de la Encarnación!—dijo pálida de cólera, pero conteniéndola, Ursula.

—Ignoraba esa determinación—dijo la princesa.

—Es demasiado cerca de palacio—dijo Ursula—, y aun creo que entre ese convento y palacio hay una comunicación subterránea.

—Sí; una comunicación por donde se llega á

un locutorio y á la tribuna que sus majestades tienen en la iglesia de ese convento.

—Eso, pues, no es salir de palacio.

—No sé qué contestar á vuestra alteza.

—Pues yo sé deciros—replicó Ursula—que si alguna vez os comunico un decreto semejante, iréis más lejos, mucho más lejos.

—No me acusa la conciencia falta alguna por la que merezca la animosidad de vuestra alteza.

—Su majestad la reina—dijo entrando una vieja, que era la marquesa de Dos Ríos—me manda me presente á vuestra alteza para encargarme de acompañar al convento de la Encarnación á la señora doña María de Ayala.

—¡Ah, bien!—dijo Ursula con la voz convulsa—, supongo que se me permitirá ir á mi cuarto á mudar de traje, á ponerme mis antiguos hábitos de beata, que están infinitamente más en armonía con un convento que un traje de corte.

—Yo no hago más que cumplir, muy á pesar mío, las órdenes del rey mi señor—dijo Ana María, sin dar la más ligera intención á sus palabras.

—El rey vuestro señor—contestó Ursula con una intención agresiva—ha sido sorprendido; no importa: adiós, y hasta la vista, princesa de los Ursinos.

Y salió altiva, seria, sombría, amenazadora, llena el alma de rabia y confiando ciegamente en su porvenir.

Ana María hizo llamar al almirante don Juna Enríquez de Cabrera.

Había colocado á Ursula en un lugar donde no podía hacerla daño, y aunque se creía, y con razón, completamente dueña del rey, necesitaba alejar de la corte á doña Esperanza Enríquez de Cabrera.

Para esto llamaba á su hermano el almirante.

CAPITULO II

LA PRIMERA CONVERSACIÓN ENTRE DOÑA ESPERANZA Y SANTIBÁÑEZ.

Cuando Santibáñez dejó, creyéndole muerto á Bizarro en el Cerrillo de San Blas, á poco que anduvo se le ocurrió que necesitaba acultarse, porque el terrible enredo en que se había metido no era para otra cosa.

Es cierto que podía contar, ó que al menos tenía derecho para contar, con la protección de Ursula; pero Santibáñez sabía bien hasta qué punto era temible la princesa, y temió que en vez de caer en la trampa que se le había armado, hiciese caer á los mismos que la habían hecho caer en ella.

Por lo que sucedió, hemos visto hasta qué punto tenía razón en temer á la princesa Santibáñez.

Estaba seguro de que Ana María sentiría indignación, y de que en cuanto se le viese en algún lugar público, sería preso.

Resolvió, pues, esconderse.

¿Y dónde? Tratándose de huir de la princesa, no tenía de quién fiarse.

Empezó á dar vueltas á su imaginación, y al fin se acordó de doña Esperanza, de su amor.

Pensar en ella y encaminarse rápidamente por calles excusadas á Puerta de Moros, fué todo cosa de un momento.

Llegó.

Como no eran aún las nueve de la noche, la gran puerta estaba abierta, iluminado el zaguán por un gran farol puesto en un pescante de hierro, iluminada en su parte interior la portería, y del mismo modo iluminado el primer descanso de la escalera; es decir, se recibía todavía en la casa.

Pero Santibáñez sólo conocía de vista al almirante; nunca le había hablado.

Si el almirante conocía de fama á Santibáñez, era porque las calaveradas de éste se habían hecho ruidosas y habían servido alguna vez de alimento á las murmuraciones de la corte.

Santibáñez no podía, pues, presentarse así de buenas á primeras, y con una pretensión como la que traía al almirante.

Esto hubiera sido irregular. ¿A pretexto de qué, pedirle le favoreciese ocultándole?

Le quedaba doña Esperanza, y á ésta era á quien buscaba Santibáñez con su habitual audacia.

Cierto es que nunca la había hablado; pero existía entre ellos una especie de relación por la carta amorosa que Santibáñez la había enviado en la posada de Alcalá la noche anterior, y por la contestación verbal que doña Esperanza había dado á aquella carta.

Entróse, pues, resueltamente en el zaguán Santibáñez, se encaminó á la portería, se detuvo delante de la puerta, y dijo:

—¡Hola! ¿no hay aquí nadie?

Al ver á un caballero guardia de corps se echó fuera de la portería un criado con librea encarnada, y contestó inclinándose:

—Su excelencia está: puede subir vuesa merced.

—No, no subo; al contrario, salte conmigo: tengo que hablarte.

Y echó hacia fuera poniéndose en la calle y en la sombra á poca distancia de la puerta.

El portero salió todo lleno de extrañeza y de esperanza, porque le pareció que se le presentaba una aventura de aquellas que producen dinero á los domésticos.

Y no se engañó: porque en cuanto estuvo al alcance de la mano de Santibáñez, éste le puso en las suyas un doblón de á ocho, vulgo una onza.

—¿Y esto por qué, señor?—dijo el portero.

—Porque estoy enamorado de tu señora—contestó Santibáñez.

—¡Oh, oh!—exclamó el portero—: pues no sé... no sé...

—Me basta con que me echas á una de estas rejas á una doncella de la señora.

—¡Diablos es que yo no conozco á las doncellas; porque como la señora ha venido hoy, han venido dos de improviso, y creo que prestadas, de uno de los conocimientos de su excelencia: y cuando uno no conoce á estas emperatrices, no sabe uno por dónde entrarles.

—Entra á cualquiera de ellas con estos dos doblones, que en cuanto los vea, estoy seguro te recibirá á parlamento.

—¿Y qué le digo?

—Dile que aquí hay un caballero guardia de corps, muy rico y muy agradecido á los favores que se le hacen, á quien su señora conoce, y que necesita de una persona lista que dé un recado suyo á la señora.

—Perfectamente—dijo el portero—: voy á buscar un criado que se quede en la portería mientras hago la diligencia: entretanto, espere-

se vuesa merced junto á esa reja, que á ella bajará la doncella, si es que consiente en bajar

—¡Pues no ha de consentirl ande, anda, y procura que yo no espere mucho.

El portero se entró en el zaguán, y Santibáñez se quedó esperando junto á la reja de la izquierda del pórtico.

Pasó bien un cuarto de hora, é impaciente Santibáñez, estaba ya á punto de entrar y de emprenderla con el portero por falta en el cumplimiento de su encargo, cuando se oyó el ruido que hacía al desencajarse uno de los postigos de la madera de la reja, y se oyó una ligera tose-cilla.

—Por fin—dijo acercándose Santibáñez.

—¿Sois vos—dijo una voz fresca y juvenil—, un caballero guardia de corps, que me ha enviado un regalo con el portero?

—Yo soy—contestó Santibáñez—: ¿y os ha dicho el portero que yo soy casi novio de vuestra señora?

—Sí, sí señor: y aunque soy nueva en la casa, no me he atrevido á dejaros esperando.

—Muchas gracias, hija, muchas gracias; pero vamos al negocio; subid y decid á vuestra señora, ya encontraréis medio para decirselo, que está aquí don Juan Santibáñez, y que considere cuán grande debe ser el motivo que le obliga á buscarla de este modo: que le va más de lo que puede decir, como no sea ella misma, en hablar con ella un momento por esta reja: ¿entendeis?

—Sí que entiendo, señor; pero estoy dándole vueltas al cómo digo yo eso á su excelencia, á quien no conozco: porque supongamos que me despide, que me voy casa de la señora duquesa de Arcos, de donde he venido prestada; que también me despide su excelencia, ¿qué hago yo entonces?

—Entrais á mi servicio.

—No sé yo cómo he de servir á un caballero guardia de corps.

—¡Bahl eso importa poco; por si os despiden, os tomo desde ahora á mi servicio, y allá va un año de salario adelantado.

Y dió á la joven cuatro doblones.

Esta se rindió á discreción.

—Os tomo por mi amo—dijo—, y empiezo á servirlos. Esperad, que no tardaré.

Y se fué.

Tardó otro cuarto de hora, que pareció un siglo á Santibáñez.

—Y bien—la dijo éste—: ¿qué hay?

—No he podido hacer más: he arrastrado por todo; he dicho á la señora que tenía que manifestarla una cosa reservada, y yo creo que pensó en vos solamente por esto que la dije, porque se puso encendida y luego pálida.

—¡Ah!—dijo Santibáñez.

—Os aseguro que la señora os ama—dijo la doncella—; yo no me equivoco; pero es muy recatada: cuando la dije que vos queríais hablarla por la reja, me contestó muy seria—: Decid á ese caballero que ha andado muy ligero en solicitar tal cosa: que si tiene algo que decirme, que me escriba.

—¿Eso os la dicho?

—Ni más ni menos.

—Pues bien—dijo Santibáñez—: esperadme aquí, no os movais; voy á escribirla.

—Espero, señor.

Santibáñez se separó de la reja, echó la calle adelante, salió á Puerta-Cerrada, y en una pastelería que había allí entonces, y que existe aún, pidió un pastel para hacer algún gasto, y papel, pluma y tintero.

Cuando se lo hubieron llevado, escribió lo siguiente:

“Sois mi esperanza, mi adorada doña Esperanza: no sabía yo que la segunda carta que había de escribiros no había de ser para pedirnos vuestro amor, que es mi vida, sino para rogaros me amparéis contra un peligro inminente que mi vida corre. Como que me encuentro gravemente enemistado con la princesa de los Ursinos, y cosas tan graves me han sucedido, que no son para confiadas al papel, sino para dichas á una tan noble señora como vos. Sólo por la desesperada situación en que me encuentro, he podido atreverme á solicitar de vos consintais en bajar á hablarme un momento por la reja. Vuestro en cuerpo y en alma, don Juan de Santibáñez.”

Cerró esta carta, y pagando la cuenta, aunque no había tocado al pastel que le habían servido, volvió á Puerta de Moros á la casa del almirante, y á la reja donde aún le esperaba la doncella.

—¿Estais ahí?—dijo Santibáñez.

—Sí—contestó la joven.

—Pues tomad; llevad esto á vuestra señora, y volved al momento.

Diez minutos después volvió á abrirse la reja, y una voz dulce, aunque alterada, dijo:

—¡Caballero!...

Santibáñez, sorprendido, estremecido, anhelante, porque había adivinado en aquella voz a doña Esperanza, se acercó vivamente á la reja, y miró con ansia.

Pero nada vió más que un bulto informe.

La noche era oscura.

—¿Sois vos, señora—dijo con voz trémula el joven.

—Sí, yo soy—contestó con voz no menos trémula doña Esperanza—: la carta que me habéis escrito me ha asustado.

—¡Oh! ¡qué felicidad, señoral ¡teméis por mí!

—Soy caritativa; estais en un gran peligro, y no menos que enemistado con la princesa de los Ursinos: esto es muy grave: habéis recurrido á mí, queréis hablarme, y me presto á oiros... en gracia al peligro que según decís corréis: porque supongo que esto no será un artificio de que os habéis valido para hablarme.

—¡Ah! ¡no, no! por mucho que os ame, por más que este amor sea una adoración, yo no me atrevería á engañaros: lo que os he dicho en mi carta es cierto, afortunadamente cierto; porque lo que ha sucedido me ha procurado romper completamente con la princesa, y la necesidad de hablaros; de otro modo, yo hubiera esperado con una dolorosa impaciencia, una ocasión en que deciros cuánto os amo y cuánto espero de vos.

—No hablemos de amor, don Juan—contestó doña Esperanza—, apenas nos conocemos.

—¡Ah, señoral basta con mirar al sol para deslumbrarse.

—¡Oh! una galantería no es disculpa bastante para hablar de lo que no se debe.

—¿Por qué ser tan cruel conmigo si me favorecéis?

—¡Que os favorezca!

—De una manera inapreciable, señora, os habéis interesado por mí hasta el punto de bajar á esta reja á hablar conmigo.

—No confiéis en eso—respondió vivamente doña Esperanza—: os lo repito; esto no es otra cosa que una obra de caridad.

—¡Pero la caridad, señora, es en la mujer el principio del amor!

—Sois demasiado confiado, y de todo punto temerario; porque hablándome así, empeñáis mi amor propio, y os exponéis á perder más que á ganar.

—Es decir, que ya tengo algo—dijo Santibáñez—puesto que puedo perder.

—¡Oh! tenéis el no serme antipático, pero na-

da más: no os hagáis ilusiones: yo no os amo, no puedo amaros, ni á vos os conviene que os ame de repente una señora que no puede escuchar vuestro amor, sino unido á una demanda de enlace.

—Estoy dispuesto, señora, á casarme con vos ahora mismo.

—Despacio, despacio, don Juan—contestó doña Esperanza—: ¿sabéis acaso lo que soy yo?

—Tal como sois me habéis vuelto loco; os he visto entera en una mirada: hermosura y alma.

—Pues tenéis muy buena vista.

—No, no, señora; tengo un buen corazón que no me engaña: estoy seguro de que nunca habéis amado.

—Pues os engañáis, don Juan, porque he amado mucho.

—¿Y á quién, señora, á quién?

—Primero al marqués de Leganés; después á monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere, muerto antes de ayer por causa mía: luego he estado á punto de amar, no menos que al señor rey don Felipe V, con quien tuvo la bondad de encerrarme la señora princesa de los Ursinos.

—¡Ah! ¡ayer en el Buen Retiro!

—Sí, ayer en el Buen Retiro.

—¿Y cómo es que la princesa os ha traído á vuestra casa, poniéndoos bajo la guarda de vuestro hermano?

—Eventualidades, don Juan, eventualidades; pero ya veis si he amado.

—Vos, señora, no habéis amado nunca; tenéis la mirada completamente diáfana, completamente pura.

—Que yo haya guardado mi honra, no quiere decir que no haya amado.

—Tenéis el alma completamente virgen, señora, y sé que en nada arriesgo mi honra queriéndos por esposa.

—Gracias, don Juan—contestó la joven—; me hacéis justicia; pero que me hagáis justicia; no quiere decir que esto haga que yo os ame tan de improviso. No hablemos más de esto, porque os aseguro que me enoja: vengamos á vuestro peligro; veamos si mi hermano puede salvaros. ¿Qué os ha sucedido?

—Me he cruzado en el camino de la princesa de los Ursinos: he obtenido pruebas contra ella que la quitarán, de seguro, el favor del rey; pero al obtener esas pruebas, por una casualidad, me he puesto frente á frente de ese gitano confidente, amante, esclavo, todo á un tiempo de la prince-

sa, y hemos tenido un duelo, y le he muerto, ó por lo menos le he herido gravísimamente. El rigor de las pragmáticas, el poder de la princesa de los Ursinos, me obligan por el momento á ocultarme: ¿y cómo he de ocultarme si no me favorece un señor poderoso como vuestro hermano el almirante?

—Decid, don Juan: ¿ese gitano de que habláis, es el que me ha conducido desde Taraceña á Madrid? ¿el que me ha entregado á la princesa de los Ursinos, que ha pretendido hacer conmigo una infamia, de la que sólo me ha librado mi firmeza y la caballerosidad de su majestad?

—¡Ah! al encerraros con el rey, señora, valiéndose de un artificio, la princesa había contado con que os deslumbraríais.

—¡Como si yo fuera semejante á la princesa! Pues mirad, me alegro, me alegro de que hayáis castigado á ese pícaro; pero tenéis razón, es necesario protegeros: mi hermano os protegerá; voy á mostrarle vuestra carta, fingiendo que no he hablado con vos; porque no he debido hacerlo: la misma doncella á quién habéis dado esa carta, bajará á avisaros. Adiós.

—Un momento, señora, un momento. ¿Me autorizáis para que pida vuestra mano al señor almirante?

—No; eso sería deciros, yo os amo, y mentiría: no me gusta mentir; la mentira que voy á decir á mi hermano por vuestra causa, es decir que no he bajado á hablaros; es ya bastante.

—Pero bien, señora, si yo pido vuestra mano al almirante, si me la concede...

—No os la concederá, estad seguro de ello sin contar conmigo; es más, tengo también la seguridad de que mi hermano os dirá: "Yo no me entrometo en ese asunto."

—Eso sería una negativa, señora.

—Pero una negativa cortés, don Juan; y por otra parte, merecida, porque tenéis muy mala reputación.

—Locuras de joven, señora, que no han producido ninguna víctima.

—Sí, sí, ya se conoce que estáis acostumbrado al trato de mujeres fáciles, y que creéis que todas lo son.

—¡Ah! ¡un reproche inmerecido! ¡un reproche que me desespera!

—Pero justo, muy justo: ¿qué queréis que os diga, cuando á la primera ocasión de corromper una criada, en la posada de Alcalá, me acome-

tisteis con una carta que contenía una declaración de amor á la ligera, como hecha á una mujer á quien no se tiene en gran respeto? Verdad es que me encontrásteis por esos campos de Dios como una dama andante de libro de caballería; pero me visteis la cara, y creo que ella revela bastante pureza, bastante dignidad para que vos hubiérais obrado con reserva.

—¡Ah, desdichado de mí! Os veo ofendida por una acción que habéis interpretado, juzgando por las apariencias.

—Con razón ofendida; porque vos, por apariencias, os habíais atrevido demasiado.

—Pero entonces, señora, si estábais ofendida, ¿por qué me contestasteis dándome una esperanza?

—Porque necesitaba alentaros para que me creyérais una conquista fácil, y poderos después castigar á mi sabor.

—¡Ah! pero eso es tener mal corazón, señora.

—No os lo suponía yo muy bueno.

—Ya veis que os habéis equivocado: que estoy enamorado, ciego; que por vos he concluido con la princesa; que vos sois lo único que existe para mí en el mundo; que me parecéis un ángel de Dios, el ángel de mi felicidad; y que á quererlo vos, con vos me casaría, no siendo como sois hermana del almirante de Castilla, sino aunque lo fuérais, perdonad las palabras, de un ladrón ó de un verdugo. Si no me amais, si no sois mi esposa, muero: me habéis aprisionado el alma en el momento en que os ví, en aquel momento de asombro, de alegría, porque encontré en vos realizados todos mis deseos; os amé como no he amado nunca: yo no sabía lo que era el amor hasta que os he visto: el amor que os tengo es mi primer amor, señora; me habéis convertido en otro hombre.

—Pues bien, os repito lo que de mi parte os dijo la criada del mesón de Alcalá: esperad y mereced.

—Ved que me va á matar la impaciencia.

—¡Ah! pues armaos de paciencia, don Juan, y adiós. No me repliquéis; no me obliguéis á dejaros con la palabra en la boca: esperad á que baje á avisaros mi doncella con lo que hubiere.

—Id, id, señora—dijo Juan—: os obedezco, no insisto, aunque de buena gana estaría hablando con vos toda una eternidad.

Doña Esperanza cerró la reja.

—¡Oh! sí, me ama, me ama como yo la am

á ella: nos hemos flechado: hemos nacido el uno para el otro: así es mejor: la vida que yo traía era endiablada, y empezaba á cansarme de ella.

Entre tanto, doña Esperanza murmuraba atravesando las habitaciones bajas de la casa:

—¡Oh, sí! ¡me ama! habla con sinceridad, está loco por mí, y creo que yo le amo también.

Algún tiempo después, doña Esperanza entraba en el cuarto del almirante, que aún no se había recogido.

CAPITULO III

EL BUEN HERMANO

—¿Qué esto?—la dijo sonriendo—: ¿que buscas á estas horas, hermana?

—Traigo una carta.

—¡Una carta!—respondió con extrañesa el almirante.

—Sí, una carta que me ha escrito don Juan de Santibáñez—contestó con encogimiento doña Esperanza.

—¡Cómo!—dijo severamente el almirante—; ¿y ese hombre se atreve?...

—Se ha valido de los criados.

—¿Y por qué no has devuelto esa carta?

—Porque la doncella que me dió la carta me dijo que el caballero que se la había dado le había encarecido que se hallaba en un gran peligro; y en efecto, de ese peligro se habla en la carta.

—Veamos—dijo el almirante.

Y leyó la carta que ya conocen nuestros lectores.

—Esto puede ser un pretexto—dijo el almirante—; en fin, veremos, aceptemos esta extraña situación. En cuanto á ti, hermana, has obrado como has debido, y estoy á cada momento más orgulloso, más satisfecho de ti: esto es; una hermana mía, no puede sin desdoro hablar por la reja, como una mujer de poco más ó menos, con nadie.

—¡Ah! no, no, hermano; yo no me atrevería nunca á tanto, ni aun lo pensaría. ¡Oh! ¿qué aprecio puede tener un hombre de una mujer que así se olvida de su recato?

—Dime, Esperanza; sé completamente franca conmigo: ¿amas á don Juan? porque temo una demanda.

—¿Si le amo?... he pensado mucho en él... me ha parecido bello y noble, y enamorado...

—¿Sabes tú que don Juan es un libertino?

—¿Y qué importa? Peor para él si me ama, porque si no se convierte, le despreciaré.

—¡Ah! eres un tesoro, Esperanza: ve, ve y dí á esa doncella que diga á ese hombre que llame á mi puerta, que pregunté por mí, que estoy dispuesto á recibirle.

Doña Esperanza salió.

Don Juan se paseaba impaciente por delante de la reja.

Había pasado un gran rato desde que se había separado de él doña Esperanza.

Al fin la reja se abrió, y la misma doncella de antes dijo:

—¿Caballero?

Don Juan se acercó

—Llamad á la puerta—le dijo la doncella—, y preguntad por mi señor, que os espera.

—¿Eso os ha dicho vuestra señora?

—Sí, señor.

—Bien, tanto da—dijo Santibáñez.

—Adiós, señor; para serviros—dijo la doncella—: perdonad, no puedo detenerme más.

Y se metió adentro y cerró las maderas de la reja.

—Y bien, mejor—dijo Santibáñez.

Se acercó á la puerta y llamó.

Le abrió inmediatamente el portero.

—Decid á su excelencia—dijo Santibáñez—que...

—Pasad, señor, pasad—dijo el portero—; su excelencia no se ha recogido todavía. Pascual, acompaña á este caballero hasta la cámara de su excelencia.

Otro criado que salió de la portería, llevó hasta la puerta de la cámara del almirante á Santibáñez.

Don Juan Enríquez de Cabrera estaba solo y de pie, severo, completamente vestido de negro, y apoyado con una mano sobre la mesa.

—Guárdeos, Dios, señor almirante—dijo Santibáñez.

—El os guarde—contestó el almirante—. ¿Es vuestra esta carta?—dijo dejando de apoyarse en la mesa y dando una que estaba sobre ella á Santibáñez.

—Sí, contestó éste.

—Supongo será muy grave la causa que os ha obligado á dirigiros de tal manera á mi hermana.

—Si no fuera la causa gravísima, la hubiera ofendido, y no merecería disculpa.

—Perdonad, caballero; pero tenéis muy mala fama: se dice de vos que nada respetáis.

—Calumnias de envidiosos, señor almirante.

—Bien, bien: mi hermana, que os ha conocido por casualidad, y que ha contestado por cortesía á una carta vuestra, anoche, según creo, al recibir esta otra, me la ha traído; y esto porque se habla en ella del peligro de vuestra vida, de enemistad vuestra con la princesa de los Ursinos; y los Enríquez, caballero, no cerramos nuestra puerta á los que vienen á pedirnos amparo. ¿Qué os sucede?

—Estoy en un grave compromiso: hace una hora he matado en duelo á José Díaz el Bizarro, picador de su majestad, y aunque parezca extraño, grande amigo, y aún más que amigo, de su alteza la señora princesa de los Ursinos.

—¡Ah! esto es grave, verdaderamente grave—dijo el almirante—: esta tarde estuvo buscándoos aquí, y con grande empeño, ese hombre. ¿Queréis explicarme? ¿podéis explicarme?...

—Es una historia muy larga, señor almirante, y como francamente, amo con toda mi alma á doña Esperanza...

—Paso, paso, señor Santibáñez—dijo el almirante—: veamos vuestra historia; lo demás no importa: hablad; pero sentaos: fuera de vuestras pretensiones, estáis en vuestra casa.

—Gracias, señor almirante: en cuanto á mis pretensiones, insistiré en ellas cuanto me sea posible y procuraré hacerme digno...

—Vengamos, vengamos á esa historia—dijo el almirante con severidad.

—Oid—contestó Santibáñez—: voy á ser completamente franco con vos para que veáis que pretendiendo á vuestra hermana obro con sinceridad.

—A la historia, á la historia—dijo el almirante.

—Voy á haceros una confesión general—dijo Santibáñez.

Y empezó, y le reveló todo lo que tenía relación con sus amores con la princesa y con la muerte de Bizarro.

Santibáñez empleó en esto dos horas largas.

—Me habéis contado cosas tremendas—dijo el almirante—, y si esa mujer es tal como vos decís...

—Mi palabra de honor—dijo Santibáñez.

—Pues bien, esa mujer es formidable, y no sé,

no sé hasta qué punto podré defenderos de ella; además, no sé si merecéis que se os proteja, porque de vuestra confesión salís muy culpado.

—Pero me presento á vos convertido.

—¿Y qué hemos de hacer? En mi casa no podéis estar, porque ya saben en ella los criados vuestro nombre; os han visto entrar, y si no os ven salir y os busca bien la princesa... pueden hacernos traición; pero no importa, todo se reduce á que pasemos una mala noche. ¡Hola, Sánchez! —dijo el almirante yendo á una puerta.

Se presentó un criado.

—Que ensillen al momento dos caballos—dijo el almirante—, y que pongan pistolas en las pistolas: pistolas de dos cañones cargadas; que se me avise en el momento en que estén dispuestos los caballos.

El criado se retiró.

—Dispensadme que os deje solo un momento—dijo el almirante—: voy á ponerme un traje de montar y á mandar que os traigan unas botas con espuelas.

—Gracias, señor almirante, porque me molestaría mucho montar con zapatos.

El almirante salió.

Poco después entró un ayuda de cámara con unas magníficas botas de montar, y las puso á Santibáñez.

Un cuarto de hora después apareció el almirante con sombrero, capa parda de camino, botas de montar y espada de tirantes con vaina de cuero.

Al mismo tiempo se abrió la puerta de la cámara, y dijo un criado:

—Los caballos están prontos, señor.

—Vamos, pues, don Juan—dijo el almirante.

Salieron, bajaron al zaguán, donde dos palafreneros tenían de la mano dos magníficos caballos; montaron, se abrió la puerta, y el almirante y Santibáñez salieron.

—Dentro de tres horas—dijo el almirante—estareis en completa seguridad; piquemos largo.

Pusieron los caballos al trote; atravesaron el oscuro Madrid y llegaron á la puerta de Alcalá, que estaba cerrada; pero al dar su nombre el almirante, los del resguardo abrieron la puerta.

Hablando poco y corriendo mucho, llegaron al fin á las tres y media de la madrugada al pueblo de Canillejas, le atravesaron, y á poca distancia de él, el almirante torció á la derecha de la carretera, y por un camino de herradura

llegó á una gran casa, cuya enorme masa se destacaba entre la sombra.

—Esta es una quinta mía—dijo el almirante—, donde sólo hay dos criados antiguos de toda mi confianza: aquí estaréis en completa seguridad; porque aunque se sepa que yo os he sacado de Madrid, nadie podrá arrancarme la noticia del lugar donde os ocultais.

—¡Oh! bien había yo hecho en esperarlo todo de vos, señor almirante—dijo Santibáñez.

Habían echado pie á tierra, y don Juan Enríquez llamó á grandes golpes á la puerta.

Tardaron en abrir, porque les cogía desprevenidos á los de la casa la ida del almirante.

Al fin se abrió la puerta y aparecieron dos criados de buena facha y buena fecha, uno de los cuales traía un farol encendido.

—¡Ah, señor!—dijo uno de ellos—ya lo había dicho á Antonio; por la manera de llamar, creo que quien llama es su excelencia.

—Sí, Esteban, sí—dijo el Almirante—; mete esos caballos en la cuadra, Antonio, y échalos un pienso. A mi cuarto, Esteban.

Cuando estuvieron en una bellísima cámara, porque aquella era una casa de placer del almirante, y estaba alhajada como un palacio, el almirante dijo á Esteban:

—Este caballero se queda aquí, á causa de un duelo; necesita ocultarse hasta que se obtenga el indulto de su majestad. Puede suceder que entre tanto le busquen; ya sabes dónde puede ocultarse sin que nadie dé con él: en estos tiempos de trastornos, don Juan, como no se sabe lo que podrá acontecer, es necesario tener preparado un escondite seguro, y aun más de uno: vamos, recogeos y descansar; yo voy á descansar también un rato, porque tres horas á trote y galope fatiga; en cuanto descansa me volveré á Madrid, y como no quiero molestaros, adiós y hasta la vista.

—Adiós, señor almirante; contad con mi eterno agradecimiento, y con mi vida, si alguna vez la necesitáis.

—Hasta la vista, hasta la vista, y adiós—dijo el almirante.

Y salió.

Dos horas después el almirante montaba á caballo, y acompañado por Antonio, se volvió á Madrid, al que llegó á las nueve de la mañana.

Antonio no había llegado con él hasta la casa: haber llegado hubiera sido lo mismo que decir á los otros criados adónde había llevado á su

amo al caballero guardia de corps. Se volvió desde la puerta de Alcalá.

El almirante, después de haber dicho á su hermana, á quien había conocido demasiado interesada por Santibáñez, que éste estaba en salvo, se acostó; y apenas se había levantado, como á las tres de la tarde, recibió un billetito perfumado de la princesa de los Ursino, en que ésta le anunciaba que le esperaba para comer.

El almirante se vistió magníficamente y se trasladó en carroza al alcázar.

CAPITULO IV

DE CÓMO SE CASÓ LA HERMANA DEL ALMIRANTE

La princesa recibió con suma amabilidad al almirante en su cámara, en la que había una mesa magníficamente cubierta con vajilla y ramillete de plata.

—Tengo que hablaros, amigo mío, de asuntos muy importantes—dijo la princesa.

—El rey nuestro señor puede contar con mi corazón, con mi fortuna y con mi espada—dijo el almirante, creyendo que se trataba de un asunto político.

—Sí, sí; ya lo sabemos—dijo la princesa—; pero los asuntos de ahora se trata, á nadie importan más que á voz, señor almirante.

—¿A mí?

—Sí, por cierto, á vos; pero voy á mandar que nos sirvan: sentaos.

Se sentaron.

La princesa llamó, y lacayos de gran librea empezaron á servir la comida.

Mientras la servidumbre estuvo presente, con gran impaciencia del almirante, no pudieron hablar más que de generalidades.

Pero cuando la comida hubo concluido y se quedaron solos, la princesa dijo:

—Tenéis, señor almirante, una hermana muy bella: un tesoro de pureza, de discrección y de hermosura.

—¿Y es mi hermana—dijo con alguna ansiedad el almirante—, el motivo de la conversación que tan grave me habéis anunciado?

—Sí; vuestra hermana, don Juan, está en un gran peligro.

—¿En peligro?

—Sí, por cierto: su majestad se ha enamorado de ella.

—Supongo—dijo con dignidad el almirante—que el rey respetará mi nobleza, mi lealtad y mis servicios; y en cuanto á mi hermana, espero que no manchará mi honra, y si la manchara, yo sé lo que haría.

Lo mejor, don Juan, es evitar: en materias de amor sabéis que nada se respeta; que las pasiones son exigentes y tiranas: yo no dudo ni un momento de la dignidad de vuestra hermana; ¿pero por qué dejarla expuesta á disgustos y asechanzas? ¿por qué no la casáis, don Juan?

En la manera que tuvo de decir estas palabras la princesa, el almirante comprendió perfectamente la situación. Vió que se le mandaba casar á su hermana.

Porque tal era la influencia de la princesa, que había que considerar como un precepto una indicación suya, por ligera que fuese.

—¡Casarla!—dijo el almirante—: ciertamente yo me alegraría mucho de casarla bien: una hermana soltera, siendo yo soltero, es demasiado cuidado y demasiado entretenimiento para mí. ¿Pero cómo casarla? ¿con quién? Necesario sería esperar, porque estas cosas son demasiado serias, si ha de casarse la bien: que de otro modo, ni por el cariño que me ha inspirado á pesar de que sólo han pasado horas desde que la conozco, y por ser mi hermana, aunque bastarda, yo no la casaría; más bien por evitar disgustos, ya que su majestad se ha olvidado de quien yo soy, para pensar de tal manera en mi hermana, mejor la encerraría en un convento.

—¿Y á qué sacrificarla, don Juan? Vuestra hermana ama y es amada.

—¡Santibáñez!...—exclamó con disgusto el almirante.

—¡Cómo! ¿Sabéis?...

—Sí: mi hermana ha sido franca y leal conmigo; pero ese Santibáñez...

—Es un caballero.

—En buen hora; pero un caballero de muy mala conducta.

—Más que otra cosa, un loco, á quien curarán indudablemente el amor y el matrimonio: es rico, y además se le dará un buen empleo en Napolés ó en las Indias.

—¡Ah, sí! ¿queréis que mi hermana no esté en la corte?

—Es prudente: así os quedaréis completamente desembarazado.

—Pero según entiendo, Santibáñez anda huido.

—Es natural que huya: ha matado en duelo á un hombre; pero esto está ya arreglado. Mejor dicho, está arreglado todo. Vais á juzgar.

Y la princesa se levantó y fué á una papelera, volviendo á poco con dos papeles en la mano.

—Yo, cuando pienso en una cosa, la concluyo: mirad.

—Y entregó aquellos dos papeles al almirante.

El uno era un indulto amplio del rey á don Juan de Santibáñez, por el duelo habido entre él y el picador José Díaz, cualquiera hubieran sido las consecuencias: el otro la real licencia que como guarda de corps necesitaba don Juan de Santibáñez para casarse con doña Esperanza Enríquez de Cabrera, hermana natural reconocida del almirante de Castilla.

—Y bien, señora—dijo el almirante guardando aquellos dos papeles—: estos documentos tienen la fecha de hoy: será necesario que yo reconozca legal y solemnemente á mi hermana con fecha de ayer: se hará. ¿Tenéis otra cosa más que mandarme, señora?

—Protesto—dijo la princesa—: yo no os he mandado; yo no os mando: no quiero que consideréis esto más que como un servicio de mi amistad.

—Os lo agradezco, señora, me pongo á vuestros pies, y me retiro para no levantar mano hasta que este negocio esté terminado; muy en breve serán esposos don Juan de Santibáñez y mi hermana. Adiós.

—Adiós, señor almirante.

El almirante salió.

—Es necesario doblegarse—murmuraba dirigiéndose á la salida del alcázar—: la princesa es omnipotente. Santibáñez es un libertino; pero parece ciegamente enamorado de Esperanza. ¡Quién sabe, quién sabe si, como dice la princesa, el amor le convertirá!

El almirante, dando vueltas á su imaginación, se metió en su carroza y se hizo llevar á su casa.

Inmediatamente se encerró con su hermana.

—Toma—la dijo—y lee.

Y la entregó los dos documentos que le había dado la princesa.

—Pero esto es demasiado pronto—dijo doña Esperanza—: ¿qué pensará don Juan?

—Don Juan pensará lo mismo que yo pienso: que se nos impone este casamiento; pero no es esa la cuestión: ¿te harás tú una gran violencia en casarte con Santibáñez?

Doña Esperanza tardó algo en responder, se puso vivamente encendida, y dijo:

—Francamente, hermano, creo que don Juan puede hacerme muy feliz.

—Pues bien, no hablemos más de esto: voy á reconocerte solemnemente; tú, entre tanto, ocúpate de las galas y de las joyas que se necesitan para una boda tal como corresponde á nuestro rango: no te duelas de gastar, porque eres rica: no por esos doscientos mil ducados que trajo ayer el gitano, que son de la corona, y que volverán á la corona, sino por la renta que yo te asignaré al reconocerte.

—¡Ah, hermano, hermano, qué bueno eres!—dijo doña Esperanza abrazándole.

—Todo lo mereces tú; pero adiós, hermana, adiós, necesito aprovechar el tiempo: aprovéchalo tú, de modo que trajes y joyas y cuanto fuere menester, estén dispuestos para dentro de tres días.

El almirante salió, llamó á un notario y á algunos amigos para que sirviesen de testigos, y reconoció solemnemente como hermana suya natural á doña Esperanza.

En seguida, á pesar de que ya oscurecía, montó á caballo, y se dirigió á su quinta.

Santibañez se aburría.

Cuando vió al almirante se alarmó.

—¿Qué—dijo—tan poco está aquí seguro?

—Por el contrario, don Juan—dijo el almirante—; seguro podéis estar á la luz del sol y en las gradas de San Felipe el Real.

—¿Cómo!

—Por este indulto de su majestad.

Y sacó el indulto, y lo dió á Santibañez.

—¿Quién he hecho esto?

—¿Quién ha de haberlo hecho sino la princesa de los Ursinos?—dijo con intención el almirante.

—Pues mirad—dijo Santibañez—: siento mucho deber esto á esa mujer.

—¿Y por qué?

—Porque desde que conozco, desde que amo á vuestra hermana, que todo fué en un punto, sentí repugnancia por el recuerdo de la princesa y el deseo de olvidarme de ella, como si nunca la hubiera conocido.

—Pues sois ingrato, muy ingrato, don Juan.

—Como queráis; pero todo lo que pueda ponerse ni como una sombra entre la posesión legítima de vuestra hermana y yo, me es odioso.

—¿Insistís en pedirme por esposa á mi hermana?

—Insisto é insistiré: indultado ya, noble, con renta bastante para sostener decorosamente á vuestra hermana y á la descendencia que Dios fuere servido darnos, os pido la mano de vuestra hermana doña Esperanza Enríquez de Cabrera.

—Y yo no os la concedo—dijo el almirante.

—¿Y por qué?—exclamó con energía don Juan.

—Esperad aún; no he concluido: no os la concedo, pero os la doy.

—A fe á fe que no os comprendo, señor almirante.

—Pues es muy fácil comprenderme: por hoy mi voluntad no es dárosela, porque necesitaba yo muchas pruebas de que os habíais convertido, para que os confiase la felicidad de mi hermana; pero este casamiento es necesario.

—¡Necesario! ¿y por qué?—dijo alarmado Santibañez.

—Porque lo quiere la princesa; y ya sabéis que lo que la princesa quiere, es un mandato al que no se puede resistir sin imprudencia.

—Yo creía que la princesa había caído completamente del favor de su majestad.

—Pues os engañais: la princesa tiene ahora más poder que nunca.

—Esa majer tiene hecho pacto con el diablo—dijo Santibañez.

—No, don Juan, no—repuso el almirante—: todo consiste en que la princesa es una gran mujer; juzgad.

Y sacó otro papel que dió á Santibañez.

—¡La real licencia para mi casamiento con vuestra hermanal—exclamó con alegría Santibañez.

—Sí, eso es obra también de la princesa.

—Pues os digo que no lo entiendo.

—Más aún: la princesa quiere, porque dice que es prudente, que en cuanto os caséis os vayais con vuestra esposa y con un alto oficio á Nápoles ó á Indias.

—Pues me alegro mucho más: ¿es decir, señor almirante, que podemos montar á caballo y volver á Madrid?

—Indudablemente.

—¿Y me permitireis ver á vuestra hermana?

—Cuando os vayais á unir con ella.

—Paciencia—dijo Santibañez—: sois demasiado severo, señor almirante.

—Tiempo os queda para tenerla de sobra:

devolvedme la real licencia de casamiento, y quedads con el real indulto de su majestad que necesitais para presentaros en el cuartel de Guardias, donde sin duda os han dado por desertor. Ahora volvámonos á Madrid.

Tres días después, por la noche, se celebraban unas ostentosas bodas en la casa del almirante.

Asistían en representación de los reyes, como padrinos, el marqués de Matanzas y la marquesa de Dos-Ríos.

Al retirarse los padrinos, concluidas las bodas, el marqués de Matanzas dió un pliego á don Juan de Santibáñez.

—He aquí, señor don Juan—le dijo—, el regalo de boda que os hace su majestad.

Era el nombramiento de aposentador mayor del ejército de Nápoles.

Cuando se hubieron quedado solos los esposos y el almirante, éste les dijo:

—Abajo espera un coche de camino escoltado por algunos criados: idos en él á mi quinta de Canillejas, pasad allí la noche, y mañana por la mañana emprended vuestro viaje á Nápoles.

—Me alegro de que se me destierre—dijo Santibáñez—; llevando conmigo á mi Esperanza, lo llevo todo.

Los dos esposos partieron.

Pasaron la noche en la quinta de Canillejas, que encontraron magníficamente preparada.

Al día siguiente á las diez, llevando siempre una escolta de criados del almirante, emprendieron su viaje para Barcelona.

Allí debían embarcarse para Nápoles.

Y en este punto da fin para nosotros la historia de una de las tres Esperanzas.

CAPITULO V

EN QUE SE TRATA DE OTRO CASAMIENTO

La princesa llamó á Azucena: necesitaba apartarla también de la corte por muchas razones.

Los reyes sabían que era su hija, y esta noticia, que podía entrar en el círculo murmurador de la corte, era más difícil apartada de ella Azucena; porque se habla poco generalmente de los ausentes, que no pueden hacer sombra.

—A más de eso, el rey estaba empeñado por ella; y aunque perteneciéndole, haciéndose su

querida, la princesa de los Ursinos se había apoderado completamente del rey, no se sentía bastante fuerte, considerada la cuestión desde el punto de vista del amor, para competir con su hija en el alma del rey.

Por otra parte, la reina debía necesariamente molestarse en tratar como á una infanta á Azucena, sabiendo que no lo era.

Azucena debía extrañar el cambio en la manera de tratarla de la reina.

Todo hacía, pues, que Azucena fuese en la corte una figura fuera de cuadro, dada la situación á que habían llegado las cosas.

La princesa se fué al cuarto de Azucena por la comunicación interior, y encontró á la joven demasiado triste, demasiado pensativa.

Tan concentrada estaba en sus pensamientos, que la princesa pudo acercarse á ella por detrás y besarla en una mejilla.

Azucena se levantó sorprendida del sillón donde estaba sentada junto á la vidriera de uno de los balcones que daban al profundo y tristísimo patinillo triangular que ya conocemos.

—¡Ah! ¿sois vos, señora?—dijo Azucena procurando sonreír.

—Sí, yo soy, hija mía—contestó la princesa—pero estás triste, desolada, sufriendo.

—Es mi carácter—contestó Azucena—: no he visto hace muchas horas á Bizarro, y temo le haya sucedido alguna desgracia.

—No, no—dijo Ana María—; los ojos de una madre no se engañan: tú tienes enferma el alma, Esperanza.

La princesa, ya lo hemos dicho en otra ocasión, la llamaba así para no perder la costumbre é incurrir delante de la corte en una contradicción embarazosa.

—El alcázar me ahoga, madre mía—dijo Azucena.

—Sí—contestó la princesa—; tú tienes el alma expansiva y enérgica, y la baja, vulgar y repugnante intriga cortesana, te contraría hasta el punto de hacértese insoportable.

—En efecto, madre; todas estas miserias me causan un hastío y una repugnancia que cada día son mayores: yo necesito salir de la corte; pero decidme: ¿qué ha sucedido á Bizarro?

—Ármate de valor, Esperanza, porque sólo puedo responderte con una mala noticia.

—¿Qué desgracia ha sucedido á Bizarro?—dijo poniéndose pálida Azucena.

—Ha tenido un duelo.

—¡Un duelo!

—Sí, un duelo irremediable: don Juan de Santibáñez ha vuelto á la corte, curado ya de la herida que le causó Bizarro.

—¡Oh, qué recuerdo!—exclamó Azucena—: ¡mi pobre madre... mi hermano... ensangrentados... muertos delante de mí! ¡Perdonad, madre mía, perdonad si llamo también mi madre á la infeliz Cíntal ¡mi hermano á aquel desventurado niño muerto antes de nacer, ó tal vez demasiado venturosol

Y los ojos de Azucena se llenaron de lágrimas. Pasaron algunos segundos de silencio.

—Tienes un corazón que me espanta—dijo al fin la princesa—, y es necesario, necesario de todo punto, separarte de la corte.

—En el convento de las madres Trinitarias me encontraría mucho mejor que aquí—dijo Azucena—: he recordado muchas veces con dolor aquel claustro silencioso, aquella pequeña y alegre celdita, donde yo vivía, junto á la celda de la madre doña Presentación, con su balcón al Mediodía que daba sobre la huerta, y al que servían de cortina en el verano las pámpanas de una parra. Yo no sufría allí; y en el tiempo que llevo en la corte, he sufrido horriblemente, y de día en día sufro más: allí cada monja era para mí una madre; cada novicia, cada educanda, una hermana: allí no veía más que rostros afables, sonrisas puras, miradas candorosas. Aquí... aquí, madre mía, todo me es hostil, todo me repugna, todo me hace daño. Me ahogo: yo no he nacido para estas nauseabundas miserias; pero me olvidaba de Bizarro, ¿qué ha resultado de ese duelo?

—No se sabe: sólo se ha descubierto un gran espacio de tierra empapado en sangre en el Cerrillo de San Blas, y junto á él el sombrero de Bizarro.

—¡Oh, qué horror!—exclamó Azucena—, ¡y todo, todo por mí; por la tenacidad del hijo del conde de Monterey en enamorarme, por su tentativa de robarme, que causó el terrible lance en que Bizarro hirió á aquel enamorado funesto, viéndose obligado á huir! Sin don Luis Dávalos, os hubiéramos esperado en Madrid; no hubiéramos ido á Taracena; no hubiera sido destruida una familia: ellos allá; Bizarro aquí. ¡Oh, Dios mío!

—Ya te he dicho, Esperanza, que te armes de valor—dijo la princesa—: ciertamente es una horrible desgracia la que ha sacrificado á Bizarro, á su familia; pero aún hay más.

—¿Más aún?

—Sí, se ha puesto en juego una intriga tal, que sin poder yo evitarlo, sus majestades tienen la prueba de que tú no eres doña Esperanza de Austria, hija natural del rey don Carlos II, sino mi hija Eleonora.

—¡Ah!—exclamó Azucena—, ¡ni un momento, ni un momento más en la corte, madre mía! ¡Después de esto, yo no podría resistir, sin morir de vergüenza, las miradas de sus majestades!

—¡Vergüenza tú! ¿por qué? ¿por qué?

—Porque me he prestado á un engaño; porque he consentido se me llame prima, mi querida prima, por sus majestades. Y todo por vos, vos, señora.

—Sus majestades saben que tú eres inocente.

—Pero me apartan de la corte, lo cual me importaría muy poco, si esto no tuviese todo el carácter de castigo.

—Te engañas; quien te aparta de la corte no son sus majestades, soy yo.

—¿Y por qué, madre mía?

—Tengo miedo.

—¡Miedo! ¿y de qué?

—El rey te ama—dijo la princesa mirando profundamente á Azucena; la creencia de que tú eras una infanta de la casa de Austria, hacía que hasta cierto punto el rey te respetase: la situación ha variado y temo.

—¿Y qué tenéis que temer, señora?

—Temo que seas horriblemente desventurada.

—¡Yol! ¿y por qué?

—Por los amores del rey.

—Dado caso que el rey me ame, yo no incurriría nunca en un olvido de mí misma.

—El corazón acaba por rebelarse; se convierte en nuestro tirano, y nos domina.

—No, no; sobre el corazón están la razón, la dignidad y la virtud.

—¿De modo que, Esperanza, tú no niegas que amas al rey?

—Ha llegado un momento de decirlo todo. Por desgracia mía, sin poder yo combatirlo, arrastrada por un poder superior á mi voluntad, amo al rey desde que le vi.

—Ya lo sabía yo—dijo la princesa—; ya sabía yo que era necesario tomar una resolución decisiva.

—Sin embargo, fuerza es concederme que he tenido bastante dominio sobre mí misma para que el rey no haya comprendido que le amo.

—Mañana no podrías vencer tu amor.

—Siempre se puede morir, señora.

—No, yo no quiero que mueras—dijo la princesa—que se habla hecho involuntariamente dura y agresiva—; lo que quiero es salvarte.

—Pues bien; al convento de las madres Trinitarias. Dentro de algunos días la toma de hábito: al año, la profesión.

—No; ¡un año!... ¿quién sabe lo que puede suceder en un año? No; yo quiero otros deberes más fuertes, más terribles que los de una novicia: no se puede ser monja profesa de hoy para dentro de tres días; pero de hoy para dentro de tres días se puede efectuar un casamiento.

—¡Un casamiento, señora!—exclamó, poniéndose densamente pálida Azucena—: ¡un casamiento!

—Sí; te amo demasiado para no procurar salvarte por todos los medios posibles: tú no amas verdaderamente al rey: lo que sientes es un deslumbramiento que parará cuando conozcas realmente el amor; eres pura y noble, y toda mujer noble y pura ama al padre de sus hijos.

—¡Decid de una vez, señora, que necesitáis que yo muera!—dijo Azucena.

—¡Oh, qué pensamientos, qué palabras!—exclamó severamente la princesa.

—¿Pues qué queréis que diga, cuando preveáis casarme violentamente, y casarme sin amor?

—¿Qué, no te ha conmovido ni un solo momento el inmenso amor que siente por ti el hijo del conde de Monterey don Luis Dávalos?

—¿Es ese el hombre con quien queréis que yo me case?—dijo Azucena aturrida, sufriendo una agonia imponderable.

—Sí—dijo la princesa—; es joven, bello, noble, rico, heredero de los títulos de su casa, y te adora.

—¿Queréis que vos me case con él?

—Sí.

—Pues bien, señora, yo quiero lo que vos queráis.

La princesa sintió caer sobre su corazón un torrente de hiel; lo que hacía con su hija era infame; tan infame, como grande y sublime la conducta de Azucena.

—Pues bien, sí—dijo la princesa—; hoy parece esto una tiranía; pero dentro de poco te alegrarás: un amor tan inmenso como el de don Luis Dávalos, que me ha hablado muchas veces de ti, no puede menos de ser correspondido.

—Y bien, señora: ¿no estuve á punto de casarme con de la Chaumiere?—dijo Azucena, que

había afrontado la situación y la había dominado. En último caso, don Luis Dávalos es un completo caballero, y un hombre capaz de sacrificarlo todo por mí; tenéis razón: acabaré por amarle, por ser feliz.

—Sí, sí, lo serás, yo te lo aseguro—dijo la princesa—; tú eres muy joven y aún no conoces la vida.

—Es verdad, señora.

—¿Por qué no me llamas madre?

—Cuando os llamo señora, madre os llamo: es una cuestión de palabra.

—¿Puedo decir á don Luis Dávalos que te pida á su majestad, única persona que tiene derechos sobre ti; porque estás envuelta en la corte en un misterio?

—Sí, sí, señora, y cuanto antes—dijo Azucena.

—Pues adiós, hija mía, adiós; su majestad me espera: le hablaré de esto; adiós.

Y la princesa besó en la boca á Azucena, que procuró que el beso con que la contestó no pareciese frío.

Se volvió á su cuarto, se metió en su cámara, cerró su puerta por dentro, y por la comunicación secreta se trasladó á la cámara del rey.

Miró á través de los agujeros, y vió á Felipe V escribiendo.

Focó ligeramente á la puerta.

El rey alzó la cabeza, se iluminó su semblante con una expresión de alegría, miró hacia la puerta secreta, sonrió, se levantó, y fué á cerrar la puerta de la cámara.

Entonces la princesa abrió la puerta de la cámara murmurando:

—Por ahora es completamente mío: procuremos, pues, que lo sea siempre.

CAPITULO VI

DE CÓMO EL REY DIÓ UNA PRUEBA DE AMOR Á LA PRINCESA METIÉNDOSE Á CASAMENTERO

—Y bien—dijo el rey acercándose á la princesa y asiéndola las manos: ¿á qué se debe esta intempestiva felicidad, hermosa mía?

—Vengo á ponerte á prueba, Felipe—contestó la princesa.

—¡A prueba! Yo creía que no tenías ya necesidad de pruebas.

—Según y cómo: que tú me amas con toda tu

alma, no quiere decir que no alientes por alguna mujer un empeño pasajero y puramente material.

—¡Cómol ¡cómol—dijo alarmado el rey: ¿te nemos ya celos?

—Son unos celos antiguos.

—¿A causa de quién?

—A causa de mi hija.

—¡Oh, Ana María, Ana María!—exclamó el rey—: es ya una ofensa el dudar de la lealtad de mi amor; ofensa que acrece, cuando se pone en duda hasta qué punto soy yo cristiano y caballero: la marquesa es tu hija: no has debido ni aun pensar...

—¡Oh! ¡el corazón!... ¡la locura!... ¡es tan hermosa!...

—Bien, bien—dijo el rey—, á quien visiblemente incomodaba en gran manera la conversación: no riñamos por esto. ¿Qué quieres?

—Quiero casar á mi hija.

—Pues bien, sí, casémosla en buen hora—dijo el rey un poco atragantado por estas palabras: ¿y con quién?

—Con el hijo del conde de Monterey.

—¡Ah! ¡con don Luis Dávalos! ¿Y ella le ama?

—¿Por qué sospechas que yo sea capaz de sacrificar á mi hija?

—Por celos.

—¡Ah, no, no! he hablado de celos, qué sé yo por qué: creía que Esperanza te enamoraba.

—Fué una impresión que pasó: sufría yo entonces tu tiranía; estaba ansioso de amor: ¡oh! ahora es distinto; soy completamente feliz, y en el Océano de mi amor se han sumergido todas esas vagas impresiones: casemos, casemos á tu hija.

—Pues tú has de hacerlo.

—¡Cómol ¡yo?

—Sí, tú: ¿qué títulos públicos tengo yo para tratar este casamiento? En la corte se cree que tanto mi hija como doña Esperanza ó don María, son hijas bastardas de tu abuelo, confiadas á ti por él: es natural que tú seas quien determine el porvenir de ellas.

—Bien, sí; pero esto es embarazoso, muy embarazoso: ¿qué he de decir yo á ese hombre?

—Que has sabido, no importa cómo, su amoroso empeño por doña Esperanza; que atendiendo á los leales servicios del conde de Monterey, te has interesado por los amores de don Luis Dávalos; que has explorado á doña Esperanza, y que has descubierto que ella está muy impre-

sionada, muy obligada por un amor tan profundo, tan grande.

—Bien, bien—dijo el rey—: la situación en que me colocas, es un poco extraña; me pones, como dicen mis buenos españoles, entre la espada y la pared: si me niego, de seguro, de seguro la sospecha que tienes de que amo á tu hija se convierte para ti en una realidad; y si consiento me rebajo. Indudablemente, no hace muy buen papel un rey casamentero; porque suponemos que por muy enamorado, es muy celoso don Luis Dávalos, y se le pone creer que yo quiero encajarle una querida mía; los españoles son exagerados en materia de honor. Si don Luis Dávalos, rompiéndose el corazón, me contesta con una negativa... Es difícil, dificultísima, indigna de mí la situación en que quieres colocarme.

—Bien, señor—dijo levantándose é inclinándose la princesa—; no se c. loque vuestra majestad en esa situación indigna.

—¡Señor! ¡majestad! ¡y estamos solos! ¡nadie nos ve! ¡nadie nos oye! ¿qué significa esto? una tenacidad, una voluntariedad, una tenacidad, una tiranía sobre el pobre amante que se aterra á la sola idea de disgustarte; no me conozco: y es que un rey es un hombre, que el hombre domina al rey, que no se puede ser á un tiempo rey y amante: pues bien, el amante anula al rey: el rey no existe para ti: el amante no quiere que tú le mires con enojo: bien, bien, el rey hará lo que el amante le obliga á hacer. Siéntate, desenoate; concedido lo que quieres.

—¡Ah, Felipel ¡Cada día te amo más!—dijo sentándose la princesa.

—Amame, amame más y más á cada momento, que por mucho que me ames, no habrás podido satisfacer la sed de amor que siento por ti; pero veamos, veamos, señora mía: vengamos á la manera: ya buscaré yo un medio de ennoblecer la situación en que me coloco: usaré de tu nombre; tú eres camarera mayor, y como tal es de tu deber vigilar la conducta de las señoras de la servidumbre; veamos: relativamente á estos amorfos, ¿que has observado tú?

—Que don Luis Dávalos no perdona ocasión de ponerse á la vista de mi hija; que está pálido, enfermo de enamorado; que la mira con insistencia, con una insistencia en que ya se ha reparado; que aparece en su semblante una nube de irritación, de cólera, de celos, cuando doña Es-



peranza habla y se sonríe con alguno de los de la servidumbre...

—Basta, basta; ya sé lo que tengo que hacer—dijo el rey—; vamos á otra cosa: si tan enamorado está don Luis, no hay que temer una negativa: un amor así se so repone á todo; ¿pero y el misterio en que esta envuelta tu hija?

—No le aclares; discúlpate con una alta razón de Estado, y esto hará que don Luis se vea, no sólo favorecido en su amor, sino honradísimo.

—Bien, bien, ya tengo aquí una especie de plan: vete; voy á hacer que me llamen á Dávalos; mientras viene, ya habré yo madurado mi plan: vete á ver á tu hija; envíala á la antecámara de la reina, informada de que debe atender á don Luis cuando vaya á hablarla después de haber hablado conmigo; seremos los padrinos la reina y yo: ya lo hemos sido de la doña Esperanza del almirante, ¿por qué no hemos de serlo de esta otra doña Esperanza tuya, como lo seremos de la doña Esperanza de Austria cuando tome el velo: ¡y qué tres Esperanzas, Señor, qué tres Esperanzas; y cuanto vales tú, que las has dominado á las tres!

—No hablemos, no hablemos más de esto—dijo la princesa.

—¿Y por qué no? He pensado yo mucho desde el momento en que me has hecho feliz por estas tres providenciales Esperanzas: de ellas ha nacido, suceso tras suceso, la terrible intriga que ha estado á punto de perderte: sin ellas, sin esa intriga, tú continuarias como antes, desesperándome. ¡Ah, tú no sabes lo que debes á esas tres Esperanzas! debes el serlo todo, todo de una manera invencible; porque oye: tú te arrojaste en mis brazos desesperada, probando un último recurso; y al arrojarte en mis brazos nos hemos comprendido; somos recíprocamente nuestro destino, y tengo tal fe en tu inteligencia, en tu co-razón, que desde el punto en que eres mía, me creo rey.

—Sin embargo, Felipe, hay que luchar de una manera terrible.

—Lucharás y vencerás—dijo el rey.

—Sí, venceré, porque me alienta mi amor.

—¡Benditas sean esas tres Esperanzas que han hecho que nuestro amor se convierta en nuestra felicidad y en nuestra gloria! Adiós, Ana María, adiós, y hasta luego.

—Adiós, señor.

—¿Cómo señor?

—Sí, señor de mi alma.

Y después de estas palabras, que la princesa dijo sonriendo de una manera hechicera, escapó desapareciendo por la puerta secreta.

—¡Oh! ¡soy reina, soy reina!—exclamó ebria de alegría, atravesando rápidamente el pasadizo.

El rey abrió la puerta de la cámara y dijo en voz alta:

—Que busquen á don Luis Dávalos, y le digan que le espero al momento.

Una hora después, don Luis, completamente restablecido de su herida, pero muy pálido, y severamente vestido de negro, se arrodillaba ante Felipe V, que estaba de pie, severo y grave al lado de su gran mesa de despacho.

Alzó á don Luis y le dijo:

—Los grandes servicios de los grandes vasallos merecen ser grandemente recompensados por los reyes: vuestro padre, el noble conde de Monterey, ha sido recompensado por mí hasta el punto que me ha sido posible; pero gracias á la estimación en que le tiene nuestra leal súbdita la princesa de los Ursinos, hemos encontrado un medio de acrecer nuestras recompensas al conde de Monterey: ese medio nos le habéis procurado vos, don Luis.

—Yo, señor, tengo mi vida y mi espada á la disposición de vuestra majestad—contestó don Luis—: un accidente desgraciado me ha tenido herido y enfermo durante algún tiempo; pero restablecido ya, aprovecho esta ocasión, y suplico humildemente á vuestra majestad me destine á campaña, donde pretendo hacerme matar sirviendo á vuestra majestad.

—Os damos las gracias por vuestra lealtad—dijo Felipe V—; y sin embargo, permitid al rey una confianza: me parece que á más del vasallo leal, nos ofrece su vida un desesperado.

—¡Señor!...

—Hay en mi corte una alta dama—dijo el rey haciendo un violento esfuerzo—, á quien envuelve un denso misterio un alto secreto de Estado que el rey no puede ni debe revelar: esta ilustre dama es la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: vos la conocisteis en otra posición, y tanto os empeñasteis por ella, que en la corte es ya pública que por ella andais loco, y que no perdonais ocasión de poeros ante ella.

—Perdone vuestra majestad, señor, mi desesperación—exclamó don Luis, haciendo un movimiento para arrodillarse, lo que el rey no le permitió, y creyendo que el rey le reprendía—;

por lo mismo y porque esa señora es mi sueño insensato, porque mi locura me arrastra á buscarla, suplico á vuestra majestad me dé un cargo digno de mi nacimiento en el ejército en campaña.

—No—dijo el rey, que deseaba acabar aquello—: lo que os doy es la mano de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Sucedio que, cogido de improviso, sin preparación alguna, por aquella felicidad don Luis, se desvaneció, quiso hablar y no pudo; y rompiendo fatalmente todas las leyes de la etiqueta, y sin poder valerse, dió algunos traspiés y fué á caer casualmente en el sillón real.

—¡Ahl—dijo el rey—: ¡la situación extraña en que me ha colocado Ana María!... No, no; es necesario que nadie se aperciba: esto sería ridículo; dejémosle que vuelva en sí: ¡qué amor! ¡un amor mortal! ¡es imposible que ella no se conmueva con tanto amor! ¡qué feliz va á ser ese hombre!

Y el rey se paseaba contrariado.

Al fin, don Luis dominó el vértigo, se levantó, se separó del sillón real, y permaneció mudo, inmóvil, aterrado delante del rey.

—Vuestro matrimonio es cosa resuelta—le dijo Felipe V—: presentaos sin temor á vuestra esposa; este asunto ha sido terminado por la princesa de los Ursinos; guardad un profundo secreto acerca de lo que ha sucedido aquí, acerca de lo que os he dicho; me disgustaría mucho que esto se trasluciese: yo no hago más que recomendar á vuestro padre, y estimularos para que le imiteis en su lealtad y en sus servicios por mí: id, id.

Don Luis se arrodilló, besó la mano al rey, se levantó y salió.

CAPITULO VII

LA FUERZA DE ALMA DE AZUCENA

Don Luis se estuvo paseando algún tiempo, para serenarse, en las galerías de palacio.

Un cuarto de hora después, como estaba autorizado ya, se fué á la galería de los Infantes y se entró en el recibimiento del cuarto de Azucena.

Preguntó á un criado.

—No está su excelencia—dijo éste—; pero podéis encontrarla en el cuarto de su majestad.

Don Luis se dirigió á la antecámara de la reina; pero antes de abrirla, se detuvo.

Le latía el corazón con tal fuerza, que parecía que iba á romperse.

Entró al fin, y miró ansioso en torno suyo.

Estaba pálido como un muerto, y en sus ojos ardía la fiebre.

Vió á Azucena sentada en un canapé, hablando alegremente con monsieur Amelot.

Sin embargo de aquella aparente alegría, fingida de una manera tan admirable, que engañaba, tenía la muerte en el corazón.

Vió á don Luis Dávalos y se puso pálida; pero se dominó, y no desapareció lo tranquilo y lo alegre de su aspecto: se reía de las agudezas de diplomático viejo de monsieur Amelot, que hacía cuanto le era posible por adquirir el aprecio de aquella presunta princesa de la sangre, hija bastarda del gran Luis XIV.

La Bastilla se había hecho el sueño tenaz, aterrador, de monsieur Amelot.

—¿Me permitís?—dijo Azucena—: me parece que se acerca aquí con decidida intención de hablarme don Luis Dávalos.

—¿Al fin se atreve?—dijo el diplomático mirando de soslayo á don Luis, y dejando ver en sus ojos una maligna expresión de lastima, como si se tratase de un insensato.

—¡Pues ya lo creol—dijo Azucena—: No ha de atreverse, si está ya convenido nuestro enlace?

—¡Ahl—exclamó monsieur Amelot, poniéndose serio y abriendo involuntariamente la boca de una manera enorme—, ¿y me autorizáis para que use de esa noticia, señora?

—De todo punto.

El diplomático se levantó, besó la mano á Azucena y se separó de ella murmurando, á tiempo que se acercaba don Luis:

—¿Qué enormidad! Esto se embrolla más de día en día: ¡un enlace entre una hija de Luis XIV y un grande de España! No lo comprendo, no lo puedo comprender, á no ser que no haya tal hija de Luis XIV.

Y se fué á pegar la hebra, como suele decirse, con la marquesa de Arescot.

—¿Pero no veis, señora, no veis?—la dijo.

—Y qué he de ver, monsieur Amelot, qué he de ver?

—Lo que sucede en aquel canapé que está entre los dos balcones.

—¡Ah, sí!—dijo la de Arescot—: la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves hablando mano

á mano con don Luis Dávalos; y él está conmovido y ella le sonríe.

—Como que se casan, mi querida marquesa, se casan—dijo monsieur Amelot, pronunciando de una manera solemnemente enfática, admirativa y concluyente estas palabras:

—¡Que se casan! ¡bah! ¡eso no puede ser!—dijo la marquesa de Arescot—: si ayer mismo doña Esperanza se mostraba con él dura, terrible...

—Apariencias, mi querida marquesa, apariencias; ya veis: la noticia se me ha dado por la misma marquesa, que me ha autorizado para que use de ella.

—Y crecen los misterios, monsieur Amelot.

—Y crecerán y crecerán hasta lo infinito—dijo el diplomático—: os afirmo por mi honor, señora mía, que no sé dónde estoy.

Entretanto don Luis Dávalos estaba aturdido, metamorfoseado, delirante de alegría.

No solamente le escuchaba de buen grado Azucena, sino hasta con afecto.

La pobre joven había aceptado por completo el sacrificio; y aunque hacía poco tiempo que estaba en la corte, se había hecho tan maestra en el arte de fingir, que engañaba á los más experimentados cortesanos.

Don Luis Dávalos no se asombraba, porque la impresión poderosísima que le causaba el cambio efectuado en Azucena no le dejaba lugar para asombrarse.

Asombrábanse, sin embargo, las viejas cortesanas que veían el cambio en la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y asombrábase más cada vez monsieur Amelot, que cada vez se aterraba más, porque no sabía á qué atenerse.

Don Luis Dávalos se había acercado estrechado, inflamada la sangre, cobarde, cubierto de sudor frío.

Si le hubieran mandado cargar una batería hubiera ido más sereno.

Azucena era para él cuanto deseaba, cuanto esperaba.

Un ángel de fuego.

Una sonrisa de Azucena le reanimó.

La pobre joven hacía más de lo que podía.

Se prestaba con un inmenso heroísmo al sacrificio, y le arrostraba sonriendo.

Don Luis Dávalos era bello y joven; pero de expresión fría, grave, seria y altiva.

Había sido necesario todo el encanto de Azucena para conmover aquella mente, que no alen-

taba más ideas ni más creencias que la de Dios, la del honor y de la conciencia de su alto rango.

Había visto á Azucena algunos meses antes, á su salida del convento, al pasar un día por casa de Bizarro, y se había sentido herido, desfallecido, vencido contra su voluntad.

Su orgullo había querido defenderse.

—¡Una gitana! se había dicho; una gitana es una mujer; tiene corazón y honra; un hombre digno debe respetarla y respetarse; esta gente al fin es gente de mala sangre; canalla vagabunda que no se sabe de dónde viene ni adónde va; parece imposible que una criatura tan bella y de expresión tan noble sea gitana; y luego es blanca, rubia, tiene los ojos azules... su madre es morena como si el sol la hubiera tostado, con los ojos negros, y los cabellos negros y crespos; la cabeza de su padre parece la de una estatua egipcia: su tez es bronceada. ¿Cómo puede suponerse que una tal criatura sea hija de tales padres?

Ocurriósele á don Luis que los gitanos son ladrones de niños por una tendencia incomprensible; les gustan las criaturas pequeñas, y las roban y no las matan.

Se observa que aman más á estas criaturas robadas que á sus propios hijos.

Esto no se explica en ellos, que conservan de una manera tenaz la pureza de su raza.

Y sin embargo, ellos y ellas, que no se unirán á un castellano ó á una castellana, como llaman los gitanos españoles á los que no son gitanos se unen con estos hijos robados. á pesar de que son castellanos ó castellanas, y siempre hacen mejor casamiento estos gitanos intrusos contra su voluntad, que los gitanos de raza pura.

Prefieren á estos seres adoptivos.

Esta sospecha, que era muy fundada, hizo que el enamorado don Luis averiguase cuanto le fué posible.

Supo que desde la edad de seis años, Azucena había sido criada en el convento de las madres Trinitarias, con el mismo lujo posible en el claustro, con que se educaba á hijas de grandes de España.

Don Luis, que por su posición tenía muchos parientes y muchas relaciones entre la alta nobleza, supo por más de una joven, alguna de ellas parienta suya, que habían sido compañeras de Azucena en el convento, que ésta era una criatura de espíritu, de una grande inteligencia, de un gran corazón; y por sus maneras y sus

costumbres, dama en toda la extensión de la palabra.

Don Luis absolvió de la que llamaba su debilidad al ceder á la impresión que le había causado Azucena, cuando vió que sus amigas y sus parientas estaban, en la esfera que les era posible, vivamente impresionadas por Azucena, que la trataban de igual á igual, y que afirmaban que no era gitana, por más que como hija de gitanos apareciese.

Ellas veían un misterio.

Crefan que era una hija á trasmano de casa grande entregada de una manera incomprensible á un gitano; pero convenientemente educada, sin duda porque un día debía ser reconocida.

Con estos antecedentes, escuchando estas suposiciones, don Luis fué á verse con Bizarro, y le pidió, tal vez de una manera altiva, una explicación.

—He escuchado á vuestra señoría—contestó Bizarro con no menos altivez que don Luis—, porque yo escucho á todo el mundo; y he dejado hablar cuanto ha querido á su señoría, resuelto á contestarle con muy pocas palabras. Vuestra señoría ha perdido su tiempo, y le aconsejo que desista, si no es que quiere sufrir grandes sinsabores.

—¡Os juro que será fatal—dijo irritado don Luis.

—Si ella quiere—contestó Bizarro—, en buen hora; porque no pienso contrariarla; pero ella no querrá.

—Lo veremos—dijo don Luis.

—Lo veremos—contestó Bizarro.

Y se separaron.

Cuando hubo salido don Luis, Bizarro llamó á Azucena.

—¿Conoces—la preguntó—al hijo del conde de Monterey?

—Sí—contestó Azucena,

—¿Y ese hombre te enamora?

—Sí, ronda la calle, y me envía cartas que yo le devuelvo sin abrir.

—Es decir, que no le amas.

—Soy demasiado altiva para amarle—contestó Azucena—; ese hombre se cree superior á mí.

—Bien, hija, bien, me basta—contestó Bizarro—, no hablemos más de esto.

Don Luis se desesperó de tal modo, que llegó hasta el punto extremo de pagar gente, acometer

la casa de Bizarro, estando éste fuera de ella, y arrebatarse á Azucena.

Bizarro llegó á tiempo, cuando se llevaban robada á la joven, y la salvó, hiriendo gravemente á don Luis.

Cuando Azucena apareció en la corte, creada marquesa de Nuestra Señora de las Nieves y grande de España, tenida por la reina á su lado como dama de honor, á despecho de la etiqueta, puesto que era soltera, y con todas las muestras de gozar del favor de sus majestades, don Luis se empeñó más y más, y más se desesperó; ni aun pudo hablar con Azucena: y aunque asistía á la corte, Azucena no reparaba en él.

Nada, pues, tenía de extraño la turbación, el contento mortal, por decirlo así, el estremecimiento con que don Luis se acercó á Azucena, y la alegría que iluminó su alma, al ver en aquella adorada boca una sonrisa de afecto, una sonrisa para él divina, que había costado un terrible esfuerzo á Azucena.

—Sentaos, don Luis—le dijo.

Don Luis se sentó.

—Perdonad, señora—dijo don Luis—; pero no sé dónde estoy, si en el cielo ó en la tierra.

—En el cielo, no; en la tierra, tampoco; en un sueño.

—¿En un sueño, señora?

—Sí, porque el amor es un sueño del alma.

—Si eso es así, no despertará la mía.

—Lo creo, don Luis, lo creo, y me doy el parabién de ello.

—¿Cómo, señora, esta mudanza?

—No hay mudanza, don Luis; si esto no ha sucedido antes, ha sido por impaciencias vuestras, disculpables, sí, pero que debían obligarme á ser severa con vos.

—¡Ah! ¿me amais, señora?

—Si no os amara, ¿sería vuestra prometida? ¿estaría dispuesta á unirme á vos?

—¡Dios mío!

—¿Creéis que una mujer que se aprecia pueda unirse á un hombre á quien no ame?

—¡Ah, por piedad, señoral ¡me va á matar tanta felicidad!

—Ved que todos nos están mirando, don Luis; reportaos.

—¡Ah, sí es verdad, señora—respondió don Luis—; perdonad: estoy loco: yo no esperaba esto: no tengo fuerzas bastantes para sufrir esta dicha infinita.

—Tranquilizaos, dominaos, necesito haceros

algunas preguntas que me importan mucho; yo sé quién sois vos; os conozco, os comprendo, sé a lo que tengo que atenerme; pero en cuanto a vuestro amor, temo...

—¿Y qué teméis, señora?

—Que sea un empeño.

—¡Empeño sí, tengo empeñada mi vida, mi alma, mi eternidad; pero por amor, sólo por amor, no por soberbia.

—Vuestro padre es muy altivo: vos no lo sois menos: ¿sabéis quién soy yo?

—¡Una divinidad!

—En todo caso, una divinidad misteriosa.

—Nada me importa el misterio.

—Ese amor me inquieta, don Luis: es un deslumbramiento, un sueño halagado por la imaginación.

—Amor del alma arraigado en mi ser.

—No tengo la seguridad de ello.

—¡Ah! cada día que pase tendréis nuevas pruebas de él.

—¿Y si cuando nada tengáis que desear, despetáis y os encontráis con que no os satisface vuestra esposa, con que habéis hecho un casamiento desigual?

—Si nuestro enlace es desigual, señora, será porque yo no os merezco, porque no os merece nadie.

—¡Sueño, y siempre sueño!

—¡Corazón, y no más que corazón!

—Pero vengamos a lo positivo, don Luis; se me os escapáis; sepamos qué nombre tengo yo.

—Doña Esperanza de Ayala, marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¿Pero quién fué mi padre?

—¡Ah, señora! no pensemos en eso.

—Sí, sí, pensemos: porque si vos, que estáis enamorado, no pensáis en ello, puede pensar vuestro padre; y lo que es peor, pueden pensar en ello vuestros hijos.

—¿Es este es un obstáculo que me oponéis, señora?

—No, de ningún modo.

—Pues bien, digan lo que quieran.

—Bien, estamos convenidos: mañana no podréis acusarme.

—¡Ah, no!

—¿No os ha dicho su majestad de quién soy yo hija?

—No.

—Pues bien, sabedlo, quiero que lo sepáis

todo: soy hija natural de la princesa de los Ursinos.

—¡Ah!—exclamó don Luis—, sois, pues, ilustre.

—Pero mi madre no me reconocerá; porque cuando me tuvo, era duquesa de Bracciano. Os casais con la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, grande de España, hija de padres desconocidos.

—Me caso.

—Y yo os amo, don Luis—dijo seriamente Azucena—; creo que os amaré... mucho más.

—¿Conque es decir, señora, que nada se opone a mi felicidad?—dijo don Luis Dávalos a Azucena,

—Si vuestra felicidad consiste en uniros a mí—dijo ésta—podéis tenerla por segura.

—En verdad, señora, que esta inesperada felicidad, casi casi me vuelve loco.

—¡Ah! pues defendeos de la locura, don Luis, porque no quiero que os acontezca tal desgracia; pero concluyamos, don Luis, que me parece estamos siendo el objeto de todas las conversaciones.

Don Luis se levantó, saludó a Azucena, la besó la mano, y atravesó la antecámara orgulloso, transformado, tan alegre cuanto triste había salido otras veces.

—¿Conque os sacrifican, Esperanza?—decía algún tiempo después la reina a Azucena.

—No, no señora, no me sacrifican—contestó la joven.

—Sin embargo—dijo la reina—se me había dicho que vos habíais desdeñado siempre al hijo del conde de Monterey.

—No le conocía bien, y se me había hecho repugnante; él me había encontrado también en otra posición; me creía hija de un gitano, y aunque me pretendía, yo supuse que un caballero noble y rico me insultaba en el solo caso de solicitarle. Pero después me he convencido de que no había tal desprecio: don Luis me ama con toda su alma, y es una excelente persona: yo no le amo, no quiero engañar a vuestra majestad, que tan buena ha sido y es para conmigo: me violento al casarme con él, como se violenta toda mujer honrada cuando sabe que va a pertenecer a un hombre que no es su amor, su alma; pero el amor vendrá, estoy seguro de ello: don Luis es digno, dignísimo de ser amado.

—Entonces le amais ya.

—¿Qué sé yo! no he amado nunca y desconozco el amor.

—¿Que nunca habéis amado?—dijo la reina con una leve intención.

—Nunca, señora—contestó con dignidad y con toda la firmeza que le permitía el respeto, Azucena.

—Dondequiera que estéis, marquesa—dijo la reina—acordaos de mí como os acordaréis de una buena hermana.

—¡Ah, señora!—exclamó Azucena arrodillándose: ¡qué buena sois!

Y besó las manos de la reina.

—Alzad, alzad—dijo Luisa Gabriela—; es para mí una desgracia no ser bastante poderosa para haceros completamente feliz.

Quince días después, se casaban solemnemente, en la capilla de palacio, Azucena y don Luis Dávalos.

Los reyes dieron en dote á Azucena trescientos mil ducados, á más de las tierras del patrimonio sobre las cuales se vinculaba el marquesado de Nuestra Señora de las Nieves.

No fué esto sólo: don Luis Dávalos, á pesar de que no había estudiado Derecho, pero que en aquellos tiempos, y aún en estos, los hijos de los grandes no estudiaban, ni estudian, fué nombrado presidente de la real chancillería de Méjico, con no poca murmuración y escándalo de la gente letrada.

Pero lo quería la princesa de los Ursinos, y fué.

Apenas casados, emprendieron el viaje para Cádiz, donde debían embarcarse para Méjico.

La princesa vió partir á su hija con los ojos enjutos; es más, con alegría.

¿Y por qué no? La había casado bien, y había quitado de en medio un peligro.

Azucena salió llorando de Madrid.

La reina, á pesar de su gran corazón, se alegró también.

Luisa Gabriela había comprendido que Felipe V amaba á Azucena.

CAPITULO VIII

DE CÓMO MONSIEUR AMELOT DIÓ UN MAL RATO
Á MONSIEUR DE ARGENTEUIL.

El día después de haber partido Azucena, monsieur Amelot recibió un susto de los buenos.

Se le había presentado un correo francés, un exento de guardias del señor rey Luis XIV, que le había entregado un pliego.

Al ver á un exento, monsieur Amelot se había puesto pálido.

Porque sabido es que Luis XIV se valía de sus exentos de guardias de corps para las grandes prisiones de Estado.

Y no vió ciertamente monsieur Amelot en el joven y distinguido vizconde de la Fere, que tal era el título del enviado, un exento de guardias, sino un horrendo calabozo de la Bastilla.

De tal modo creyó esto, que antes de abrir el pliego, dijo al exento:

—Es decir, que estoy ya reducido á prisión, caballero.

—¿A prisión, señor presidente?—dijo con asombro el vizconde: no por cierto; no traigo tales instrucciones: lo que traigo es una letra de cambio á la vista por valor de diez mil libras contra un tal don Serafín Aguado, negociante español.

—¿Y para qué traéis oficialmente ese dinero?

—Para los gastos de viaje de una gran dama.

—¿Y cómo se llama esa gran dama?

—Doña María de Ayala.

—¡Ah, ya sí!—dijo monsieur Amelot, que se había repuesto algo—; veamos, veamos este pliego, á ver si su contenido está en relación con vuestro encargo.

Y le abrió.

Era una carta del ministro de Estado francés en que con la mayor delicadeza, y valiéndose de un pretext, se reemplazaba á monsieur Amelot, puesto que se le decía, que por honra á una alta dama que debía trasladarse de Madrid á París, el rey había determinado que monsieur Amelot la acompañase.

Y como no podía dejarse sin representante en la corte de España al señor rey de Francia, se nombraba embajador interino al marqués de Argenteuil.

Esta era una deposición dulcificada, dorada, pretextada, política.

El marqués de Argenteuil, según el contesto de la carta del ministro de Estado francés, debía haber llegado á Madrid al mismo tiempo que el exento de guardias vizconde de la Fere.

Monsieur Amelot sintió el golpe, por más que se había forrado el palo con terciopelo.

—¿Y cuándo partimos señor vizconde?—dijo

resignándose á la situación y disimulando el mal efecto que aquello le había causado.

—En el momento que reciba órdenes de su majestad el rey de España, para cuyo efecto os suplico me permitáis que me retire. Voy á presentarme al marqués de Orrí.

—Id, id, señor vizconde, y hasta la vista.

Monsieur Amelot, contrariado y asustado de una manera suprema, mandó hacer sus maletas, á fin de estar pronto para marchar al primer aviso.

—¡Ah!—dijo—: ¿si relevarán también al buen Orrí? ¿si habremos caído ambos en desgracia de la princesa de los Ursinos, y deberemos á su influencia esta contradanza? ¿ó será que en efecto esa doña María de Añala es princesa bastarda, legitimada, aunque en secreto, de la casa de Francia, y se me destina para acompañarla en honor suyo y por decoro de la corona, y debo considerar esto como un favor en vez de considerarlo como una desgracia? La verdad es que estoy á oscuras, y que de la misma manera estoy desde que vine. ¡Oh! qué princesa de los Ursinos! ¡qué mujer! Me ponen á su lado para que la vigile, y resulta que nada veo y que á nada me atrevo. ¡Oh! yo quisiera ver cómo se manejaba con ella el mismísimo espíritu de la diplomacia. ¡Bah! lo que ahora deseo es marchar cuanto antes, y llegar cuanto antes á Versalles, para ver por dónde sale esto.

No tuvo que esperar mucho tiempo monsieur Amelot.

Una hora después de haberse presentado el exento de guardias, se le presentó el marqués de Argenteuil, que era un antiguo amigo suyo.

—Y bien—le dijo monsieur Amelot—; espero que seáis completamente franco conmigo, si os es posible.

—¡Oh, sí, amigo mío! puedo ser con vos todo lo franco que queráis, porque sólo puedo deciros, que en la entrevista que he tenido la honra de tener con su majestad, os ha colmado de elogios y se ha lastimado de tener que reemplazaros: yo creo que aquí habéis tenido alguna influencia enemiga; por último, su majestad me ha dicho estas terminantes palabras: —En todo caso, más útil me es Amelot presidiendo el Parlamento, que representándome en la corte de España.

—¿Conocéis vos bien, marqués, á nuestro esclarecido soberano? Si yo le hubiera oído, sabría á qué atenerme. ¿No creéis que se haya dado

orden al gobernador de la Bastilla para que me prepare habitación?

—¡Oh! ¡de ningún modo! ¡de ningún modo, amigo mío!—dijo el marqués—; os aseguro que os espera vuestra silla presidencial del Parlamento: ¿creéis que soy tan nuevo en la corte que no hubiera conocido si había un peligro para vos en las palabras de su majestad, ó que no soy bastante amigo vuestro y bastante leal para habéroslo advertido si corrieseis algún peligro? Id, id tranquilo, amigo mío, nada tenéis que temer, y os envidio, porque la embajada de España, ó es un peligro, ó una posición completamente desprovista de importancia, estando aquí al frente de los negocios Ana María de la Tremoille.

—¡Ah! no lo sabéis bien, no lo sabéis bien, mi querido Fabricio; ya os convencereis de ello dentro de poco: la princesa es aquí el rey, la reina, cuanto hay que ser; y os aseguro, que cuanto más abrais los ojos para verla, menos la veréis: en fin, si me dejan tranquilo en la presidencia del Parlamento, no acabaré de alegrarme nunca de haber sido relevado.

—¡Oh! este deseo vuestro me asusta—dijo monsieur de Argenteuil—: ¡conque tan escabrosa es la embajada de España!

—Os aconsejo os pagueis á la princesa de los Ursinos.

—Convenido; pero esto tiene también sus contras: suponed que recibo instrucciones que se oponen á mi adhesión á la princesa...

—Hacedla conocer las instrucciones.

—Me asombra me deis un tal consejo.

—¡Ah! pues en algo consiste lo escabroso de vuestra posición: renunciad, mi querido Fabricio.

—Pero una renuncia es una oposición al rey nuestro amo, que no quiere que se acepte, ni que se renuncie, sino que se obedezca.

—Pues no sé, no sé.

—Si me adhiero lealmente á la princesa, me expongo á desagradar á su majestad, y...

—La Bastilla, mi querido Fabricio, la Bastilla.

—Y si me muestro reservado, es decir, si sirvo lealmente á nuestro soberano...

—Os exponeis á que la princesa os mire como un inconveniente, os envuelva en una intriga, y la Bastilla, de Argenteuil, la Bastilla,

—Conque es decir, que si sirvo á la prince-

sa, á la Bastilla; y si sirvo al gran Luis XIV, á la Bastilla también.

—No sirváis á ninguno de los dos.

—¡Oh! eso es muy difícil, difícilísimo: eso no puede hacerse más que en un caso extremo, y como un recurso desesperado.

—Pues, amigo mío, escapáos del mundo, ocultáos en una montaña impenetrable, y reducidos á la soledad y á la penitencia: en último caso, habréis ganado el cielo.

—¡Y yo que había recibido con alegría el mandato de su majestad para venir á representarle en la corte de España...

—Peid á Dios os den pronto la alegría de revelaros sin ulteriores consecuencias: mirad; aquí hay una Virgen de la Soledad, en la calle de la Paloma, que es muy milagrosa: encomendáos á ella.

Monsieur Amelot se vengaba del pobre marqués de Argenteuil, del susto que sin quererlo le había dado, asustándole á caso hecho.

—Una palabra, mi querido Amelot, una palabra—dijo el marqués—: ¿á quién hay que engañar ó contentar en la corte de España?

—A la princesa de los Ursinos.

—¿A ella sola?

—A ella sola.

—¡Conque lo domina todo!

—Todo.

—¿Y á qué título?

—A título de vicio del rey.

—¡Oh! pues si esto lo supiera nuestro soberano...

—Os aconsejo que no se lo digáis.

—¿Y á quién sirve la princesa? ¿á Felipe V ó á Luis XIV?

—Ni al uno ni al otro.

—¿Entonces, á quién sirve, pues?

—A Ana María de la Tremoille.

—¿Pero cuál es el objeto de esa señora?

—Adivinadlo si podéis, y os habréis hecho célebre.

—No creía yo estuviese dotada de un talento tan sublime esa señora.

—¡Oh! ¡oh! pues ya veréis, ya veréis de Argenteuil, ó por mejor decir, no veréis nada, lo que veréis es que no veis.

—Pues entonces, la situación de un embajador de Luis XIV en la corte de España, es una situación de continuo sobresalto.

—De miedo, de espasmo, de escalofrío, de calambre: ¡ah! ¡y cuánto me alegro de que me

hayáis reemplazado! Perdonad, mi querido Fabricio; siento que hayáis sido vos el que me reemplace: si hubieran enviado un enemigo mío me alegraría.

—Pero dadme una norma.

—No hay norma posible; esto es un embrollo que no lo entiende nadie mas que la princesa, que es quien lo embrolla todo: no hay de quien fiarse: el que ayer era blanco, le encontraréis hoy negro, y os habéis comprometido: queréis averiguar y sois averiguado: pretendéis dar noticias á Luis XIV, y no sabéis qué decirle: os tiembla la mano antes de tomar la pluma, porque teméis escribir cándidamente vuestra sentencia: á mí me han traído, me han llevado, me han robado, me han estropeado, y me voy como me vine, sin saber nada.

—Sabéis que la princesa es favorita del rey.

—No estoy seguro: sé que la reina está cada día más débil y más pálida; pero no me atreveré á decir que eso sea obra de la princesa como todo lo que aquí sucede.

—¡Oh! me habéis aterrado, mi querido Amelot.

—Os he avisado, mi querido Fabricio.

—Sí, me habéis avisado de que hay peligro, pero sin señalármelo: el peligro desconocido es el más terrible.

—¡Qué le hemos de hacer! ya os he dicho que la embajada de Francia en España es una desgracia.

—Y decidme: ¿qué sucede de nuevo por allá?

—Nada; el rey se aburre todo lo que puede; su majestad ha perdido completamente el apetito y se necesitan estimulantes.

—¿Y cuál es ahora el estimulante de Luis XIV?

—Una morena española que no habla una palabra de francés; que ha llevado monsieur Lesseps, y que ha sido presentada por Chevallier.

—¡Chevallier!

—Sí, el peluquero; el proveedor de su majestad.

—¡Ah, diabló! la madre de cierta ilustre señora á quien yo debo acompañar: ¡oh, pero esto es horrible! á su majestad le han estragado el estómago: si la tal Carlota sólo conserva restos de belleza; y luego, la querida de un verdugo.

—¿Cómo! ¿qué?

—Silencio, mi querido Fabricio, no nos oiga la Bastilla, y sobre todo, adiós; tengo que prepararme para mi viaje.

—Monsieur de Argenteuil salió.

—Le dejo en el cuerpo todo el miedo que yo he tenido—dijo monsieur Amelot—; y esto es muy justo, puesto que ha venido á reemplazarlv.

CAPITULO IX

UNA CARTA DEL PELUQUERO DE LUIS XIV

He aquí la carta que Chevallier, peluquero de Luis XIV, había escrito á monsieur Lesseps, y que por falta de éste había recibido el marqués de Orrí.

“Mi querido señor: He tenido una verdadera alegría al recibir vuestra carta, porque preveía sus resultados. Mientras peinaba á su majestad, saqué el pañuelo, de modo que con él salió la carta y cayó al suelo. Me apresuré á recogerla, y esto bastó para que su majestad me dijese:

—Dame ese papel.

Le entregué sin réplica á su majestad, porque ya sabéis que no hay quien se atreva á replicarle.

—¡Ah!—me dijo después de haber leído la carta—: ¡eres un traidorzuelo, Chevallier, y otro traidorzuelo ese Lesseps, amigo tuyo! ¡Esta traición merece un castigo!

Vuestro castigo os lo envió en el adjunto decreto que os nombra caballero.

Según me han dicho en la cancellería, al marqués de Orrí se le da el gran cordón de San Luis.

En cuanto á mí, su majestad me ha regalado un tabaquera de oro, redonda, guarnecida de esmeraldas, y tan grande, que ha cabido dentro de ella la venera de la orden de San Miguel.

El señor vizconde exento de guardias que lleva esta carta que he sobrescrito al señor marqués de Orrí, me ha dicho que lleva otra del gran abuelo para el gran nieto.

Me parece estar viendo ya en la corte de Versalles, quemando la sangre á la Maintenon, á esa hermosa dama presunta bastarda de su majestad y que soy su peluquero.

Os doy las gracias por haberos valido de mí para un asunto que tanto nos ha valido, y me ofrezco de nuevo á vos con toda mi consideración.—Chevallier.”

La carta que el vizconde de la Fere, presentado por Orrí á Felipe V, había entregado á éste, era de puño y letra de Luis XIV.

“Mi querido hijo—le decía—: he sorprendido,

no sé de qué modo, una intriga de la princesa de los Ursinos, ó mejor dicho, contra la princesa: soy de opinión que ésta os es de todo punto necesaria, y que debéis sufrirla por lo que os conviene. En cuanto á esa infanta incógnita de que anteriormente me habéis dado noticia, enviádmela con monsieur Amelot y con el exento de guardias vizconde de la Fere. Os deseo, mi querido hijo, toda la felicidad posible.—Luis, rey.”

CAPITULO X

QUE ES EL POSTRERO DE ESTA PRIMERA PARTE

La reina fué la encargada de comunicar su sentencia de destierro á Ursula.

Esta se presentó en el locutorio del convento de la Encarnación, activa y seria, pero con sus hábitos de beata.

—Prima—la dijo la reina—: circunstancias más poderosas que nuestro deseo, nos obligan á suplicaros asintáis á un viaje.

—A un extrañamiento del reino, ¿no es esto, señora?—contestó Ursula—: y bien: ¿qué he de decir yo, sobre todo, cuando mi deseo de permanecer en la corte de vuestra majestad, no ha tenido por objeto más que el amor que á vuestras majestades profeso?

—¡Ah, mi buena prima!—dijo la reina—: los reyes somos esclavos; bien lo sabéis: esclavos de las circunstancias, de los sucesos; pero siempre esclavos.

—¡Y vuestras majestades se ven obligados á sacrificarme!

—A sacrificaros, no, prima, no; á contrariaros cuando más, y por el momento: en la corte de Francia se os concederá vuestro rango; un rango superior al que aquí podíais dárseos.

—¿Y si yo reclamara, señora, esta es una suposición, si hiciese público el reconocimiento hecho por mi padre en favor mío?

—Eso no sería prudente: os lo negaríamos, prima, os lo negaríamos, obedeciendo á nuestra conciencia; esperad, esperad, como yo espero.

—Esperaré, señora; pero llevo en el corazón el dolor de no ser útil á una mártir, de dejar triunfante á una gran criminal.

—¡Ah! no, por Dios, prima; no, por Dios; estáis muy mal prevenida contra esa persona, que no es completamente leal; yo os lo aseguro.

—Bien, sí, lo creo, puesto que vuestra majestad lo dice; y cuándo he de partir, señora?

—Al momento.

—Bien: ¿y quién ha de acompañarme?

—Monsieur Amelet, presidente del Parlamento de París.

—¡Ahl ¡bien! voy á la corte de Versailles de una manera digna.

—Y allí se os honrará: allí brillaréis por vuestro rango, por vuestro talento y por vuestra hermosura; seréis considerada como una princesa de la sangre.

—Y bien, prima y señora—contestó con audacia Ursula—, la posición que me decís debo ocupar en la corte de Versailles, no me deslumbra; esto no es otra cosa que un destierro simulado: un plan perfectamente preparado por esta intriganta para inutilizarme; no importa, no me inutilizará, á no ser que apele á un crimen de difícil ejecución. No protesto por ante sus majestades, porque mi protesta sería inútil; no protestaré por ante el rey de Francia, porque nada conseguiría, pero llegará un momento en que protestaré.

—El rey y yo—contestó dulcemente la reina—nos vemos obligados á este paso, que francamente, señora, vos habéis hecho necesario; el rey de Francia sabe como nosotros quién sois y lo que merecís, y os dará en su corte un lugar digno.

—Sí, lo que aquí se me ha dado: un convento.

—Sí, es posible; pero un convento en París no es un convento en España; preparaos, pues, para marchar, y sabed que yo deploro la violencia que se os hace, y que si me fuera posible evitarla, la evitaría.

Al día siguiente, Ursula, en una carroza, acompañada por monsieur Amelet y por el vizconde de la Fere, con un grande equipaje, la mayor parte del cual provenía de la reina, servida por cuatro doncellas que iban en otra carroza, y escoltada por un escuadrón, emprendía el viaje á Valencia, donde debía embarcarse para Marsella.

Quince días después de su salida, llegó á París, donde descansó tres días.

Al cuarto, monsieur Amelet la presentó en Versailles al viejo Luis XIV, que no disimuló su asombro.

La llamó prima; se quedó en entrevista particular con ella, y á los pocos días, con gran despecho de la Maintenon, fué nombrada superiora

de las Ursulinas, á pesar de que no era monja ni se había comprometido á serlo, ni aun llevaba el hábito.

La voluntad de Luis XIV estaba sobre todo.

Luis XIV era en Francia, como poder, no sólo el rey, sino el Dios.

SEGUNDA PARTE

Los tres abates.

CAPITULO PRIMERO

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La princesa había quedado siendo la única influencia al lado de Felipe V.

Los asuntos estaban en el peor estado posible.

La corte se había visto obligada á salir de Madrid, que era un foco de conspiraciones, hasta el punto de que no se pudiese tener la menor confianza acerca de lo que sucedería cuando se aproximasen demasiado los aliados, á la cabeza de los cuales venía el pretendiente.

El ejército de los aliados, que había dominado casi todas las provincias del Norte de España, venía bajo el mando del inteligente y bravo conde de Peterborough.

Al llegar este ejército á Castilla, se sintió un verdadero pavor en la corte, que salió precipitadamente de Madrid, dirigiéndose á Zaragoza, que se mantenía leal.

Madrid, á pesar del temor que se había abrigado, se mantuvo también leal, demostrándolo como le fué posible.

No pudiendo resistir al pretendiente, le abrió sus puertas, y el archiduque Carlos entró triunfante en Madrid, y se aposentó en el alcázar, que acababa de abandonar Felipe V.

De la única manera que esta población pudo demostrar su adhesión y su lealtad á Felipe V, fué asistiendo fría y silenciosa á la triste proclamación del archiduque, bajo el nombre de Carlos III.

En la Plaza Mayor, en el momento de la proclamación, apenas había más gente que la oficial y algunos grupos de pilletes, á quienes lord Galloway y el marqués de las Minas hacían se arrojase dinero abundante para que vitoreasen, y los tales pícaros gritaban con un cinismo perfectamente en armonía con su desvergüenza:

—¡Viva el rey Carlos III mientras dure el echarnos dinero!

La cuestión de encontrar un regidor que llevase el estandarte de la villa á la proclamación, se hizo grave: todos los regidores se fingían enfermos.

Ultimamente, y como muestra de la pasiva lealtad del pueblo de Madrid á Felipe V, apenas se encontraron en él trescientas personas sinceramente adictas al archiduque.

Hay algunos detalles curiosos que ne podemos dejar de citar.

Llamó el marqués de las Minas á un zapatero para que le calzara, y le preguntó:

—¿Quién es el rey de España?

Esta era la primera pregunta de un catecismo político.

—¡Bah!—contestó el zapatero—; eso no se pregunta: ¿quién ha de ser sino el señor don Felipe V?

—Pues ya no lo es—dijo el marqués de las Minas—, ni debe serlo otro que el señor don Carlos III.

—Señor—respondió el industrial—: la Bula de la Santa Cruzada de este año, es por Felipe V; ella nos manda que le tengamos por nuestro rey, y así lo haremos todos.

Habiendo ido el mismo marqués de las Minas á la villa de Castejón, preguntó al alcalde por quién tenía la vara.

—La tengo—respondió—por el rey Felipe V. Quitósele el marqués, y volviendo á dársela, le dijo:

—Tenedla por Carlos III.

El alcalde se resistió á tomarla.

—¿Por qué no la queréis?—le dijo irritado el marqués de las Minas.

—Porque he jurado á Felipe V—contestó con entereza el alcalde.

—Pues ahora juráis á Carlos III—dijo creyendo en irritación el marqués.

—No—respondió más firme aún el alcalde—; si Carlos III hubiera venido antes y yo le hubiera jurado, tampoco juraría ahora á otro.

Y no siendo posible persuadirle, el marqués dió su vara á otro más dócil.

El gobierno se hacía difícil, porque no habían quedado en Madrid más funcionarios que los que por enfermos no habían podido seguir al rey, y el marqués de Matanzas, corregidor de la villa, que había permanecido por orden expresa de Felipe V, para evitar, si era necesario, con su

influencia, medidas extremas del pretendiente contra los que, permaneciendo adictos al rey, habían quedado en Madrid.

Se selló papel con el nombre de Carlos III, y en él se extendieron provisiones y órdenes, que los que las recibieron enviaron originales á Felipe V en muestra de su lealtad.

En todas partes se negaron á recibir el papel sellado que se distribuyó.

Toledo en los primeros momentos se mostró adicta á Carlos III, minada por la influencia de Mariana de Austria, viuda de Carlos II, que residía en aquella ciudad, y que, como era natural, quería mejor ver rey de España á un príncipe de su familia, que á otro de la casa de Francia.

Pero poco tiempo pasó antes de que, rehaciéndose en el sentido de su nunca desmentida lealtad, la ciudad de Toledo se declarase adicta á Felipe V, con gran riesgo, porque Mariana de Austria fué maltratada, y presos muchos de sus servidores.

En Segovia los fabricantes de paños tomaron las armas por Felipe V, y el obispo don Baltasar de Mendoza, partidario del archiduque, porque esperaba ser repuesto en el cargo de inquisidor general, corrió gran riesgo de que lo matasen, y se escapó disfrazándose de militar y huyendo hacia Madrid acompañado de su bella sobrina la marquesa de Santorcaz.

Pero por su mala suerte tropezaron con una partida de caballería de Felipe V, que los cogió prisioneros y los envió á Zaragoza á disposición del rey.

Los aliados no dominaban más terreno que el que pisaban, y aun así de mala manera, luchando con todo género de dificultades.

Al archiduque se le olvidaba en el momento en que salía de un punto cualquiera.

Sin embargo, la situación de Felipe V era penosa,

Se había perdido á Gibraltar, que los ingleses se apresuraron á apropiarse, y del cual continuaban apropiados, lo que prueba más que nada, no la falta de patriotismo, sino la indolencia española.

Toda la parte de Extremadura fronteriza á Portugal estaba ocupada por los aliados, y asimismo Cádiz, muchos de los puertos del Cantábrico, Barcelona y Valencia, obedecían como á su rey al archiduque.

Felipe V dispuso que la reina, la princesa de los Ursinos y parte de la corte, con los consejos,

se trasladasen á Burgos para mayor seguridad, y así se hizo después de haber sufrido un gran sobresalto por una equivocación.

Se dijo que los enemigos interceptaban el camino, siendo así que quien estaba sobre él para proteger el paso de la reina, era el general Amézaga.

Creyóse que el rey, teniéndolo todo por perdido, huyó á Francia, y esto causó tal desaliento, que los partidarios de Felipe V le abandonaban y desertaban sus soldados, y entre ellos, en masa, el regimiento de caballería de las Ordenes militares, que marchó á Madrid con intento de someterse al archiduque.

Vivamente inquieto por estas defecciones Felipe V, reunió en Sopetrán, donde se encontraban, á los ministros, grandes y generales que le habían seguido, les demostró la falsedad de los rumores mal intencionados que se propalaban acerca de su fuga, les juró que jamás abandonaría á España, y añadió:

— Si no me quedara más tierra que la necesaria para poner los pies, allí moriría con la espada en la mano defendiéndola.

Este generoso arranque del joven príncipe conmovió de tal manera á los que le escuchaban, que todos le juraron conmovidos no abandonarle nunca y perder por él hasta la última gota de su sangre.

Después Felipe montó á caballo, se fué al frente de las tropas y las arengó con tal bravura, que los soldados prorrumpieron en ardorosas aclamaciones, jurando perder la vida en su defensa; y desde aquel momento cesaron las deserciones.

Por aquel tiempo recibió el rey la consoladora noticia de que los cuatro reinos de Andalucía enviaban en su socorro un ejército de treinta mil infantes y veinte mil caballos, que habían levantado á costa de grandes sacrificios, lo cual causó un gran entusiasmo y una grande alegría en el campo real.

El marqués de las Minas pasó á Alcalá con parte del ejército del archiduque, y Felipe V se retiró á Jdraque y Atienza, donde se le reunió el general Amézaga con sus tropas.

No faltaban, sin embargo, disgustos y reveses. Lo de Valencia andaba muy malo: ocupaba aquel reino lord Peterborough, publicando indulto solemne á nombre de Carlos III, y ofreciendo á los catalanes la conservación de sus fueros, y á los empleados, las de sus cargos y honores.

El conde de Santa Cruz, general de la armada española, que se hallaba en Cartagena con algunos navíos, y á quien se le habían dado cincuenta y siete mil pesos fuertes para que fuese al socorro de la plaza de Orán, amenazada por los moros, en vez de ir á su destino, hizo rumbo á la escuadra aliada, á la que se unió, siendo traidor á Felipe V, cometiendo la traición infame de procurar al almirante inglés los medios de apoderarse del puerto de Cartagena.

Pero no era esto lo más adverso.

Zaragoza y todo el reino de Aragón se habían pronunciado por el archiduque.

Las tropas aliadas y las catalanas entraron en Zaragoza, y el 15 de Julio de 1706 el archiduque entró en aquella ciudad, en la que fué proclamado.

Puestos en comunicación los tres ejércitos de los aliados, el que mandaba el archiduque, el de Valencia, mandado por Peterborough, y el del marqués de las Minas, la situación de Felipe V, detenido en Atienza esperando el ejército de Andalucía y las tropas francesas que le enviaba Luis XIV, no podía ser más crítica.

Al fin, llegaron estos socorros tan á tiempo, que poniéndose en marcha Felipe, formó su campo el día mismo en que el marqués de las Minas llegó á Jdraque.

Reconocido el campo real por el marqués de las Minas, éste fué de opinión de que debía darse la batalla; porque, según su juicio, el inmenso número de tiendas que se veían á lo lejos, no era más que un artificio, contra el parecer de lord Galloway, que opinó, que no sólo no debía arriesgarse la batalla, sino que debían buscarse los medios de salvar al ejército de un desastre.

Así se ejecutó, efectuándose aquella noche la retirada á la sordina; pero como por un exceso de rabia feroz iban incendiando las casas que encontraban al retirarse, estos incendios, no sólo avisaron á Felipe V de que el enemigo se retiraba, sino que le indicaron su dirección, permitiéndole perseguirle por la ribera del Henares hasta Guadalajara, donde hicieron alto.

Felipe V intentó un golpe de mano sobre Madrid, á fin de entrar en él el mismo día señalado para la vuelta del archiduque.

Hizo avanzar á los generales marqués de Legal y don Antonio del Valle, que con un cuerpo de caballería pasaron el Henares, y por las alturas de Santorcaz, cayeron antes del amanecer sobre Alcalá, y sorprendieron y cogieron á algunos

que, habiendo salido de Madrid, se encaminaban descuidadamente á besar la mano al archiduque; y además, interceptaron un gran convoy de provisiones.

Allí se les incorporaron el marqués de Mejorada, secretario del despacho universal, que llevaba pliegos de Felipe V para la villa de Madrid; don Lorenzo Mateo de Villamayor, alcalde de casa y corte, y don Alonso Pérez de Narvaez, conde de Jorosa, nombrado gobernador de Madrid en reemplazo del marqués de Fuente Pelayo; y saliendo todos de Alcalá, expidieron un correo escoltado por dos guardias de corps, con una carta para el procurador general de Madrid, en que se le prevenía que para las cuatro de la tarde tuviese reunido el ayuntamiento, á fin de darle cuenta de un despacho del rey.

Entraron el correo y los guardias al medio día en Madrid, y habiendo reconocido á los últimos el pueblo por sus uniformes com. del rey, empezaron entusiastas aclamaciones por Felipe V.

A estas aclamaciones, montó á caballo el marqués de las Amayuelas, que gobernaba á Madrid por el archiduque, y con los migueletes, valencianos, aragoneses y catalanes que tenía á sus órdenes, acometió al pueblo, que resistió bravamente.

Durante el combate, llegaron el marqués de Legal y don Antonio del Valle, con la caballería de Felipe V, y adelantaron desde la puerta de Alcalá hasta el Buen Suceso, sin encontrar una sola persona.

En la Puerta del Sol había alguna gente que prorrumpió en aclamaciones á Felipe V, y en muertas á los traidores.

De tal manera se apiñaba el pueblo que acudió en derredor de los escuadrones, mezclándose con ellos, que éstos tardaron mucho tiempo en llegar á la calle de Santiago, donde los migueletes los recibían con un fuego á quemarropa.

Entretanto, el conde de las Amayuelas, gobernador de Madrid, se dejó ver en la plazuela de la Villa con un gran plumero blanco en el sombrero.

Divididos entonces en dos partes escuadrones y pueblo, acometieron con tal furia, que arrollando al marqués de las Amayuelas y á sus migueletes, los encerraron en el palacio, donde, parapetados, continuaron el combate; pero es-

trechamente sitiados, faltos de municiones, se vieron obligados á renunciar á discreción.

Apoderadas de Madrid las tropas reales, se pensó en aclamar de nuevo al rey.

Pero Felipe V, avisado de esto, mandó que no se hiciese.

Acordóse entonces *desaclamar*, por decirlo así, al archiduque, para lo que se levantó un tablado en la Plaza Mayor, bastantemente rehenchido de materias combustibles, se sacó en solemne procesión por el ayuntamiento, y se llevaron arrastrándolos, el pendón que se había levantado para la proclamación del archiduque, un retrato de éste, y el acta de la proclamación, todos cuyos objetos fueron quemados públicamente en el tablado prevenido, con grandes voces, risas y algazara de la multitud que llenaba la plaza, con grandes aclamaciones á Felipe V.

Quemóse asimismo todo el papel sellado que llevaba el nombre de Carlos III, se inutilizaron los sellos, se declaró intruso y tirano al archiduque, y nulo y de ningún valor todo lo que se había mandado en su nombre.

El pueblo, irritado, saqueó y quemó las casas del patriarca, del conde de San Pedro, y de otros señores que habían sido desleales.

El patriarca, el conde de Lemus y el obispo de Barcelona, habían sido cogidos camino de Alcalá por las tropas reales, cuando iban en busca del archiduque, á quien creían en aquella ciudad preparándose para entrar en Madrid.

Estos personajes fueron extrañados del reino, y entre otros fueron encerrados en el castillo de Pamplona, el conde de las Amayuelas, y su *ad-látere* el padre Sánchez, hombre revoltoso que ya había sido preso y procesado por haber pretendido sublevar á Granada.

El conde de San Juan, portugués, que se encontraba en Villaverde con un numeroso destacamento de caballería inglesa y portuguesa, al saber lo que sucedía, escapó por caminos extraviados hacia Portugal; pero los pueblos del tránsito, al ver los uniformes portugueses é ingleses, la emprendieron con ellos vitoreando á Felipe V, y acabados por estos sucesivos recibimientos de los pueblos los enemigos, no entró ni uno solo en Portugal, ni aun el conde de San Juan, á quien cogieron herido cerca de la frontera.

Los rebeldes que no habían podido escapar de Madrid, andaban desprovistos y sin saber

dónde meterse, y el pueblo pedía acaloradamente castigos.

Algunos de los comprometidos fueron presos por el tremendo alcalde de casa y corte don Lorenzo Mateo de Villamayor, que sin pararse en barras, sentenció á muerte natural de horca, para efecto de escarmiento y por las infamias que habían hecho, á un escribano que se llamaba *Manazas*, y á un Cara-Quemada, maestro armero.

Entre tanto, el archiduque estaba con un ejército en Guadalajara, acompañado de muchos señores rebeldes; y cuando vió desde las alturas del Henares el campo de Felipe V, entró el mismo miedo que á lord Galloway, y viendo que el campo de Felipe V se levantaba con ostensibles muestras de acometer el sayo, le levantó de noche en silencio, y por la vega del Tajuña emprendió la fuga, con el benévolo intento, según se dijo, de quemar á Toledo y sacar de allí á la reina viuda doña Mariana de Austria.

Púscse también en movimiento Felipe V, y fué á acampar en Cimpozuelos, apoyando su derecha en Aranjuez, adonde habían llegado ya seis mil hombres de las milicias de la Mancha, bajo el mando del marqués de Santa Cruz.

Al mismo tiempo entraban en Toledo, por Felipe V, diez mil hombres de las mismas milicias manchegas.

El duque de Osuna fué enviado por el rey á Toledo con doscientos guardias de corps para sacar de allí á doña Mariana de Austria, lo cual logró, no sin grande apuro y compromiso, porque los irritados toledanos querían matar á aquella señora, á quien condujo á la frontera francesa cumpliendo las órdenes del rey.

La viuda de Carlos II fué insultada por los pueblos del tránsito, hasta el punto de ser amenazada con piedras y palos y de verse obligado Osuna á usar de una grande energía para salvarla.

Desesperado el archiduque al ver que todo se le presentaba hostil, y siguiendo los consejos de lord Galloway, determinó retirarse á Valencia, y pasó con grandes dificultades el Tajo en la noche del 7 de Septiembre.

El rey persiguió al archiduque hasta Uclés, desde donde retrocedió hacia Madrid, llegado al cual dispuso volviesen á Madrid la reina, la princesa de los Ursinos y los consejos.

El ejército real marchó á cubrir algunos pun-

tos en los reinos de Valencia, Murcia y Aragón.

Parte de las tropas reales siguieron la persecución del archiduque hasta más allá del Júcar; y tanto corrió la caballería, que el archiduque se vió obligado á huir á rienda suelta con solo un piquete de caballería, corriendo sin descanso toda una tarde y una noche, hasta llegar al Campillo de Altobuey.

El país se levantaba al paso de las tropas reales.

Los aliados dejaban por todas partes rezagados, artillería, carros, bagajes.

El archiduque se internó en el reino de Valencia, y las tropas reales recobraron á Cartagena y á Alicante.

Las tropas reales se extendían desde Orihuela hasta Alicante, desde Jijona á Elche, Elda, Novelda y Salina, prolongándose la línea por Villena y Almansa hasta Fuente la Higuera.

En esta retirada se hicieron doce mil prisioneros al ejército del archiduque, se cogió un gran tren de artillería y un inmenso bagaje.

Todo había cambiado.

En la primavera de 1706, Felipe V había parecido próximo á abandonar á España.

Dos meses después, el archiduque huyó destrozado y no sabía dónde encontrarse seguro.

No se tenía entonces dinero, y después proporcionaron el suficiente los donativos de las ciudades que habían permanecido leales y las exacciones ejercidas sobre las que se habían rebelado.

Terminada esta que puede llamarse campaña de 1706, se dió algun reposo á la guerra, y Felipe V, después de haber hecho su entrada solemne en Madrid, fué á recibir hasta Segovia á la reina.

Reuniéronse Felipe V, Luisa Gabriela de Saboya y la princesa de los Ursinos en aquella ciudad, y fueron juntos al Escorial, donde se cantó un solemne *Te Deum*.

Al llegar á las Rozas de vuelta del Escorial, Felipe V envió á su mayordomo mayor á Madrid, á avisar á las damas de honor y camaristas de la reina que no la habían seguido, se retirasen á sus casas, porque el estado de las rentas reales y las urgencias de la guerra, le obligaban á reducir los gastos de su casa.

Peró esto no era más que un pretexto, bajo el cual se veía harto claro el disgusto de la reina

contra aquellas señoras que no habían tenido lealtad ó valor para seguirla.

Los reyes llegaron á Madrid, y primeramente se dirigieron al real monasterio de Atocha, donde se cantó un solemne *Te Deum*.

Desde Atocha, y por una carrera henchida de un gentío inmenso, cubierto el suelo de juncia, colgados y adornados los balcones y llenos de espectadores, se dirigieron á palacio, trépidamente vitoreados por el pueblo.

Hubo algunos días de fiestas, de corridas de toros, de luminarias, de cucañas, de alegría.

Todo este estruendo y alborozo por la vuelta de Felipe V, contrastaba enérgicamente con la sombría tristeza que había dominado á Madrid durante la permanencia en él del archiduque.

En el exterior se experimentaban dolorosos reveses.

El mariscal Villeroy, era derrotado en Ramilliers; Marlborough se apoderaba del Brabante; se perdía la Flandes española; los españoles y los franceses eran arrojados del Piamonte; se proclamaba al archiduque en Milán y en Nápoles, y el archiduque, repuesto de hombres y de dinero, pasaba de Valencia á Barcelona, en la cual desembarcó en 7 de Marzo de 1707.

Al mismo tiempo, para compensar esto, entraba por el Pirineo un ejército francés en socorro de Felipe V, bajo las órdenes del duque de Orleans, que después de la desgraciada campaña del Piamonte, había sido destinado á España con el mando del primer ejército.

Todo auguraba un grave acontecimiento.

Lord Galloway y el marqués de las Minas marcharon sobre Yecla y Villena, y el duque de Berwick se situó con las fuerzas de su mando en Almansa.

Galloway y el marqués de las Minas querían dar la batalla, y Berwick la excusaba, procurando ganar tiempo, á fin de que llegase el duque de Orleans con el ejército francés: porque además de no querer privar al duque de Orleans de la honra de mandar la batalla, aunque estaba bien de caballería, se encontraba muy mal de infantería.

Murmuraban de esto los oficiales españoles, que ardían por empeñar el combate, y decían que como el duque de Berwick era hermano de la reina de Inglaterra, se había convenido con los ingleses.

Llegaron á la corte estas murmuraciones, y produjeron órdenes enérgicas á fin de que el

duque de Orleans se pusiese al frente del ejército.

Había llegado á Madrid el 18 de Abril, y el 21 al medio día, y sin mirar que era la festividad del Jueves Santo, partió á la ligera en dirección á Almansa.

Pero la batalla, á pesar de las murmuraciones calumniosas contra Berwick, de que esquivaba la batalla, se dió y se ganó por las tropas reales, antes de que llegase á Almansa el duque de Orleans.

La victoria fué inmensa: se le cogieron al enemigo doce mil prisioneros, entre ellos cinco tenientes generales, siete brigadieres, veinticinco coroneles, ochocientos oficiales, toda la artillería y cien estandartes y banderas. Murieron cinco mil de los aliados, y en las tropas reales sólo hubo una baja de dos mil hombres.

Berwick, á quien podía decirse debía el ascenso de su corona Felipe V, fué bien recompensado: se le dió el Toisón de oro, y se le creó grande de España, con los títulos de duque de Liria y Gérica; y á la ciudad de Almansa, en conmemoración de aquella importantísima victoria, se la concedieron privilegios especiales, y más adelante se levantó en el centro de aquel campo de batalla un monumento que aún existe.

Por consecuencia de esta victoria, se rindieron Valencia, Zaragoza y Játiva; pero resistiendo de tal manera esta última, que el rey mandó fuese destruída, incendiada, arrasada hasta los cimientos, y que no se permitiese su repoblación.

Esta ferocidad se llevó á cabo.

Játiva fué incendiada, destruída.

Pero más adelante, los buenos oficios de don Melchor de Macanaz consiguieron que Játiva fuese repoblada.

Sin embargo, la gracia no fué completa: el rey quiso que el nombre de Játiva fuese perpetuamente borrado, y que la ciudad se llamase San Felipe.

De aquí el que ahora se llame oficialmente San Felipe de Játiva, y generalmente Játiva.

Hay cosas que no pueden hacer los reyes, y Felipe V no pudo borrar el nombre de Játiva; el patriotismo y la costumbre le conservaron, al par que el de San Felipe apenas se pronuncia por nadie.

En 25 de agosto de 1707 había nacido Luis

Fernando, príncipe de Asturias, primer hijo varón de Felipe V.

En la campaña de 1708 continuaron las ventajas en la península, y los reveses fuera. Se perdieron Orán, Cerdeña y Menorca.

Los alemanes invadieron los estados de la iglesia, aterraron al papa, y le obligaron a reconocer por rey de España al archiduque, creyendo que los católicos españoles abandonarían a Felipe, por no exponerse a los anatemas de Roma.

El duque de Borgoña se vió obligado á retirarse a Francia, por haber tomado á Lille los aliados.

Cansado Luis XIV de una guerra que se le hacía sumamente difícil, y en la cual se desprestigiaba, se decidió por hacer la paz general, y á este fin entabló negociaciones secretas con los holandeses, que eran al parecer la nación dominante entre las aliadas.

Pero los holandeses hablaron como vencedores, e impusieron para la paz la humillante condición de la cesión de España y de las Indias.

Dícese que el egoísta Luis XIV vaciló, y que dió instrucciones en este sentido al marqués de Amelot, que había vuelto á la embajada, ó que más bien no había dejado de ser embajador de Francia en España.

La princesa de los Ursinos desplegó todo su talento y toda su influencia, y propuso se hiciese proclamar príncipe de Asturias al infante Luis Fernando, lo que era consultar indirectamente y como por sufragio universal, á la manera que entonces era posible, la opinión y la voluntad de los españoles acerca de su casa reinante.

El resultado fué completamente satisfactorio: todas las ciudades, villas y lugares del reino aclamaron con entusiasmo príncipe de Asturias al infante, y se presentaron á propósito de esto á Felipe V de la manera más satisfactoria.

La princesa de los Ursinos se volvió contra monsieur Amelot, á quien llamaba desleal, y pidió su destitución.

Al mismo tiempo inspiró al rey una carta á su abuelo, en la cual se leía lo siguiente:

"Tiempo hace que estoy resuelto, y nada hay en el mundo que pueda hacerme variar. Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre: es un deber que me imponen mi conciencia, mi honor, y el amor que á mis súbditos profeso. Cierto estoy de que no me abandonará mi pueblo, suceda lo que

quiera, y que si al frente de él expongo mi vida, como tengo resuelto antes que abandonarlo, mis súbditos derramarán también de buen grado su sangre por no perderme. Si fuera yo capaz de abandonar mi reino ó cederle por cobardía, estoy cierto de que os avergonzaríais de ser mi abuelo. Ardo en deseos de merecer sólo por mis obras, como por la sangre lo soy: así es, que jamás consentiré en un tratado indigno de mí... Con la vida tan sólo me separaré de España; y sin comparación, quiero más perecer disputando el terreno palmo á palmo, que empañar el lustre de nuestra casa, que nunca deshonraré si puedo; con el consuelo de que trabajando para bien de mis intereses trabajaré al mismo tiempo en obsequio de los vuestros y de los de Francia, para quien es una necesidad la conservación de la corona de España."

Felipe V desplegó también una grande energía respecto al papa Clemente XI, que aunque afecto á la casa de Borbón, se había visto obligado por los alemanes á declararse en favor de la casa de Austria respecto á España.

Felipe V, indignado, despidió al nuncio, cerró el tribunal de la Nunciatura, cortó todo trato con la corte romana, excepto en las cosas que pertenecían exclusivamente á la jurisdicción y potestad espiritual, y tomó otras medidas tan enérgicas, que fueron principios de largas y ruidosas disidencias entre la corte de España y la Santa pontificia.

Los españoles, por su parte, enemigos de toda influencia extraña, se irritaban contra la Francia, contra Amelot, y aun contra la princesa de los Ursinos, á quienes suponían autores de las calamidades que afligían al país.

La intemperancia de monsieur Amelot, que empeñado por la resistencia que encontraba en el seno mismo del Consejo, propuso y obtuvo la separación del Gobierno de algunos importantes personajes, exacerbó de tal modo á los españoles, que el duque de Medinaceli propuso unirse á los aliados contra los franceses, que con proyectos ofensivos á la lealtad española parecían querer arrebatár á la nación un rey, por el cual se había decidido con tanto heroísmo, y por el cual había apurado tantos sacrificios.

Estas ideas que cundían en el ejército llegaron hasta el soldado, y causaron en él tal animadversión contra las tropas francesas, que hubo temores de que los soldados y el pueblo de Ma-

drid inmolaran un día á los franceses que en él residían.

Aprovechóse la princesa de los Ursinos de esta exacerbación de los ánimos, y sacrificó á monsieur Amelot, mostrándose indignada al conocer las proposiciones de los aliados hechas á Luis XIV, y haciendo recaer sobre el embajador francés la responsabilidad de todo, pidió energicamente su destitución, valiéndose de la influencia de la reina; y como los consejos de esta y de la princesa estuviesen en armonía con la manera de sentir del rey, convocó este á los ministros y á los grandes del reino, y exponiéndoles la indignación que le causaba la conducta de la corte de Francia, les expuso de nuevo su firme resolución de morir antes que renunciar á la corona de España, y concluyó pidiéndoles consejo acerca de lo que debía hacerse.

El anciano cardenal Portocarrero respondió á nombre de todos, que el honor, la lealtad, y el deber, imponían á los españoles la obligación de defender á su soberano y de sacrificarse por sostenerle en el trono, y que sería mengua y baldón para España consentir que Inglaterra y Holanda desmembrasen la monarquía; y que si Francia no podía en lo sucesivo ayudar á los españoles, ellos sólo sabrían defender su independencia y conservar la corona á su monarca, porque no habría español que no corriera gustoso á empuñar las armas para el sostén y defensa de tan sagrados objetos.

Terminó la asamblea, pidiendo ésta al rey nombrase un gobierno puramente español, del cual estuviesen excluidos los franceses, lo que otorgó de buen grado Felipe V, que ya había pensado en ello.

La princesa de los Ursinos obtuvo con facilidad de la reina, se la excluyese de esta medida general contra los franceses, contra los cuales se volvió, y en muestra de ello, intimó por sí misma á monsieur Amelot, el mandato de que volviese destituido á Francia.

Monsieur Amelot fué reemplazado en la embajada de España por monsieur Blecourt, que ya había sido ministro en España.

El duque de Medinaceli fué nombrado ministro de Estado, de la Guerra el marqués de Bedmar, y los demás ministros y secretarios permanecieron en sus puestos por ser españoles.

Para las conferencias de la paz, que se celebraban en El Haya, se nombraron plenipotenciarios al duque de Alba y al conde de Ber-

gueick, á los que se dieron energicas instrucciones.

La decisión de Felipe V produjo muy buenos resultados. Se obtuvieron grandes donativos y un alistamiento general: los obispos ofrecieron los tesoros de sus catedrales, y el clero ayudó, no sólo con donativos, sino con exhortaciones contra un príncipe hereje y contra sus aliados, que pretendían usurpar la corona al católico y legítimo rey de España.

Era inmenso el entusiasmo: todos corrían á las armas ó daban dinero. Por la primera vez se confiaba el mando de los ejércitos de Felipe V á un español.

Era éste el conde de Aguilar, muy respetado por su valor y por su pericia militar.

Mas como todo esto no bastaba para afrontar las consecuencias de una guerra continuada por la ruptura de las conferencias de El Haya, á ruegos de María Luisa Gabriela de Saboya, accedió Luis XIV á que permaneciesen en España como tropas auxiliares treinta y cinco batallones de franceses.

Francia respondió con entusiasmo al llamamiento de Luis XIV contra la liga.

Para atender á los gastos de la guerra, el rey de Francia envió su riquísima vajilla á la casa de moneda, y entusiasmados nobleza y pueblo por este rasgo de su soberano, acudieron con cuantiosos donativos.

Cinco ejércitos puso Francia en pie de guerra contra la liga: uno destinado á Flandes, á las órdenes del mariscal de Villar; el segundo al Rhin, á las del marqués de Harcourt; el tercero al Delfinado, á las del duque de Berwick, el cuarto al Rosellón, á las del duque de Noailles, y el quinto á Cataluña, á las del mariscal Bezons.

Otros cinco ejércitos de los aliados estaban el primero en los Países Bajos, á las órdenes del príncipe Eugenio y del duque de Marlborough; el segundo en el Rhin, á las del duque de Hannover; el tercero en el Piamonte, á las del conde de Thaur; el cuarto en España, á las del conde de Aremberg, y además otro en Portugal.

Los ejércitos de los Países Bajos eran los más considerables. El francés constaba con exceso de ciento cincuenta batallones y doscientos veinte escuadrones, y el de los aliados de ciento ochenta y tres batallones y trescientos quince escuadrones.

Luis XIV fué desgraciado en las campañas del Rhin, del Piamonte, de los Países Bajos y

del Delfinado, y á duras penas sus generales lograron impedir á los aliados la entrada en el territorio francés.

En España, algunos reveses dolorosos, sufrieron principalmente á causa de la animadversión con que se miraban franceses y españoles, obligaron á Felipe V á ir á ponerse al frente del ejército de Cataluña, con ánimo de dar fin con su presencia y su autoridad á las discordias de las fuerzas combinadas franco hispanas.

Antes de partir Felipe de Madrid, escribió al mariscal Bezons, manifestándole su profundo disgusto por la conducta que había observado; y le mandaba tener prontos para cuando llegase cuarenta batallones y sesenta escuadrones, porque iba dispuesto á obrar en armonía con su dignidad, y á sostener el honor de Francia y de España.

Poco después de la llegada de esta carta, llegó Felipe V y conferenció con el mariscal Bezons y el conde de Aguilar. Revistó al ejército y dispuso que todas las tropas francesas se volviesen á Francia con sus generales, incluso el mariscal Bezons, á quien en compensación y por quedar bien con Luis XIV, dió Felipe el Toisón de oro; lo cual se llevó muy á mal por muchos españoles.

Libre Felipe de los franceses, atacó las líneas enemigas, y las encontró tan fuertes, que perdida la esperanza de romperlas, se redujo á enviar destacamentos que cortasen los convoyes de víveres destinados al enemigo é impedir á éste la exacción de contribuciones al país.

Después de lo que se volvió á Madrid, dejando el mando en jefe al conde de Aguilar, que le tuvo hasta que, viendo que los enemigos se acuartelaban, le dejó y se fué á la corte. Le sucedió en el mando el príncipe de Tilly, virrey de Navarra.

La campaña de 1709 no había dado más resultado que reveses.

Y en cuanto á la política de la corte de Madrid, estaba tan embrollada, que la princesa de los Ursinos, siempre habil, manifestó sus deseos de retirarse, lo que no le permitió la reina.

Entonces puede decirse que la princesa dictó condiciones, y una de ellas fué que Amelot, que aunque depuesto de su cargo de embajador de Francia permanecía en la corte de Madrid, y hacía sentir en ella la influencia francesa, saliese de España.

Vióse obligado aquel diplomático á ceder á

las circunstancias, y salió de Madrid, escapando milagrosamente del furor popular.

Desanimado Felipe V con tantas dificultades, con la ineptitud, la indolencia y las rencillas de los ministros, pareció como que se entregaba al aburrimiento, y á veces para disiparle, buscaba los placeres de la corte, ó se iba á caza.

Sin la energía de la reina y de la princesa de los Ursinos, la política hubiera caído en una inacción completa.

A pesar de que Luis XIV abandonó decididamente á su nieto, los españoles no se desalentaron; hicieron nuevos sacrificios y crearon como por encanto nuevos ejércitos.

Felipe V salió á campaña; pero hubo de retirarse precipitadamente á Madrid, después de haber sufrido tres derrotas, la última de las cuales fué la desastrosa batalla de Zaragoza.

Afortunadamente, el archiduque se entretuvo en Zaragoza en cosas que le importaban mucho menos que perseguir el derrotado ejército de Felipe V. Al fin, abandonando el archiduque con todo su ejército á Zaragoza, marchó sobre Madrid.

Felipe V abandonó la corte y se trasladó con toda su familia, con la princesa de los Ursinos y con todos sus Consejos, á Valladolid.

Un mes después de la salida de Felipe, de la reina y de la corte de Madrid, entró en él el archiduque.

El recibimiento de Madrid fué triste y hostil.

El archiduque permitió se cometiesen graves excesos por los soldados; dictó providencias tiránicas, resentido por el mal recibimiento que se le había hecho, y no creyéndose seguro en Madrid, mantuvo su cuartel general en los pueblos circunvecinos.

Felipe V entre tanto había pedido á su abuelo que, ya que no le acudiese con un ejército, le enviase al duque de Vendôme, lo que el rey de Francia tuvo la dignación de concederle.

La leal Castilla había procurado al rey un nuevo ejército, del cual se puso á la cabeza Vendôme, y nuevos recursos.

El duque de Vendôme se puso en operaciones, situándose sobre Almaraz, para cortar la comunicación con Portugal al archiduque.

Viendo éste que todos sus esfuerzos para dominar las Castillas eran infructuosos, y que los guerrilleros le diezaban el ejército, determinó salir de Madrid, y lo verificó á los cincuenta y un días de haber entrado en él; se trasladó á Barcelona, donde se creía más seguro.

Felipe V volvió á Madrid, donde sólo permaneció tres días, que se invirtieron casi exclusivamente por los madrileños en aclamaciones y regocijos públicos.

El rey y Vendome marcharon hacia Zaragoza en persecución del archiduque.

Súpose que en Brihuega estaba el general inglés Stanhope con ocho batallones y otros tantos escuadrones.

Avanzaron, por orden de Vendome la caballería ligera, los dragones, los granaderos, y dos piezas de artillería hasta Torija, bajo el mando del marqués de Valdecañas.

Con tal celeridad marchó esta fuerza, que a la mañana siguiente llegó á Brihuega y cortó todas las salidas á Stanhope, y comenzó á batir los débiles muros de la población con las dos piezas de artillería.

El rey y Vendome se incorporaron á Valdecañas al medio día.

Stanhope resistía en Brihuega esperando ser socorrido.

La artillería continuó batiendo todo el día á Brihuega; y habiéndose recibido aviso de que el mariscal Staremberg venía con considerables fuerzas á socorrer á los sitiados, se dió el asalto á las órdenes del conde de las Torres, en que tomaron parte cuatro tenientes generales, mientras el conde de Aguilar, acompañado de Vendome, fué destinado á detener con la caballería á Staremberg.

Después de un reñido combate, de reiterados asaltos, en que se hicieron maravillas de valor por las tropas reales, y siendo las ocho de la noche, vino Stanhope á capitulación, que se le concedió dándole cuartel.

Quedaron prisioneras todas las tropas con su general Stanhope, que fueron internadas en Castilla, y emprendieron la marcha aquella misma noche, escoltadas por el regimiento de caballería de la Estrella.

Se esperaba para el día siguiente una batalla, que en efecto tuvo lugar.

La infantería estaba formada hacia la parte de Vilavieja, constituyendo el centro, cuyos costados eran la caballería. Mandaba la derecha de la primera línea el marqués de Valdecañas, temiendo á sus órdenes á los mariscales de campo conde de Montemar y don Pedro Ronquillo, que fué muerto por una bala de cañón al empezar la batalla. La izquierda, el conde de Aguilar, con el conde de Mahón y el mariscal de

campo don José de Amézaga. El centro, el marqués de Toy, con el teniente general marqués de Laver, y el mariscal de campo conde de Harcelles. La derecha de la segunda línea mandábala el conde de Merodi, con el mariscal don Tomás de Idiáquez. La izquierda, el marqués de Navalmorcuende, con el mariscal de campo don Diego de Cárdenas. El centro, don Pedro de Zúñiga y el mariscal de campo Enrique Crafton.

Empezó la batalla rompiendo el fuego la artillería enemiga, á pesar de lo cual, Felipe V recorrió la línea. Dos balas de cañón rebotaron junto á los pies de su caballo.

El marqués de Valdecañas arrojó del primer ímpetu la izquierda enemiga, que mandaba el mariscal Staremberg. Pero fué rechazada la izquierda por la derecha del enemigo, y deshecho por éste el centro del ejército real, cayendo prisionero el marqués de Toy, que había acudido á repararle.

El duque de Vendome, temiendo perdida la batalla, se llevó al rey al lugar donde había estado acampado el ejército la noche anterior, y mandó al conde de Aguilar se retirase con la infantería y la pusiese á salvo, lo que obedeció Aguilar, á pesar de que aquella orden fué inoportuna, porque Valdecañas y San Esteban derrotaban en aquel momento al enemigo, y el conde de Mahón se apoderaba de muchas alhajas de oro y plata robadas de los templos de Madrid.

Acometido Staremberg por la espalda por Mahón y Bracamonte y de flanco por don José de Amézaga, era completamente derrotado.

La batalla se había ganado completamente, y sin embargo no se convencía de ello Vendome, por mas que se lo repetían los oficiales que llegaban con la fausta noticia.

Entretanto se enviaba un parlamento á Staremberg, intimándole se rindiesen para evitar una inútil efusión de sangre.

Reunió Staremberg su consejo de guerra, y con acuerdo de éste, pidió una suspensión de armas durante el resto de la noche, ofreciendo que si al amanecer veía sobre el campo, como se le decía, treinta batallones y cincuenta escuadrones del ejército real, se rendiría á discreción.

Esta fué una estratagema. Staremberg fué retirando sin ruidos y en pequeñas porciones la fuerza que le quedaba.

Avisaron de esto al rey, don Rodrigo Maca-

naz, el conde de Crevecoeur y el conde de Mahoni, pidiendo este último tres mil caballos para cortar con ellos al enemigo, lo que no se lo concedió por un resentimiento del conde de Aguilar, encomendándose esta operación a Vallejo y Bracamonte.

Llegaban entretanto al campo donde se hallaban el rey y Vendome, oficiales y soldados cargados de banderas y estandartes y alhajas y vasos sagrados rescatados del enemigo, y algunos prisioneros de Estado, tales como el obispo auxiliar de Toledo y el arzobispo de Valencia, con algunas señoras y personajes que les seguían.

El rey despachó dos correos con la noticia de la victoria, uno á la reina, y otro á Luis XIV; recorrió el campo de batalla, y pasó á la villa de Fuentes, donde supo que don José Vallejo había hecho tres mil prisioneros. La batalla de Villaviciosa (10 de Diciembre de 1710) puede decirse que fué la última de la guerra de sucesión; porque ella arrojó definitivamente en el trono á Felipe V.

Los aliados se retiraron á Cataluña; pero se encontraron de frente con el ejército francés del Rosellón, á las órdenes del duque de Noailles, que sitió y tomó después de un duro sitio la plaza de Gerona.

El 17 de Abril de 1711 murió el emperador de Alemania, y el archiduque fué llamado para sucederle.

Esto influyó poderosamente en los asuntos de España. Pareció como que el archiduque desistía de las pretensiones á su corona.

Inglaterra y Holanda cesaron de enviar socorros, y Staremberg se vió obligado á permanecer en la inacción en Cataluña, porque escaso de fuerzas y falto de prestigio, no se atrevía á emprender ninguna operación.

Vendome permanecía también inactivo.

El 27 de Septiembre, el archiduque se embarcó en Barcelona á bordo del navío almirante de la escuadra inglesa, que hizo rumbo á Italia.

Entonces Staremberg se situó con todas sus fuerzas en Prats de Rey, y Vendome se movió desde Cervera con las suyas á buscarle, y le presentó la batalla.

Pero no habiéndola aceptado Staremberg, que se retiró y tomó las alturas, Vendome ocupó á su vista á Prats de R-y.

Staremberg marchó sobre Tortosa, esquivando un combate con Vendome y atacó aquella ciudad de la que fué vigorosamente rechazado,

perdiendo quinientos prisioneros y otros tantos hombres entre muertos y heridos.

La campaña de Portugal en 1711 fué también de escasa importancia.

La guerra de sucesión había concluido moralmente con la batalla de Villaviciosa, y la partida del archiduque para Alemania y el abandono en que había dejado á sus generales en España, eran también moralmente un desistimiento de sus pretensiones.

Por último, cansada Europa de guerra, y Luis XIV de una lucha impotente contra los aliados, y satisfecho el archiduque con el imperio de Alemania, se firmó la paz general.

Cataluña, sin embargo, se sostuvo aún tenaz, hasta que, sola, abandonada, hubo de someterse, terminando así la guerra de sucesión.

La paz no fué muy honrosa para Felipe V.

Los plenipotenciarios españoles no tomaron parte en ella sino para firmarla.

Perdimos los Países Bajos, y se reconoció la posesión de Gibraltar por los ingleses.

Felipe V quiso resistir; pero la influencia de la princesa de las Ursinas lo allanó todo.

En cambio, y como premio de la grande intervención que había tenido en los asuntos públicos y de lo que había contribuido á que Felipe V reconociese los tratados de paz, se le concedió en los Países Bajos el condado de La Roche, con título de soberanía.

En 1814 acaecieron algunas muertes de príncipes, que cambiaron la faz de la política general.

En 14 de Febrero murió la reina María Luisa Gabriela de Saboya; en 4 de Mayo el duque de Berry, nieto de Luis XIV y hermano de Felipe V, y en 20 de Junio la reina Ana de Inglaterra.

Con la muerte de María Luisa Gabriela de Saboya, nada había ya que se opusiera al poder de la princesa de los Ursinos.

Ella fué durante la guerra de sucesión, no solamente el alma de los negocios, sino el ángel custodio de Felipe V, aunque, fuerza es confesarlo, un ángel algo y aun más de un algo impuro. Ella encontró en su gran inteligencia los recursos para vencer al archiduque; y esto con sólo los elementos de fuerza de España. Ella supo afirmar en su lealtad á los leales, hacer leales á los tibios, y aun atraerse á los enemigos.

Cierto es que la reina María Luisa Gabriela de Saboya, a quella reina casi niña, aquella már-

tir que todo lo sufría por amor á Felipe V, por legar una corona á su hijo, aparece como una gran figura; pero detrás de ella, mal oculta, estaba la princesa de los Ursinos. La reina no hacía otra cosa que obedecer las inspiraciones de la princesa, y en esto había algo que era más que grande, porque era sublime: el sacrificio del amor, de los celos, del amor propio; porque á Luisa Gabriela no se la ocultaba, ni podía ocultarsele, la gravedad de las relaciones que existían entre el rey y la princesa.

Al fin, el lento, el horrible martirio de la reina, de la esposa, de la madre, mataron á la mujer.

María Luisa Gabriela de Saboya murió, víctima de una tisis larga y penosa.

Puede decirse que la dinastía borbónica en España se consolidó sobre el cadáver de una mártir.

Ana María se creyó reina á la muerte de María Luisa Gabriela de Saboya: su pensamiento era lógico; la corona de España era suya, puesto que la había conquistado.

Felipe V fué ingrato, porque se le robó.

¿Cómo fué ingrato?

Este será el asunto de las siguientes páginas.

CAPITULO II

DE CÓMO UNA CULEBRA Y UN CULEBRÓN ENGÑABAN Á LA PRINCESA DE LOS URSINOS

Felipe V sintió de tal manera la muerte de su joven esposa, que siéndole imposible continuar viviendo en el palacio del Buen Retiro, donde había muerto, se trasladó á la casa del duque de Medinaceli, la que le pareció, de todas las de los grandes, la más á propósito para fijar en ella su residencia.

Fuera del palacio del Buen Retiro, Felipe V no tenía donde meterse, porque el antiguo alcázar real había sido completamente destruido por un incendio en 1610.

Ana María de la Tremoille acompañó al rey para consolarle á su residencia; pero como la casa de Medinaceli bastase apenas para contener la servidumbre, la princesa fué aposentada en el inmediato convento de capuchinos de San Antonio del Prado, al cual se puso en comunicación interior con la residencia real.

Los frailes fueron trasladados al convento de capuchinos de la Paciencia, calle de las Infantas, hoy plazuela de Bilbao.

La princesa, á más de consejera, consoladora y amante del rey, aunque esto era muy secreto, tenía el alto cargo de aya del príncipe y de los infantes, por lo que parecía plausible que la princesa viviese en una localidad de la cual podía pasar sin ser vista de nadie á la otra casa, donde con el rey vivían el príncipe y los infantes.

Nada había, pues, que decir: el decoro estaba puesto á salvo, y los maldicientes sólo podían aventurar conjeturas.

Desde entonces fué la princesa la verdadera reina de España, ó mejor dicho, el rey.

Hizo se confiase la secretaría del despacho universal, á su fiel amigo el marqués de Orrí, se dió una nueva forma á la administración del Estado, y se apartó de ella al cardenal Giúdice, relegándole á su cargo de inquisidor general.

Para disminuir la influencia de don Francisco Ronquillo, presidente del Consejo de Castilla, se dividió éste en cinco presidencias de otras tantas salas, organizándoles á la manera que lo estaban las del parlamento francés.

La deposición de Ronquillo reconocía por origen la oposición que había hecho á la promulgación de la ley Sálica ó de sucesión, que excluía de ella á las hembras, medida que no se comprende en Felipe V, que reinaba por el derecho de Ana de Austria, con arreglo á las antiguas leyes y fueros de Castilla.

Se depuso de la secretaría de Estado al marqués de Mejorada, y se le sustituyó con don Manuel Vadillo, gran servidor de la princesa.

Sólo se dejó de los antiguos empleados al marqués de Grimaldo, secretario de la Guerra y de Indias, lo que merecía bien, por los grandes servicios que había prestado á Felipe V.

Tenían la secretaría de Hacienda Orrí y Berwick; pero como el primero era realmente jefe exclusivo de la Hacienda, resentido el segundo, no tardó en hacer renuncia de su cargo ilusorio.

Don Melchor de Macanaz, que había sido juez de confiscaciones en Aragón y Valencia, conservó justamente toda la confianza de Felipe V: fué nombrado fiscal del Consejo de Castilla.

Estos personajes y el padre Robinet, jesuita confesor del rey, eran el alma del gobierno, ó

por mejor decir, los instrumentos de la princesa de los Ursinos, que lo dominaba todo.

Pero el padre Robinet, como veremos más adelante, era un instrumento traidor á la princesa; pero solapado y hábil, hasta el punto de que la princesa, á pesar de su sagacidad, se engañó.

El padre Robinet era en realidad un espion ingerido por Luis XIV, no sólo en la corte de España, sino que también en la conciencia del rey.

Urbano Robinet había nacido en Bretaña en 1683; contaba, pues, en 1715, treinta y dos años.

Ya en aquella época era doctor de la Soborna ó Universidad de París, vicario general de aquella capital, y abad de Belloczine.

Gozaba una gran reputación de sabio y piadoso, por lo cual era muy estimado de Luis XIV.

Parece que se une muy mal lo de piadoso con lo de espion traidor; pero si se tienen en cuenta las creencias religiosas y políticas de aquel tiempo, se ve que pueden ir muy bien juntos lo piadoso y lo traidor, si la traición redundaba en provecho del señor natural, del elegido, del ungido de Dios, de su representante sobre la tierra, ó lo que es lo mismo: del rey, dueño absoluto, no sólo de vidas y haciendas, sino también de conciencias.

Era una acción meritoria servir á ciegas á aquellos reyes de derecho divino, y tanto más, cuando se trataba del gran Luis XIV, del semidios.

El rey respondería á Dios de la injusticia ó de la tiranía de sus mandatos: al súbdito, como cristiano y como leal, no le competía otra cosa que obedecer al rey.

Así es, que podría muy bien ser á un tiempo piadoso y espion el buen confesor de Felipe V, dado que el magnífico Luis XIV le había puesto junto á su nieto para que espíase.

Otro personaje importantísimo, otro traidor ingerido en la corte de España, no por Luis XIV, sino por Eduardo Farnesio, gran duque de Parma, lo era el abate Julio Alberoni.

Había nacido en Parma en 1664, lo que quiere decir que en 1715 tenía cincuenta y un años.

Era de extracción humilde, hijo de un jardinero.

Bastante acomodado su padre, le dedicó á la Iglesia, que no pide á los que aspiran al sacerdocio títulos de nobleza.

Llegó á ser cura de una pequeña población, y después, gracias á su buen ingenio, canónigo y capellán del obispo de San Donino, quien le envió al duque de Vendome con una misión política.

Mandaba entonces Vendome el ejército francés en Italia.

Se aficionó á Alberoni, le retuvo á su lado, y le llevó á España cuando pasó á ella con un ejército francés al servicio de Felipe V.

Alberoni siguió al lado del duque de Vendome como su secretario, hasta que habiendo muerto el duque en la última campaña de Cataluña, Alberoni se volvió á Parma.

Cuando aconteció la muerte de la reina María Luisa Gabriela de Saboya, el duque de Parma pensó que ninguno mejor que Alberoni, que había estado en España, y que era además un hábil diplomático, podía ser enviado como embajador á la corte de un poderoso rey viudo, muy á propósito para hacer casada á su hija Isabel Farnesio.

Alberoni, pues, entró, como suele decirse, con malas entrañas para la princesa de los Ursinos en la corte de Felipe V, y engañó á la princesa con la misma habilidad de que usaba para engañarla el abate Robinet.

Estos dos clérigos se doblegaban á todo: eran siempre de la misma opinión que la princesa de los Ursinos, hasta el punto de que ésta se burlaba de ellos, y los creía tontos; equivocación que ha causado su ruina á muchos personajes.

En las cortes se debe desconfiar mucho más del que parece estúpido y benévolo que del que aparenta una gran sagacidad, y pretende imponer á los demás una superioridad hostil: éstos son verdaderamente los tontos, pero no hay que confiar tampoco.

Robinet y Alberoni eran suaves y parecían buenos; se deslizaban como la serpiente, y no se enroscaban, apretaban y estrangulaban, porque no habían llegado á la garganta.

La princesa se equivocaba, y tomaba su suavidad de reptil por la lamedura cariñosa de un perro fiel.

La princesa, pues, se adormía.

El rey la amaba y no tenía el semblante triste cuando estaba á solas con ella.

La princesa se consolaba de que no se hubiese comprendido en el tratado de Utrecht la investidura para ella del ducado de Limburgo con título de soberanía, que había pretendido, con-

tando de seguro con la corona de España, que indudablemente ceñiría á su cabeza Felipe V.

El abate Robinet espiaba, y el abate Alberoni acechaba.

Un día preguntó la princesa á Alberoni:

—¿Qué tal vuestra señora Isabel Farnesio?

—De cuerpo ó de alma?—contestó sonriendo suavemente el abad.

—De ambas cosas—dijo la princesa.

—De cuerpo, una belleza estatuaría, pero fría, sin idealismo; carne modelada: en cuanto á alma, debilidad, trivialidad, caprichos...

—Se dice, sin embargo...

—A lullaciones, señora.

—¡Ah! pues no sois vos muy adulator.

—Yo no puedo engañar á su alteza—dijo el abate—; no me lo perdonaría nunca: á más, que es muy difícil engañar á vuestra alteza.

Sonrió satisfecha la princesa.

—Conque, en fin, vuestra señora es...

—Una vulgaridad real.

—Lo siento—dijo la princesa—; yo tenía proyectos que vuestro informe acerca de vuestra señora han destruido: pues proyectos de enlace con su majestad.

Y la princesa, creyendo haber encubierto el verdadero objeto de su pregunta, pasó á otra conversación.

En cuanto al padre Robinet, engañaba de una manera inicua á la princesa.

Fingía faltar en su obsequio al sigilo de la confesión, y la aseguraba que Felipe V estaba inquieto de ánimo y le hacía preguntas demasiado embozadas que se referían á las dificultades que podían oponer Luis XIV y España á la conclusión por él de un enlace desigual.

Enseñábale cartas reservadas de los ministros de Luis XIV, en que se le prevenía y buscábase con su influencia de director espiritual sobre el rey, la influencia política de la princesa, y en que se hacían grandes elogios de ésta y de lo satisfecho que estaba de ella Luis XIV.

La princesa se adormecía, halagada por dos culebras.

Robinet escribía al ministro de Estado de Luis XIV con mucha frecuencia:

"El rey está bastante entretenido con la princesa de los Ursinos, y no piensa por ahora en ninguna alianza: la princesa está confiada y sirve de muy buena voluntad al rey nuestro amo; yo no me descuido."

El abate Alberoni escribía á Parma:

"Todo va perfectamente: cuando la princesa de los Ursinos se desengañe y pierda la esperanza de ser reina, querrá serlo de hecho, como lo fué cuando vivía la reina difunta, y no pensará en otra esposa para Felipe V que mi señora, de quien la he hecho concebir una idea tal, que la tiene por una princesa débil y propensa á ser dominada. El desenlace no tardará, porque la opinión pública pide al rey que se case; pronto tendremos excelentes resultados: el abate Robinet, confesor del rey, me ayuda, sin saberlo, con la mejor buena fe del mundo."

El final de esta carta demostraba que, si el padre Robinet era una culebra, el padre Alberoni era un culebrón.

CAPITULO III

EN QUE APARECEN DE NUEVO DOS ANTIGUOS PERSONAJES DE NUESTRA HISTORIA.

Era una calurosa tarde del mes de Julio de 1714.

Trasponía el sol, y el Prado de San Jerónimo estaba muy concurrido.

La gente de á pie eran por lo general damas busconas con sus madres ó con sus tías, ó con sus abuelas, que en cuanto hacían morder el anzuelo á un prójimo, tiraban de él hacia las huertas de Atocha, en una de las cuales, en la de Arroyo, había una antigua y buena hostería.

Allí el víctima era sacrificado en una merienda, y afortunado de él si se desengañaba, y cortaba en el principio, con una merienda más ó menos cara, una historia de sacrificios.

Por la parte del Prado que correspondía á San Jerónimo y al Buen Retiro, paseaba otra clase de gente en carroza ó á caballo.

Por esta parte no había busconas, pero sí buscones: hidalgos jóvenes ó ya entrados en años, pero que todavía no se habían retirado, á caballo, más ó menos engalanados, según su fortuna, y mirando todos respectivamente á la portezuela de un carruaje, dentro del cual había alguna dama, joven ó vieja, sola ó acompañada.

Entre estos jóvenes á caballo iba uno con uniforme de la Guardia Walona y divisa de teniente.

Llevaba casaca encarnada á la moda de la época, galoneada de oro, sombrero apuntado de tres candiles, también galoneado, empolvada la

cabellera con una batería de tres bucles sobre cada sien, y con coleta contenida en una cinta de seda negra con gran lazo, corbata blanca y gorguera, chaleco de paño blanco, calzón blanco de punto de hilo, bota de montar, espada de tirantes pero con vaina de cuero, guantes de ante, puños rizados bajo las vueltas de las mangas, y sobre el hombro derecho, una pequeña charretera de tres garras de león.

Por esto y por su uniforme se conocía que era teniente de la Guardia Walona.

Contaría como veintisiete años, y era fuertemente hermoso; blanco, pálido, de cejas, ojos y bigotes negros, de rostro oval y de nariz aguileña. Aunque á caballo parecía de muy buena estatura, y aunque robusto y fuerte, no dejaba de ser esbelto, ó mejor dicho, cenceño.

Montaba admirablemente, como un jinete consumado, lo que dejaba conocer lo brioso de su caballo, y tenía trazas de buen militar y de bravo.

Este oficial, que había desembocado por la Carrera de San Jerónimo, atravesó al galope el Prado en toda su longitud, saludando, á pesar de la rapidez de su marcha, á derecha é izquierda, á más de una dama de las que iban en las carrozas.

Llegó al fin á la calle de Alcalá, revolió su caballo, y poco después saltó por la puerta del mismo nombre, de Madrid, y lanzaba al escape su caballo por la carretera.

En el mismo lugar donde ahora está la Venta del Espíritu Santo, pero á la derecha, á alguna distancia del camino, había á un lado y otro del arroyo que por allí pasa, una espesura de álamos blancos, en la que se perdía un sendero que empezaba en la carretera.

El oficial revolió de nuevo el caballo, le lanzó por el sendero, se metió entre los árboles, y á poco echó pie á tierra, á la puerta de una casita que estaba en el centro de una frondosa huerta.

Antes de que llegase el oficial, salió á recibirle con pocas muestras de amistad un gigantesco marín, tras del cual salió un hombre, que le llamó y le contuvo muy á tiempo, porque el formidable animal estaba ya á punto de lanzarse sobre el caballo.

—¿No sabíais que iba yo á venir?—dijo con acento duro é imperativo el oficial, echando pie á tierra—. ¿Por qué no teníais atado el perro? No me hubiera hecho gracia hubiese atarazado Lucero.

—Yo no sabía que iba á venir un señor oficial—dijo el hombre de la casa, que parecía labriego—: á los que yo esperaba los conoce demasiado el perro; como que los ve todos los días, ó más bien, todas las noches.

—Llevaos ese caballo á la cuadra, al establo ó al corral, á lo que tengais—dijo el oficial, que al parecer estaba de muy mal humor.

El de la casa se llevó el caballo, y el teniente se quedó paseando por delante de la puerta, haciendo sonar sus anchas espuelas de plata, con las manos metidas en los bolsillos de cartera de su casaca, con la cabeza inclinada sobre el pecho, con actitud profundamente meditabunda.

—¡Ah! por fin, señor don Pedro Perea—dijo acercándose á él un hombre que venía de afuera, y que acababa de aparecer entre los árboles.

Aquel hombre llevaba un sombrero ancho, gris, gitano, pero muy usado; y el traje, aunque debió ser abigarrado y rico en otro tiempo, estaba bastante mal tratado.

Llevaba botines y espuelas vaqueras, y conducía de la brida un caballo fuerte, pero flaco, con albardilla jerezana.

A la concha de la albardilla se veía un arcabuz.

De la cintura de este hombre, aunque parecía impropio, pendía de dos tirantes una ancha espada de montar.

Este hombre era alto, esbelto, fuerte, representaba unas cincuenta y cinco años, y era muy moreno y con unos grandes y hermosísimos ojos negros.

Era, en una palabra, José Díaz el Bizarro; porque el oficial, al verle, le dijo:

—¡Hola, Bizarro!

—¡Eh, Nemesis!—dijo Bizarro al labriego, que había aparecido de nuevo—: llévate al Gamo al corral, y enmántalo, que viene echando un caño de sudor por cada pelo, y se ha levantado un mal aire.

Nemesis se llevó el caballo.

—Tenéis cara de hombre que llevan á ahorcar—dijo Bizarro al teniente Perea.

—Y qué queréis: yo he nacido para que todo me salga mal; he peleado como un demonio en Cataluña, y mientras otros, habiendo hecho mucho menos que yo, son brigadieres, ó por lo menos coroneles, yo me estoy de teniente; y eso que entré de allérez.

—¡Ehl! ¿qué diabló os indispusisteis con la señora princesa de los Ursinos por aquella intri-

ga en que os metisteis por la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves...

—Buena estocada me costó—dijo Perea—: ¿sabéis qué se ha hecho de aquél bribón de Pommeferre? Yo no lo he vuelto á ver, y tengo ganas de encontrármelo para pagarle el favor que me hizo: era yo entonces un chiquillo, y no tenía experiencia: me engañó, porque era un pícaro que había corrido todas las universidades de la truhanería, y gracias que no me mató; pero qué más da: por más que he gastado y he ido á tomar baños, la estocada me ha dejado muy mala rastra: en cuanto refresca el tiempo, ya tengo encima el catarro: no sabéis cuánto he sufrido en campaña: por eso digo que se me ha recompensado muy mal: no he cuidado de mi salud ni de mi vida en servicio del rey; pero ya se ve, no caí en gracia al señor duque de Vendome.

—¿Estuvisteis en Villaviciosa, teniente?

—¡Si por Dios! en la derecha, que fué la que ganó la batalla, con el bravo Valdecañas: entonces era yo del regimiento de granaderos, y no más que alférez: gracias al general Valdecañas que me hizo teniente sobre el campo de batalla; pero para darme la tenencia me pasaron á la Guardia Walona; y lo he sentido, porque he hecho toda la campaña en el regimiento de granaderos: pero volvamos á aquel pícaro de Pommeferre; ¿qué ha sido de él?

—Se fué á Francia con su compañero Malegarde, y como donde tenían conciudadanos á causa de su difunto amo monsieur de la Chaumière, se fueron á Versalles, donde los tomó á su servidumbre el conde de Tolosa: os advierto que los vais á ver muy pronto; pero prescindid de un lance de estocadas con Pommeferre, porque tanto él como su compañero Malegarde, se han transformado, se han convertido en una especie de acóitos, han echado caras de clérigo, rezan á cada hora que da el reloj, llevan siempre la vista baja, y en vez de espada, llevan colgado á la cintura un rosario.

—¡Diablo!—exclamó Perea—: ¿y quién ha sido el santo que ha convertido á esos tunos?

—La conveniencia y la costumbre—dijo Bizarro—; pero sentémonos: los otros no vendrán hasta que cierre la noche, porque son aves nocturnas que huyen del día, y tiempo tenemos para hablar.

Y se sentó en un banco que estaba delante de la puerta de la casa, apoyó la espalda en la pa-

red y se descinó el cinturón para respirar mejor. El teniente se sentó junto á él.

—Nemesio—dijo Bizarro—: mira si hay por ahí vino y algo que comer.

—Sí, señor—dijo Nemesio—: ahí ha venido esta mañana un hombre que parecía un sacristán con un mezo que tiraba de un mulo, y en el mulo dos canastas, la una llena de botellas y la otra de viandas.

—Vamos—dijo Bizarro—; el abate Alberoni quiere obsequiarnos.

—¡Malditos sean todos los abates—dijo el teniente Perea—empezando por el de Estrés y concluyendo por el último que tiene sotanal

—Traete, traete la mesa, dos botellas y algo que comer; tengo hambre.

Nemesio se metió para adentro.

—¿Tan mal os tratan los abates?—dijo Bizarro.

—Se me ha cruzado por delante el de Estrés, porque está de Dios ó del demonio que yo no haga fortuna; pero ya hablaremos de eso: decidme cómo diablos se han hecho casi clérigos los dos pícaros Pommeferre y Malegarde.

—Como que hace nueve años que están metidos en las Ursulinas de París.

—¡Diablo! ¿entre monjas!

—Qué queréis: la superiora de las Ursulinas, que no es monja, es una gran señora que ha estado mucho tiempo en España, y como Pommeferre y Malegarde lo han estado también, y hablan perfectamente el español, supo esa señora, y como entonces no hablaba francés, los pidió al conde de Tolosa, que se apresuró á cedérselos; porque os advierto que esa dama goza de mucho favor en la corte de Versalles: y la tenemos encima ¡vive Dios! No desesperéis de vuestros adelantos, porque si sabeis aprovechar la ocasión que va á presentarse, medraráis mucho.

—Vos siempre sois el mismo, Bizarro—dijo Perea—: me acuerdo de cuando érais picador del rey: todos creían que no érais más que un gitano á quien por lo grandemente entendido en caballos tenía el rey en su servidumbre; pero á mí no me engañabais: yo adivinaba que érais mucha persona, y veo que aun ahora, en que parece que la suerte os aprieta, sois un personaje misterioso.

—Demos punto por unos momentos á la conversación, que se acerca ese.

Nemesio se presentó con dos botellas debajo

de los brazos, y en las manos una pequeña mesa de pino, sobre la que venta una gran fiambriera.

Puso la mesa delante de Bizarro, y sobre la mesa las dos botellas, y dijo:

—Del gran cesto de las viandas he tomado lo primero con que he topado.

—Bueno, bien—dijo Bizarro—: vete a la vereda, fuera de los árboles, y si alguien se acerca, avísame.

Nemesio se fué.

—Bueno es echarle fuera, porque estos rústicos son muy curiosos, y estamos en tiempos que no hay quién fiarse—dijo Bizarro—: veamos lo que nos ha traído ese animal, añadió abriendo la fiambriera: una grande empanada; pero una empanada, hasta que se abre, sucede como con los diplomáticos y con las mujeres, que hasta que se les hace echar las entrañas, no se sabe lo que son.

Y Bizarro sacó á luz de uno de los bolsillos de su chaqueta un cuchillo de Albacete y levantó la tapa de la empanada.

—Codornices; y codornices rellenas—añadió echándole el diente á una—: se conoce que esto lo ha dispuesto el abate Alberoni: acompañamiento de macarrones; muy bien: ayudadme, teniente, porque hay más de una docena de codornices, y sus cuatro libras de pasta y macarrones: está exquisito: mucho tiempo hacía que no comía yo marjares de esta especie: hay que contentarse con el cochifrito de los pastores, con su salsilla de ajo, y el día que esto se tiene, es un gran día.

—Pues hartaos y meteos, si os es posible, en el cuerpo toda esa ración, que yo acabo de comer como un lobo casa de Alberoni, á quien parece que Dios no le ha hecho más que para comer.

—Pues le ha hecho para otras muchas cosas—dijo Bizarro.

—Apostaría á que dos de los pajes á quienes trata con sumo cariño el abate Alberoni, son dos mujeres con sotana: lo que es uno de los pajes me ha vuelto loco, y os aseguro que le voy á dar un mal rato al tal abate; porque el paje que á mí me gusta, es el que más cuida; y creo que al tal paje no le he parecido yo cosa de esas que se dejan pasar.

—Mirad no os equivoquéis, y las que creéis dos mujeres, sean tan hombres como vos y como yo.

—¡Cal Bizarro y el olor?

—Bueno, adelante; pero bebed.

—Eso sí—dijo Perea, quitando con los dientes el corcho á una botella, y bebiendo con ella. Malvasía—añadió saboreando el líquido—: cuando os digo que es necesario pegarle al tal abate una paliza para que pague de alguna manera lo bien que se trata...

—¡Ah! ¡estos abates italianos conocen la vida!

—Pues no, que el padre Robinet...

—¡No ha de tratarse bien el padre Robinet, si es jesuita!

—¿Qué tiene que ver la virtud con el estómago? Pues no, que mi enemigo el abate de Estrés sabe también cuidarse: todos los días tiene mesa de Estado.

Como que se ha criado en Versalles, y es una de las sanguijuelas que chupan de la sangre de Luis XIV.

—¡Qué tres abates!—dijo Perea, que de un trago se había bebido media botella de malvasía, y se había entonado.

—La verdad es—dijo Bizarro—, que esto está á punto de estallar, y que el día que se muera Luis XIV, no se sabe lo que sucederá.

—Y la verdad es también—dijo Perea, en el cual iba haciendo operación el vino, que hemos empezado ya no sé cuantas conversaciones, y no hemos seguido con ninguna.

—¡Qué queréis!—dijo Bizarro—: ¡suceden tantas cosas!...

—Yo no las entiendo—dijo Perea.

—Bebed—dijo Bizarro—, que el vino aviva los sentidos.

No sabemos si Bizarro había pedido de comer y de beber porque tenía necesidad de ello, ó porque le importaba achispas al teniente.

Este bebió.

—¡Qué pequeñas son estas botellas!—dijo—: en dos tragos se acaban.

—Esperad, que por ahí dentro debe estar el cuarto de las botellas—dijo Bizarro.

—Y se entró en la casa.

—Pues me parece que voy viento en popa—dijo Perea—: cuando á uno le trata bien el abate Alberoni, y come con uno y le enseña sus queridas disfrazadas, y le envía á uno á entenderse con mala gente á un sitio oculto, hay que esperar algo: esperemos.

—Bebamos—dijo Bizarro, poniendo otras cuatro botellas sobre la mesa—: echad vos fuera el corcho de una, que yo echaré el de otra; veremos con qué antiguo amigo nos encontramos, y

cambiaremos, á fin de tratarnos por igual con estos señores.

Salieron á diente los corchos de dos botellas que se empujaron á la vez.

—Oporto—dijo Bizarro.

—Pues yo no sé lo que es éste—dijo Perea, y cambió de botella con Bizarro.

Volviéron á empujarse las dos botellas.

—¡Bahl este es Rhin—dijo Bizarro—. ¡Viva el abate Alberoni! Sabe tratar á la gente que necesita.

Bizarro se sentó, y continuó comiendo de la empanada.

Tenía verdaderamente hambre.

—Puesto que estáis aquí—dijo Perea—y que Alberoni me ha enviado para encontraros, está claro como la luz del sol que vos conocéis al abate Alberoni, y que él os conoce á vos.

—Aventuras, teniente, aventuras; suponed que un día el abate Alberoni va muy tranquilo hacia Canillejas, y ya después del oscurecer, en su carroza, con algunos buenos criados.

—Y á qué iba á Canillejas el buen abate?

—¡Bahl á pasar tres días de placer á la quinta que en Canillejas tiene el marqués de Fuente Saúco; porque para apurar pacientemente las amarguras de la política, es necesario endulzarla con los placeres; pero vengamos al caso: de repente, y media hora antes de Canillejas, tres buenos mozos dieron las buenas noches al abate y le preguntaron qué hora era. El abate sacó un magnífico reloj de oro, guarnecido de brillantes, y uno de los recién llegados, para ver mejor la hora, pidió el reloj al abate, y éste, con su acostumbrada afabilidad, se le dió. Aún era el crepúsculo, y yo, que examinaba el reloj, ví que tenía esmaltadas en la caja las armas del ducado de Parma.

—¡Ah diablo!—dijo—: ¿será vuestra señoría el embajador de Parma, recientemente llegado á Madrid?

—Bien, ¿y qué?—me contestó con una gran serenidad Alberoni—: ¿qué te importa á ti eso?

—A quien importa mi conocimiento—dijo yo—es á vuestra señoría; y si vuestra señoría quiere convencerse de ello, entrará en la carroza, le diré algunas palabras, y vuestra señoría se convencerá.

—Esto no impedirá—me dijo el abate—que continuemos nuestro camino: entra, hijo mío, entra.

Entré, y la carroza se puso en marcha.

Mis dos compañeros la siguieron.

—Tú eres bohemio—me dijo Alberoni.

—Gitano se dice en España—contesté yo—; pero tanto da.

—Eres una especie de calabrés—me dijo Alberoni—: por lo menos has adoptado la profesión á la cual se inclinan más los calabreses.

—Es verdad—dije yo—. robo, y cuando llega la ocasión, mato.

Perea, á pesar de que estaba ya bastante tomado con la malvasía, el Rhin y el Oporto, hizo un movimiento.

—Yo no soy hipócrita—dijo Bizarro—y no me oculto más que de los migueletes: no se ha de dejar un hombre morir de hambre, mientras otros tenga dinero.

—¡Diablo, diablo!—dijo Perea—: pues yo he entendido que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves os estimaba mucho, y es muy rica.

—Me ha parecido bien el pasar por muerto para ella—dijo Bizarro—; es feliz, poderosa y respetada, y para nada me necesita; yo he ido á verla porque la amo; pero ella no me ha visto á mí: si hubiera sido infeliz con su marido, la hubiera yo dejado viuda.

—Pues se dice en la corte—observó Perea—que la marquesa quería al rey, y que por esto la casaron con el conde de Monterey, que entonces todavía no lo era, y que la marquesa se sacrificó: yo me he informado de todo esto, porque me importaba: ya veis, yo amaba frenéticamente á la marquesa, y por ella me metió Pommeferre aquella mala estocada que me tuvo á la muerte: por ella estuve preso, hasta que los buenos oficios del general príncipe de Tilly me soltaron y me dieron el grado de alférez en granaderos.

—Pues os han engañado—dijo Bizarro—la marquesa pudo muy bien no amar á su marido cuando se casó; pero después le amó tanto, que le ha dado cuatro hijos; en fin, yo hubiera sido un mal recuerdo para esa noble y virtuosa señora, y no he querido serlo: preferí irme á París, y presentarme á la superiora de las Ursulinas, y á su madre, que hace un buen papel en la corte de Versalles, bajo el título de condesa de Salinas: un título que le han inventado para poderla invitar á las grandes fiestas de Versalles, del cual nadie ha dudado, como no se duda de tanta cosa apócrifa como rodea al señor rey Luis XIV. Mé recibieron bien, y allí he estado algunos años, sirviendo, al servir á la superiora de las Ursulinas y á su madre, á madama de Maintenon, á

quien ambas sirven. Traje dinero á España; pero como yo por asuntos míos no puedo darme á luz, y como había dejado aquí dos buenos amigos muy comprometidos, he gastado mi dinero en buscarlos, los he encontrado, y por no volver á Francia ni escribir pidiendo dinero, me he buscado la vida con ellos, que tampoco pueden darse á luz. Continuemos ahora con mi conocimiento con el abate Alberoni: en cuanto yo le dije que era Bizarro, antiguo picador de Felipe V y servidor íntimo de la princesa de los Ursinos, el pamesano se frotó las manos alegremente y me dijo:

—Cueste lo que cueste, os tomo á mi servicio; es decir, al servicio de su alteza el duque de Parma.

—¿Y le servís?

—Le sirvo.

—¿Y por eso habéis venido aquí?

—Por eso. Decidme ahora vos cómo habéis conorido al abate Alberoni.

—Por la princesa de los Ursinos.

—¿Y qué tenéis vos que ver con la princesa de los Ursinos?—dijo secamente Bizarro.

—¡Ah diablol me he enamorado de ella: yo he nacido para los grandes amores; ya veis, empecé por la señora princesa de Tilly.

—Pero acordaos de que aquellos amores, alentándoos para atreveros á otros amores locos, porque os habíais ensoberbecido, os produjeron una estocada y una prisión: guarda no os produzca algo peor vuestro empeño, interesado sin duda por la princesa de los Ursinos.

—¿Interesado?—dijo el teniente.

—Pues por supuesto; ¿cuántos años creéis que cuenta á estas horas su alteza?

—¡Bah! las mujeres, cuando son tan encantadoras como la princesa de los Ursinos, no tienen edad.

—Sin embargo, sin embargo, aunque Ana María de la Tremoille es una mujer tan excepcional como dicen lo era Ana de Austria, la madre de Luis XIV, hermosa aún en la vejez, no pasan los años sin imprimir su huella sobre las criaturas. La princesa es una ruina que se recompone incesantemente.

—Pero se recompone de tal manera, que se duce, que no se la puede ver sin amarla.

—¿Amaréis vos á su alteza?—dijo Bizarro mirando profundamente á Perea—. ¿No será lo que vos llamáis amor un cálculo atrevido?

—¿Y por qué ha de ser atrevimiento y cálculo?

lo?—dijo con una perfecta fatuidad Perea—: en primer lugar, yo he sido muy favorecido por altísimas señoras; en segundo lugar, la princesa tiene algo que me recuerda á la única mujer que he amado.

—¿Y qué mujer es esa?

—La marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¿Y en qué se parece doña Esperanza de Ayala á Ana María de la Tremoille?—dijo con cuidado Bizarro.

—En un no sé qué misterioso: en una cosa que no está en la forma; y, sin embargo, Bizarro, cuando yo miro á la princesa me parece que veo á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves; es más: si pudiera justificarlo de alguna manera, diría que la marquesa y la princesa son madre é hija.

—Guardaos de decirlo, porque diríais una calumnia que os podría costar cara—dijo Bizarro—. Pero ¡diablol distraído con la conversación, y puede decirse que sin tomarle el gusto, he dado fin de la empanada. Y decidme: ¿en qué os habéis apoyado para alentar esperanzas acerca de la princesa?

—¡Ah! ¡Si no se me hubiera atravesado ese maldito abate de Estrés!...—dijo suspirando el presuntuoso Perea.

—Pero bien, bien, sepamos: ¿qué ha hecho por vos la princesa?

—¡Oh!—dijo con fatuidad el teniente de Guardias Walonas—: los que, como yo, han sido muy favorecidos por las mujeres, no podemos engañarnos.

—¡Diablo, diablol—dijo Bizarro—; parece que habéis tepdo por maestro acerca de la mujer á su majestad el señor rey Luis XIV, el hombre más propenso á creerse amado por las mujeres: vos sois de aquellos que todo lo convierten en sustancia, amigo mío, y la amabilidad característica de la princesa os ha hecho soñar delirios; creedme: el verdadero conocedor de las mujeres desconfía de todas; no encuentra jamás prueba bastante: las mujeres mienten siempre, y aunque no mientan, debemos suponerlo, porque la que no miente es una excepción; y la princesa de los Ursinos jamás ha dicho ni una sola palabra de verdad.

—Pues mirad—dijo Perea—: si me he engañado yo, se ha engañado también el abate Alberoni.

—Es muy posible, porque la princesa engaña á todo el mundo.

—Entonces engaña también al abate Estrés.

—Es muy posible.

—En resumen, sea de esto lo que quiera, el abate Alberoni me ha dicho de sobremesa:—Don Pedro, montad á caballo é idos cuidando de llegar alí á la noche, á la huerta del señor marqués de Fuentes, que está fuera de la puerta de Alcalá; allí encontraréis á un antiguo conocido, al antiguo picador de su majestad, Bizarro, y más adelante conoceréis á una ilustre y hermosísima dama.

—Sí, por cierto—dijo Bizarro—: una dama de una hermosura admirable; veremos si esa también se enamora de vos.

—¿Quién sabe! ¿Y quién es esa dama, Bizarro?

—Una señora que viene de París.

—¿De París?

—Sí por cierto; la superiora de las Ursulinas.

—¿Cómo! ¿una monja!

—No, ciertamente: doña María de Ayala, protegida del señor rey Luis XIV, no ha tenido necesidad de pronunciar votos para ser superiora de una comunidad de monjas: basta con que lo haya querido madama de Maitenon, que es lo mismo que si lo hubiera querido Luis XIV: viene á España, porque así conviene al gran rey; se me ha avisado á mí para que la sirva, y yo, por servir mejor á su majestad, he avisado al abate Alberoni: éste se ha apresurado á aprovechar la ocasión, y os ha enviado porque le ha parecido conveniente; yo no me he opuesto á ello, porque confío en el gran talento que tiene para la intriga el abate Alberoni: hasta las nueve probablemente ó más tarde, no llegará doña María, á quien están esperando cerca de Canillejas dos camaradas míos, que la entregarán una carta, por la cual vendrá aquí.

—¿Aquí!—dijo Perea—: me parece muy poco apropiado este casuco para recibir á una dama que viene de Versalles.

—Esta es la casa rústica—dijo Bizarro—, la choza por decirle así, del hortelano; lo frondoso de los árboles frutales de esta hermosa huerta os ha impedido ver el hermoso palacio de placer que en ella tiene el rico marqués de Fuentes: cuando llegue el abate Alberoni, pasaremos allí y juzgaréis.

—Pero el marqués de Fuentes debe mucho, según dicen, á la princesa de los Ursinos.

—¿Y qué queréis! estamos en una época de traiciones: el que más debe, menos paga.

En aquel momento apareció Nemesio.

—¿Qué hay?—dijo Bizarro.

—Algunos criados, que tal lo parecen por el traje, con dos machos cargados, se dirigen aquí.

—En buen hora—dijo Bizarro—: ya veréis, ya veréis, añadió dirigiéndose á Perea; la cena va á ser digna de Alberoni, ó mejor dicho, del duque de Parma.

Asomaron entonces diez ó doce criados, llevando consigo dos acémilas cargadas, y sin detenerse en la casa de labor, pero dando las buenas noches á los que á su puerta estaban, siguieron adelante por el caminejo que atravesaba la huerta, y se perdieron por entre los árboles frutales.

—¿No os lo decía yo?—observó Bizarro—. Apuesto á que ahí vienen el cocinero y los marmitones del embajador de Parma: vais á tener una gran cena.

—¿Y vos, Bizarro?

—Yo y los míos somos por ahora de escalera abajo: nos entenderemos con la superiora de las Ursulinas; pero no cenaremos con ella: eso está reservado á vos y al abate Alberoni.

Entonces apareció de nuevo Nemesio.

—Se ha parado una carroza en el camino—dijo—, y de ella ha salido un señor con hábitos de clérigo ó que lo parecen, porque estos hábitos no son como los hábitos de los de por acá.

—Ahí tenéis al abate Alberoni—dijo Bizarro—: adiós, salidle al encuentro, os dijo solo; decidle que ya hemos hablado, y que nos hemos entendido.

—¿Y de qué? ¿Acerca de qué nos hemos entendido?

—Vos sois enemigo de la princesa, ¿no es esto?

—Cierto que sí.

—Pues bien, yo también soy su enemigo; con que conspirando los dos contra la princesa nos entenderemos, que es lo mismo que habernos entendido ya.

—Es verdad—dijo Perea.

—Pues adiós, que se echa encima el abate.

Y Bizarro se metió en la casilla.

Perea adelantó por el sendero, y al llegar á los árboles se encontró con el amabilísimo abate Alberoni, á quien acompañaban sus dos pajes favoritos y algunos criados.

—Este señor no sabe pasarse sin ellas—dijo para sí Perea.

Y saludó afablemente al abate, que le asió con las dos manos la suya, y se la estrechó con grande expresión.

—¿Habéis visto á ese sujeto?—le dijo.

—Sí, sí, señor—contestó Perea—: acabo de separarme de él.

—¿Y dónde está?—dijo el abate.

—En la casa del bortelano.

—¡Ah, ahl—dijo Alberoni—pues voy á verle: amigos míos—añadió dirigiéndose á sus pajes—, no es la primera vez que hemos estado aquí, y ya sabéis el camino; guiad á ese caballero al palacio.

Los pajes siguieron adelante, y Perea los siguió murmurando:

—Dios quiera que se entretenga mucho el abate con Bizarro; así podré saber si estos son pajes ó pajas.

CAPITULO IV

DE CÓMO DON PEDRO PEREA SE CONVENCÍO DE QUE NO TODO ES LO QUE PARECE.

En efecto, el palacio que tenía casi á las puertas de Madrid el marqués de Fuentes, era un verdadero lugar de placer.

El exterior era sencillo; pero desde el momento en que Perea entró por el vestíbulo, no pudo desconocer su magnificencia.

El vestíbulo y las anchas y suaves escaleras de mármol, recibían la luz de algunos grandes faroles, colgados de trecho en trecho.

En el vestíbulo y en lo alto de las escaleras, había criados de librea.

El teniente apenas reparó en esto para tomar acta de ello.

En lo que se ocupaba era en observar la marcha del más alto, del más esbelto de los pajes.

—Pues señor—dijo para sí—, á pesar de que anda como un hombre, yo no me convenzo: es mucha la delicadeza de cutis de este jover; y además, los hombres no miran á los hombres, como ella me ha mirado á mí: ella, sí, señor; porque ellas son y no ellos, estoy seguro; lo que siento es que huelo á vino: me he excedido; ese diablo de Bizarro... y se me anda un poco la cabeza; ¡bah! firmes, que no se diga que á un guardia walona le han echado á tierra dos botellas de vino.

Y siguió, haciéndose el tieso, á los dos pajes,

por una antecámara, á una magnífica cámara, iluminada por las bujías de los candelabros que había sobre las consolas.

—¿Sabéis que hace un calor que sofoca?—dijo el paje alto y esbelto á Perea—; y hay aquí demasiadas luces.

—Busquemos otra habitación más opaca—dijo Perea.

—No—contestó el paje—: salgamos á un balcón; así gozaremos del fresco.

—En buen hora—dijo Perea—; así como así, yo tenía grandes deseos de hablaros, señor Giovanni, y el mejor lugar donde podemos hablar, es tomando el fresco.

—¡Ahl pues entonces, amigo Giuseppe—dijo Giovanni—hacedme el favor de ir á ponerlos en otro de los balcones de la vuelta para ver cuándo viene el abate y avisarnos.

Giuseppe se fué.

Apenas se había ido, cuando Perea rodeó con sus manos la cintura del paje.

—¡Para que yo me engañase!—exclamó—. ¡Oh, y qué talle tan delicioso!

—¿Pero qué hacéis, caballero, qué hacéis?—dijo el paje sonriendo.

—Adoraros, hermosísima Giovanna—; dijo Perea.

—¡Silencio, por Dios! Sí, eso es, Giovanna; pero no se lo digáis á nadi: soltadme, guardad el secreto; vámonos al balcón.

Perea soltó á Giovanna, la asió una mano que la joven no retiró, y la llevó al balcón.

—¡Amadme!—la dijo—; ¡necesito que me améis!

—¿Lo necesitáis mucho?

—Sí, lo necesito para no morir.

—¡En lo poco á poco, no seáis atrevido, don Pedro, no os equivoquéis groseramente: ¿por quién me tenéis?

—¡Ahl esa es una pregunta embarazosa—dijo Perea—; porque yo no puedo deciros que os tengo por quírida del abate Alberoni.

—¡Ahl sois un calumniador—dijo con un verdadero enojo Giovanna—; y sobre ser un calumniador, sois torpe de una manera que debía avergonzaros.

—¿Torpe? ¿Pues qué, no he conocido que sois mujer, á pesar de que estáis admirablemente disfrazada, hasta el punto de parecer un adolescente de catorce años?

—¡Bah! Sabéis que soy mujer, porque yo os lo he dicho.

—¡Que me lo habéis dicho vos! ¡Pues si siempre que os he visto en casa del abate, ha sido delante de él, y sólo hemos hablado de cosas indiferentes!

—Es verdad, no hemos hablado; pero yo os lo he dicho bien claro con los ojos, cuando no podía ver cómo os miraba yo el abate.

—¿Y qué es lo que me habéis dicho, hermosa señora?

—Primero os dije yo soy mujer, porque os miré como no puede mirar a un hombre; después, conociendo que os turbabais y temblabais cuando me veáis, lo que era lo mismo que decirme yo os amo, os dije siempre con los ojos: yo os amo también.

—Luego nos entendemos —dijo Perea.

—Nos entendíamos, pero hemos dejado de entendernos; ahora debo deciros y os digo con toda mi alma...

—¿Que sois mía?

—No; que os desprecio.

—¡Cómo, señoral —exclamó vivamente pica-do Perea.

—¿Qué queréis que sienta respecto a un hombre que se atreve a creer que yo soy... amiga de un abate?

—Vivís con él...

—¿Pero no habéis visto en mi frente, en mis ojos, algo que no existe ni en la frente ni en los ojos de las mujeres perdidas?

—¿Pues qué sois, señora?

—Soy dama de honor de la princesa Isabel Farnesio.

—¡Ah! —exclamó Perea.

—Sí, este es un grave secreto que me ha arrancado la audaz, la torpe ofensa que me habéis hecho: espero que no seréis tan imprudente que no guardéis en el fondo del alma este secreto; podría costaros muy caro el revelarlo.

—¡Ah, señoral vos también me ofendéis dudando de mi honor.

—¿Y cómo queréis que crea en el honor de un hombre que se atreve a insultar a una dama de obra y de palabra?

—Yo creía...

—No habéis debido creer otra cosa, al conocer mi posición extraña junto al abate Aleroni, sino que había un misterio; pero nunca que existía la infamia: insisto en deciros que creo que en mi semblante se revelan de una manera muy clara la pureza y la dignidad.

—Perdonadme, señora, yo no os conocía.

—Pues empezad a conocerme; y sobre todo, sed discreto.

—Os juro por mi honor, que nadie sabrá nada; que yo mismo, si es necesario, lo olvidaré.

—Haréis bien —dijo Giovanna—, que estaba muy seria.

—Y decidme, señora, ¿la señorita Giussepina es también dama de la señora princesa de Parma, doña Isabel Farnesio? Creo que no: entre ella y vos se nota a primera vista una gran distancia.

—Como que es mi doncella.

—¡Ah! —dijo Perea, que se había recobrado de su turbación, y había vuelto a su audacia—: lo que no comprendo bien, es para qué habéis venido disfrazada de paje a España.

—Haréis que acabe de enojarme —dijo Giovanna.

—Perdonad, pero permitidme que os haga una pregunta mucho más sencilla: habláis muy bien el español, señora; debéis haber estado mucho tiempo en España.

—Sólo estoy desde Abril.

—¿Del año doce? —dijo Perea.

—No caballero, no —contestó con disgusto Giovanna—; desde Abril último.

—Pues tenéis una gran disposición para las lenguas: apenas se os conoce un tanto de acento italiano: valéis mucho más que yo para esto: diez años hace que estoy hablando, viviendo y comiendo con franceses, ya en el ejército, ya en la corte, y cuando hablo francés, parezco un gascón de Bagnères de Bigorre.

—Esa no es una prueba de que yo haya estado en España: tengo la misma edad que mi señora; esto es, veintiún años: desde niña estoy a su lado, he sido educada como ella, y sé lo que ella sabe.

—¿Me permitís os pregunte qué es lo que sabe doña Isabel Farnesio?

—¡Oh! es una princesa muy ilustrada: ha estudiado y aprendido de una manera brillante, gramática, retórica, filosofía, geografía, astronomía, historia, música y pintura: habla y escribe el latín, el francés, el español y el toscano.

—¡Oh! —dijo Perea con el acento de duda—: pues por aquí se dice... perdonad...

—Sí, ya sé lo que por aquí se dice: se quiere eclipsar esta buena educación de mi señora, sacando a cuanto la debilidad de su carácter, que suponen, y que no es otra cosa que dulzura, sen-

cillez, buena fe, disposición natural á plegarse á la opinión de las personas que es á su lado: aquí se llama á eso *inaptitud*; pero tiene un nombre más bello y más exacto: es bondad.

—Pues en esa parte no os parecéis á vuestra señora—dijo de una manera incisiva Perea—, porque vos...

—Sí, yo soy violenta, tenaz; obro por juicio propio; refisto, lucho, y no me rindo.

Había tal grandeza en Giovanna al decir estas palabras, que Perea se sintió dominado, y se le ocurrió un pensamiento demasiado hipotético, demasiado atrevido.

—¿Estaré hablando con doña Isabel Farnesio?—dijo para sí—: ¡diablo, esto es grave!

Giovanna le dejaba pensar libremente; se había sentado en una silla que estaba en el balcón por la parte de adentro, y se hacía aire con el ala de su sombrero de abate.

La parte exterior del balcón, en la cual se encontraba Perea, estaba envuelta en una penumbra.

A Giovanna la iluminaban por completo los candelabros de una consola inmediata.

Perea la contemplaba profundamente meditando.

Era blanca con un ligero viso sanguíneo, que hacía aparecer nacarada su blancura.

Tenía las cejas anchas, largas, negras; y los ojos grandes, negrísimos, luminosos, potentes, graves. La nariz, energética, aguilena, bella.

La boca, movida por una expresión activa.

El semblante, oval, blandamente modelado con una delicada morbidez.

El cutis, denso y fino.

La garganta, parte de la cual se veía sobre su sotana, encantadora.

Los cabellos, negros, densos, brillantes, cortados en una melena que le caía por los costados hasta los hombros, y se prolongaba algo más por la espalda.

Su labio superior estaba sombreado deliciosamente por un ligero bozo.

Dada la expresión que entonces tenía Giovanna, disgustada y grave, no era violento de ningún modo tomarla por un joven de catorce á quince años; por uno de aquellos hermosos pajarillos que acompañaban siempre, y aun acompañan, á los cardenales y á los abates romanos.

Siempre que se dejaba ver Giovanna de otro que no fuese el abate Alberoni, tomaba aquel marcado aspecto masculino.

Para don Pedro Perea únicamente, había dejado asomar á sus ojos y á sus labios su mirada y su sonrisa de mujer.

Perea seguía contemplando á Giovanna, que continuaba haciéndose aire con el sombrero.

Cuando se medita profundamente, no se habla; y esto acontecía á Perea.

Tampoco hablamos cuando nos sentimos profundamente disgustados; y esto acontecía á Giovanna.

Se había equivocado respecto á Perea: se había visto obligada por decoro, á aventurar la mitad por lo menos de un grave secreto, y no tenía gran confianza en el teniente de Guardias Walonas.

Este luchaba con su atrevida suposición de si sería Giovanna doña Isabel Farnesio.

—Y bien, meditaba: aunque esto parece violento, conocida es la corrupción de Italia y lo aventurero de las damas italianas; dígame lo que se quiera, un duque de Parma, comparado con un rey de España, es un principillo, inferior todavía en nobleza y en rentas á nuestros grandes: á grandes tales como Osuna y Medinaceli; lo que no quita que esos pequeños duques italianos se llamen grandes duques, se hagan dar tratamiento de alteza, se crean reyes, y se vuelvan locos con el sólo pensamiento de casar á una hija suya con un rey de España: ¡pues ahí es nada: el rey de dos mundos: el *felix in utroque*, el *in pluribus impar*, el *imperator* de los extensísimos dominios donde nunca se pone el sol!

Por los latines un poco inexactos que soltaba pare su colete el teniente, se comprendía que D. Pedro Perea se había transformado; que no era ya el paje correo de la señora princesa de Tilly; y esto nada tenía de extraño: había estado diez años en campaña alternando con los oficiales franceses, metido por su audacia en las cortes militares de Orleans y de Vendome, donde abundaban los hombres académicos, rayos luminosos que emanaban de aquel sol de Versalles que se llamaba Luis XIV. De oír continuamente á este y al otro, se le había pegado algo á don Pedro Perea, que nada tenía ya de común más que en la audacia y en la presunción con el antiguo paje.

En estos dos vicios había crecido: era más audaz y más presuntuoso.

Pero en el fondo, no era lo que puede decirse un mal hombre.

Necesitaba ser regenerado; pero esto no era

difícil: realmente todo lo malo que había hecho, había sido vivir hasta cierto punto de la mujer a título de buen mozo.

Pero esto ha sido, es y será un defecto inherente al uniforme, por resultado de lo mezquino de la paga; lo quita que muchos de estos galan-jeadores sean que no en todo lo demás unos cumplido hombres de honor.

Nada había que decir del valor de don Pedro Perea: estaba acibillado de heridas, y se quejaba con razón de no haber obtenido en toda una campaña larga y penosa, más que un ascenso.

Los soldados le respetaban, la estimaban y le temían.

A caballo, al frente de su mitad de Guardias Walonas, a la vista del enemigo, don Pedro Perea crecía siete palmas a los ojos de todos.

Decidamente, el paje se había transformado.

Pero tenía don Pedro Perea una tendencia marcada hacia lo aventurero, y por consecuencia, no le pareció monstruoso el que una princesa real se hubiese metido a correr aventuras, viniéndose a la corte de un rey viudo, poderoso y codiciable, con el embajador de su padre, disfrazada de abate.

Había en apoyo de enorme suposición de Perea, el que jamás Giovanna acompañaba al abate Alberoni a la corte; que nadie la conocía, y que si él la había conocido, había sido en lo interior de la casa del abate Alberoni.

Veamos por qué Alberoni había llamado a su intimidad traidora al teniente de Guardias Walonas. Ya hemos dicho que Perea era audaz y presuntuoso.

Se había enamorado de la princesa de los Ursinos, a la que veía con mucha frecuencia; porque sabido es, que los walonas eran la guardia real que prestaba inmediatamente el servicio al rey, de escalera abajo, porque de escalera arriba, le prestaban los guardias de corps.

Los oficiales de la Guardia Walona estaban tan en contacto con el rey y con los personajes de la corte, como los guardias de corps.

Cuando el primer regimiento de caballería de la Guardia Walona a que pertenecía Perea, vino a la corte, el primer día que dió la guardia en palacio, esto es, en la casa de Medinaceli y convento de Capuchinos, don Pedro Perea se encontró, yendo solo, en un pasillo de comunicación entre el convento y la casa, a la princesa de los Ursinos, que adelantaba sola.

Quitóse apresuradamente su sombrero, se hizo a un lado, y se inclinó profundamente.

La princesa se detuvo y miró de una manera fija y grave al teniente.

—Señor oficial—le dijo—: yo os conozco, no sé por qué, ni desde cuándo.

La princesa, además de tener una gran retentiva, era una gran fisonomista.

—Nada tiene de extraño que vuestra alteza me conozca—contestó Perea, que devoraba con los ojos a la princesa—: he vivido mucho tiempo en el alcázar; he sido paje...

—¿Del rey? ¿De la reina?—dijo vivamente la princesa, que no podía aclarar bien sus recuerdos.

—No, no, señora; he sido paje de la señora princesa de Tilly.

—¡Ah! sí, es verdad—dijo la princesa, recordando por completo—: ¿y cómo habéis entrado en el ejército?

—Por recomendación del señor príncipe de Tilly.

—¡Ah! ¡bien!—dijo la princesa, dejando ver un asomo de sonrisa epigramática—: ¿y en qué clase entrasteis en el ejército?

—Alférez de granaderos a caballo, señora—contestó Perea.

—¿Y no habéis ascendido más que a teniente? Habréis hecho poco tiempo la guerra.

—Tengo diez años de servicios, siempre en campaña, señora.

—Pues habéis sido desgraciado.

—Tan desgraciado, que he sido gravemente herido siete veces de arma blanca.

—Habréis tenido mala conducta.

—Tengo, señora, una hoja de servicios tan limpia como la espada del duque del Infantado.

—¡Ah! pues no se comprende...

—Desgracia, señora; el primer momento de fortuna que tengo en toda mi vida, es este inesperado encuentro con vuestra alteza, y la afabilidad con que vuestra altera se digna hablarme.

—Adiós—dijo la princesa con acento opaco, y cortando bruscamente la conversación.

Y pasó.

—¡Qué mujer, Dios mío!—dijo Perea, que se había quedado inmóvil en el mismo lugar donde había estado hablando con la princesa, que había desaparecido—: es una sirena; no se la puede oír hablar, sin enamorarse de ella: ¿y cuándo se pone vieja esta mujer? nunca: si pa-

rece más joven que hace diez años: ¡qué feliz es su majestad! ¿y qué tendría de extraño que yo fuese más feliz que el rey?... me ha mirado de un modo... Estas grandes señoras... y la princesa, cuya historia galante sabe todo el mundo... Me parece que tengo hecha mi fortuna.

Todo consistía, primero, en que la princesa había recordado de una manera vaga, pero bastante para hacerla desear esclarecer su recuerdo, á Perea.

Después de haberse esclarecido el recuerdo, se había encontrado con el paje que locamente enamorado de su hija, por consecuencia de esto, había tenido un duelo con uno de los criados íntimos de monsieur de la Chaumière; duelo que por las circunstancias que lo habían motivado, había influido de una manera grave en la historia de la princesa.

Esta se había abstenido, como hemos visto, de hablar de aquel duelo á Perea; pero daba su última batalla: se había propuesto ser reina, y se encontraba más pobre que nunca de agentes inferiores, de instrumentos, de espiones, por decirlo así.

La enemistad y la desaparición de Bizarro habían sido para ella una gran pérdida.

En Perea se encontraba con un hombre audaz, valiente, en buena posición para ser usado, como oficial de la Guardia Walona.

La princesa había comprendido la fascinación que había causado en Perea, y como no desaprovechaba ningún instrumento, aunque no sabía aún para lo que Perea podía servirle, se le apropió.

De aquí su afabilidad y su ligero tinte de coquetería durante su conversación con Perea.

Perea acabó por apasionarse.

La princesa le distinguió, le hablaba con una extrema afabilidad, le miraba de una manera un tanto grave; y esto hizo que Alberoni se equivocase, y tomando en cuenta las pasadas ligerezas de la princesa, supusiese á Perea uno de esos buenos mozos de los que se enamoran las grandes cortesanas gastadas.

Alberoni se apropió también á Perea; calculó, juzgó muy posible que á causa de la hermosura y del desenfado del joven se enamorase de él Giovanna, y se la hizo conocer en el interior de su casa; pero sin prevenir á Giovanna, con la cual sabía muy bien no podía usarse de estos medios.

Alberoni se dió muy pronto el parabien. Aun-

que Giovanna no miraba nunca como mujer á Perea, sino cuando estaba segura de que Alberoni no veía su mirada, éste había visto lo bastante en la inquietud y en la tristeza de la joven, mientras esperaba volver á ver á Perea, y en su animación cuando le veía.

Ya hemos dicho que Alberoni era un culebrón.

Pero este culebrón se sintió inquieto cuando notó un cambio completo de aspecto en la princesa, respecto á Perea.

La princesa se había convertido para él en una mujer alíva y glacial.

Esta era una cuestión de conducta.

Perea se había encontrado yendo solo á la princesa, que venía sola, en el mismo pasillo donde se habían encontrado la vez primera.

Creyéndose autorizado para todo el presuntuoso joven, por la amabilidad con que la princesa le trataba, le había asido una mano y le había dicho á quemarropa, demudado, tembloroso, descompuesto:

—¡Yo os amo, señorial! ¡estoy loco por vos!

Una tormenta muda estalló de la princesa para Perea, al oír estas palabras.

Le miró de tal modo, que Perea retrocedió, comprendiendo que se había equivocado de alto á bajo, y pasó rígida y alíva.

—Aquí debe haber algo—dijo Perea—: alguien se ha cruzado entre la princesa y yo: pues bien; yo sabré lo que esto es.

Perea observó, y vió que el cuerpo opaco que se había colocado entre la princesa y él, era el abate de Estrés.

Este tercer abate que aparece en nuestro relato, era sobrino del cardenal Estres, que tanta influencia había tenido en otro tiempo en la historia de la princesa.

El cardenal Estrés acababa de morir después de una larga vida de ochenta años, y su sobrino había heredado el aprecio en que tenía al cardenal Luis XIV.

El abate de Estrés apenas contaba cuarenta y cinco años, y era todo lo galante, todo lo insinuante, todo lo intrigante que podía ser un buen discípulo de Versalles.

Cuando Luis XIV necesitaba saber lo que sucedía en una corte cualquiera, enviaba á ella al abate de Estrés, y éste hacía de modo que, á los tres días, sabía cuanto había que saber.

Después de enviudar Felipe V, Luis XIV, á quien paseaban en un sillón de ruedas por los jardines de Versalles, vió pasar á lo lejos por el

fondo de una calle de árboles al abate, que llevaba en brazos el perro favorito de madame de Maintenon.

Esta hablaba íntimamente con el abate.

Luis XIV mandó á uno de sus ayudas de cámara que le acompañaban, adelantase y dijese al abate que el rey deseaba hablarle.

El abate dió el perro á una dama de la Maintenon, se arregló los cabellos y el solideo, y se estiró la casaca, se coscó artísticamente el sombrero bajo el brazo, y adelantó con una cortesana impaciencia, marchando de una manera admirable.

Luis XIV mandó hacer alto y alejó á la servidumbre.

De Estrés creyó que Luis XIV, aburrido y fastidiado había sentido el capricho de ver cómo empujaba un sillón un abate, y la única dificultad que se le ocurrió, fué la de lo que haría con su sombrero; no podía ponérselo, ni mantenerlo bajo el brazo.

Luis XIV le sacó muy pronto de su perplejidad.

—Hace aquí un fresco delicioso, abate, ¿no es verdad?

—Deliciosísimo, señor.

—Dicen que en España hace mucho calor.

—En efecto, señor, hace mucho calor en España.

—El calor influye mucho en los ánimos—añadió Luis XIV.

—Muchísimo, señor.

—Pues bien, abate; idos á ver de qué manera influye el calor de España en mi nieto y en la princesa de los Ursinos.

—¿Cuando, señor.

—Al momento: entendedos con Deshamps, que ya tiene instrucciones: bacedme el favor de decir á esos que se acerquen.

El abate hizo una profunda reverencia, se retiró, hizo seña á los criados de que se acercasen y se alejó.

Al volver la calle de árboles, se encontró con madame de Maintenon.

—¿Qué queréis para España, señora?—la dijo el abate.

—¡Cómo!—dijo la Maintenon—: ¿os envían allá?

—Sí pardiez; su majestad quiere saber á cuántos grados de calor están el rey y la princesa de los Ursinos.

—¡Ahl y os convierte en termómetro: vais á

marcar en cuanto lleguéis, treinta sobre cero: como que se dice que pronto tendremos reina á la señora de los Ursinos.

—En lo cual no hará el rey de España otra cosa que imitar un alto ejemplo.

—¿Y creéis vos, abate, que esto sea posible?

—¿No he de creerlo si ha sido posible lo otro?

—Ya... sí... pero... parece que se trata de un casamiento solemne.

—Alguna diferencia ha de haber entre el valor del abuelo y el del nieto: cuanto más vale una cosa, es tanto más difícil.

—¿Y no creéis que se oponga su majestad?

—¿Y por qué? Sería contradecirse.

—¡Ah, señor Abate! creo que existe una gran diferencia entre la señora de los Ursinos y yo.

—Sí, en verdad: vos érais la viuda del poeta Scaurón, y ella es la viuda del duque de Bracciano.

Se mordió imperceptiblemente los labios la Maintenon, á causa de la desvergüenza de aquel paralelo.

—¿Pero para qué os envía allá el rey?

—Por curiosidad, señora, por pura curiosidad: nuestro grande amo se aburre, y está avaro de distracciones.

—¡Ahl cuento con que me tengáis al corriente—dijo la Maintenon.

—Y yo espero que me iluminéis diciéndome de qué manera, en qué sentido he de comunicar mis noticias al rey.

—¡Ojalá! descuidad.

—Pues adiós, señora; tengo orden de ir á entenderme al momento con Deshamps.

Ocho días después, entraba en Madrid el abate.

En otro tiempo, había hecho una mala pasada á la princesa influyendo en gran manera en su destierro de la corte de España.

Por consecuencia, en cuanto le vió en la corte la princesa, le dijo:

—Para algo malo viene éste: es necesario utilizarle, y si no es posible, romperle.

Desde el momento, la princesa trató de una manera admirable al abate de Estrés, y le engañó de tal modo, que este escribió á Deshamps y á madame de Maintenon dos largas cartas, cuya frase principal en ambas era la siguiente:

“Creo que se me ha enviado demasiado tarde: su majestad y su alteza viven y comen juntos: la princesa manda en jefe, y no se hace más que lo que ella quiere”.

La aparente intimidad que existía entre el abate de Estrés y la princesa, era lo que había irritado á Perea.

Y la pasada amabilidad de la princesa con el teniente de Guardias Walonas, y la mal disimulada irritación de éste, habían motivado las relaciones que existían entre él y el abate Alberoni, que había visto en el joven un buen instrumento.

Para dominarle mejor, le había puesto en contacto con Giovanna Casti, hija de Jenaro Casti, conde de Ansoletto y gran privado del duque de Parma. Como se ve, las intrigas se cruzaban más que nunca, y más que nunca graves, en el rededor de la princesa.

Luis XIV, no fiándose bastante del padre Robinet, enviaba al abate de Estrés, á quien se llamaba en Versalles el espíritu de la intriga, y del cual no se fiaba nadie.

El abate de Estrés aprovechaba la desconfianza que de él se tenía, como hubiera podido aprovechar la confianza. Era formidable.

El marqués de Brancas, embajador de Francia, se había convertido, para Luis XIV, en un eco sordo.

Por sus medios nada veía el viejo rey, sino que, no viendo nada, la princesa le había seducido al embajador.

Y como estaba seguro de que si reemplazaba al marqués de Brancas, el que le reemplazase sería también seducido, había dejado quieto al marqués, pero enviándole como secretario al abate de Estrés, al cual no seducía nadie, porque estaba seguro de que nadie le había de dar tanto como Luis XIV.

Todo esto se ha deslizado, no sabemos cómo, de nuestra pluma, de una cosa en otra, mientras meditaban harto disgustados, Giovanna Casti y don Pedro Perea.

Ella, porque irritada por un atrevimiento, había descubierto á medias su secreto.

El, por la sospecha de que aquella admirable mujer, de quien se había enamorado, fuese la princesa Isabel Farnesio.

Por absurdo que esto fuese, Pedro Perea creía tener indicios bastantes para sospecharlo, y temiendo que sus sospechas fuesen acertadas, no sabía qué hacer ni qué decir, temeroso de cometer una imprudencia.

Veamos lo que hablaban entre tanto, paseándose por delante de la casa rústica, el abate Alberoni y Bizarro.

CAPITULO V

DE CÓMO EL ABATE ALBERONI CONOCIÓ QUE BIZARRO ERA UN PERSONAJE POLÍTICO DEMASIADO IMPORTANTE.

Alberoni había encontrado dentro de la casa á Bizarro.

—Gracias por vuestra exactitud—le dijo.

—En mi exactitud—dijo Bizarro—hay mucho de interesado: quiero vengarme por una parte, y descansar por otra.

—Hace aquí mucho calor—dijo el abate.

—Salgamos, pues, al aire libre—contestó Bizarro.

Salieron.

—Conque vos deseais...—dijo el abate.

—Sí, deseo irme á Nápoles, á estar cerca de mi hija.

—¿De vuestra hija?—dijo Alberoni—: ¿y cómo es que no la tenéis con vos?

—¡Ahl mi hija es una gran señora.

—¡Yal algún gran señor que se ha enamorado de vuestra hija: las gitanas son muy hermosas.

—Mi hija no es gitana.

—¿Pues cómo, pues, la llamáis vuestra hija?

—Porque es mi hija del corazón; porque la he criado desde niña; porque, en fin, la amo con toda mi alma: mi hija, como yo la llamo y la llamaré siempre, es dos veces grande, y dos veces título; por sí es marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y por su marido es condesa de Monterey.

—¡Ahl ¿y por qué no vivís á su lado? ¿por qué os he encontrado como á un saltador en medio de un camino, acompañado de dos infames, de un verdugo y de un asesino?

—Ya os lo dije, señor abate: entre la princesa de los Ursinos y yo existe un odio á muerte: necesito vengarme de esa mujer, y para vengarme me puse á vuestro servicio en cuanto supe, á causa de las armas en el reloj que os quité, y por vuestras explicaciones, que érais embajador en España del duque de Parma. Os conté con intención mi historia; pero no os dije la verdadera razón por qué yo, con Manzampuas y Lucas Cabezudo, me ponía á vuestras órdenes.

—¿Y por qué ese misterio?

—Porque aún no había llegado la ocasión: estamos en ella, y es necesario hablar claro. Vos habéis venido aquí al olor de una corona.

—¡Yol!—dijo Alberoni, haciéndose el maravillado—: ¿quién os ha dicho eso?

—Me lo figuro yo.

—¿Y por qué?

—¿Para qué necesitábais vos una especie de policía, unos agentes inferiores tales como nosotros, si no alentábais algún grave proyecto? ¿Y qué proyecto podía ser el vuestro siendo embajador de un soberano que tiene una hija tal como doña Isabel Farnesio?

—¿La conocéis?

—Hace algunos años, cuando yo me había ido detrás de mi hija la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, di una vuelta como aventurero por Italia, y en Parma se me ocurrió soltar el arcabuz y ganarme la vida con hechicerías y pronósticos: cobré fama, y una noche, por cierto muy oscura, un gentilhomme fué á mi casa y me dijo:—Venid conmigo: se os pagará bien: una noble dama que ha oído hablar de vos á otras señoras, desea que la digáis su horóscopo.—Como yo nada tenía que temer, seguí al gentilhomme, que me llevó al palacio ducal, en el que me introdujo por los jardines. En un pabellón de ellos, encontré á una hermosísima joven como de diez y seis años. No se usaba del misterio: yo la conocía como la conocía todo el mundo en Parma. Era la princesa doña Isabel Farnesio, á quien acompañaba una dama hermosísima de su misma edad: la señorita Giovanna Casti: uno de vuestros pajes, señor abate.

—¡Ah, diablo!—exclamó Alberoni.

—Sí, acabo de verla pasar, y á pesar de su disfraz la he reconocido.

—Pues estaba bastante oscuro.

—¿Qué queréis; entre las raras cualidades que yo tengo, una de ellas es la de ver de noche como los gatos.

—¡Ah, no! vos debéis haberla visto en otra parte.

—Es verdad, no quiero negároslo: cuando anoche fui á veros para ponerme de acuerdo con vos, en una habitación anterior á la en que vos estabais me crucé con ella: debe ser muy fisonomista; porque á pesar de que han pasado seis años desde la noche aquella en que estaba al lado de su señora, y de que no ha vuelto á verme, me reconoció y se sorprendió: yo la reconocí también; pero me guardé de cometer ninguna imprudencia; pasé adelante y entré en vuestra habitación sin saber qué pensar de la presencia

en España, á vuestro lado y disfrazada de hombre, de la señorita Giovanna Casti.

—¿Y cómo si no la visteis más que una vez sabéis su nombre?—dijo el receloso Alberoni.

—La señorita Giovanna Casti es tan conocida en Parma como doña Isabel Farnesio, de la cual no se separa jamás.

—Y bien, continuad con vuestra aventura.

—Admiré el espíritu, el talento, la instrucción de la princesa, y fui leal; dejé á un lado las supercherías, y la dije:

—Vuestra alteza sabe demasiado que el impenetrable velo del porvenir no puede rasgarse por ningún mortal.

—Sin embargo, me han dicho—me contestó la princesa—que pronosticáis de una manera maravillosa.

—Todo consiste, señora —la respondí—en que por el estado del ánimo y por las palabras que me dejan oír los que apelan á mi supuesta ciencia, adivino lo que desean, se lo pronostico, y como les pronostico su deseo, me creen: el hombre está siempre dispuesto á creer la realización de aquello que le halaga. La princesa estuvo hablando cerca de un cuarto de hora conmigo, asombrándose con la superioridad de su talento; me hizo un buen regalo, y me despidió. Ahora bien: vos venís á España, traéis con vos á la señorita Giovanna Casti, amiga y confidente de doña Isabel Farnesio, y os aprovecháis de mí en el momento en que conocéis que puedo servirlos de algo. Es, pues, muy fácil adivinarlos: os habéis consagrado á adquirir la confianza de la princesa de los Ursinos: todo indica que vos estáis preparando los sucesos, de manera que el desenlace sea el casamiento de vuestra señora con el rey de España.

—¡Ah, diablo, diablo! guardaos de decir eso á nadie; ayudadme si podéis, y os aseguro que habéis hecho vuestra fortuna.

—Aunque no fuera más que por vengarme, os ayudaría.

—¿Y tenéis vos medios eficaces de ayudarme?

—¡Oh! ¡terribles!

—Veamos.

—No, señor Alberoni, no; procuro yo siempre estar en la sombra, mientras las gentes con quienes conspiro están en la luz; de manera que yo los veo perfectamente, mientras ellos no me ven á mí.

—Decididamente sois un personaje extraordinario.

—Más de lo que creéis.

—¿Pero y por qué, por qué vuestra situación extraña?

—¿Qué queréis? la princesa de los Ursinos me atrae; necesito estar cerca de ella; no puedo darme á luz en España; me envuelvo en el misterio, y vivo como puedo.

—Creo que no me engañáis.

—No por cierto: me he propuesto servirlos lealmente, porque sirviéndoos consigo de cosas: vengarme de la princesa de los Ursinos, y poder vivir mediante la buena recompensa que me dé vuestro amo por lo que le haya podido servir, cerca de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, sin pesar sobre ella, y si es necesario, sin darme á conocer; estoy cansado de una vida demasiado azarosa, y quiero descansar.

—Y decidme: ¿puedo confiar de la misma manera que en vos en vuestros dos compañeros?

—De todo punto, señor Alberoni; Lucas Cabezudo aborrece de muerte á la princesa y tiene necesidad de dinero para irse á Méjico y vivir al lado de otra noble señora á quien ha criado. El tío Manzampulas aborrece de muerte, no sólo á la princesa, sino al marqués de Orrí, por una caricia de la cual se ha quedado manco, y el tío Manzampulas es mucha cosa de esa dama que llegará dentro de poco.

—¿Quién? ¿la superiora de las Ursulinas de París?

—Sí, señor; doña María de Ayala.

—¡Oh! ¡otro misterio!

—Los misterios se cruzan, señor Alberoni, y nada os importan con tal de que los intereses que han producido esos misterios os sirvan: por lo pronto, podéis contar con una no pequeña ventaja; la princesa de los Ursinos tiene siempre espías á los embajadores de las potencias extranjeras: si os valéis de un correo para enviar pliegos á vuestro soberano, ese correo estará vendido á la princesa, y ella conocerá antes que vuestro soberano el contenido de los pliegos: ¿en qué creéis que consiste ese continuo movimiento de embajadores que á cada paso son reemplazados?

—¡Ah, pardiez! por temible tenía yo á la señora de los Ursinos; pero no tanto como lo es.

—¿Y habéis enviado ya algún pliego importante á vuestro amo?

—Aún no, porque no he tenido tiempo de ver claro.

—Recordad.

—Sí, una carta bastante grave—dijo Alberoni—; pero la envié con un caballero que accidentalmente volvía á Parma.

—No os fiéis, sin embargo, de nadie: cuando tengáis necesidad de escribir á vuestro amo, valeos de mí; el pliego será llevado por Manzampulas ó por Lucas, y no podrá interceptarle la princesa; no dejéis, sin embargo, de escribir por los medios comunes á todos los embajadores; es decir, por la estafeta ó por los correos de la embajada; porque la carencia total de comunicaciones vuestras se haría extraña á la princesa, que supondría os valíais de otros medios, y acabaría por descubrirlos é invalidarlos.

—¡Ah, por Dios! habéis completado mi plan, Bizarro—dijo con alegría Alberoni—; admirable, completamente admirable: toda la sagacidad de la princesa no la librará de ser engañada por mí.

—¿Y estáis seguro de que yo no soy un traidor?

—Segurísimo; de otro modo no me valdría de vos.

—Bien, ayudémonos mutuamente: vos seréis obispo, y arzobispo, y cardenal; y yo seré lo que deseo ser; un viejo que se gasta tranquilamente en una casa de campo, á la vista de lo único que todavía ama en el mundo.

—Y decidme, ¿será tiempo aún?

—¡Tiempo! ¿y de qué?

—De que sea posible el enlace de Felipe V con mi señora.

—¿Pues qué habéis creído?

—Creo muy posible que Felipe V se haya casado secretamente con la princesa de los Ursinos, como Luis XIV con madama de Maintenon.

—¡Ah, nol no conocéis á Felipe V: es soberbio, altivo, y el favor que con él goza la princesa, no llega hasta el punto de que se eleve al trono; ni aun siquiera de que contraiga con ella entre el misterio un casamiento morganático.

—Sin embargo, ella es princesa soberana.

—De ayer, y de tres palmos de terreno en los Países Bajos, y por influencia de Felipe V, ó mejor dicho, de la reina difunta.

—Se dice que doña María Luisa Gabriela de Saboya no murió de muerte natural.

—Calumnias: la princesa se atreve á todo menos al asesinato; no veáis en la concesión de un título de soberanía en favor de la princesa, una preparación para hacer posible su enlace con el rey; lo que únicamente significa esto, es que

Ana María de la Tremoille, que sabe demasiado que puede ser víctima de una intriga, ha cubierto su retirada para el caso, que ella procura evitar, de que la echen de la corte de España; la princesa se encuentra en una situación muy difícil; la nobleza, el clero, cuanto tiene influencia en España pide al rey contraiga un nuevo matrimonio; el rey no se decide, no suelta prenda acerca de esto, y todos lo atribuyen, y con razón, á la influencia de la princesa, á quien se supone el ambicioso proyecto de hacerse elevar al trono por su real amante; es muy posible que la princesa alie te alguna esperanza, y fuerce sus medios de seducción para conseguirlo; pero de seguro que esta esperanza es en ella tan débil, á causa de lo bien que conoce á Felipe V, que la princesa preferiría casar al rey de tal manera, que la reina no pudiese contrapesar su influencia. Ved, pues, lo que hacéis, abate Alberoni.

—Nos comprendemos perfectamente, Bizarro, y harto se conoce que habéis vivido mucho tiempo en la corte al lado de la princesa, y dominándola por un misterio que no pretendo me expliquéis, y cuya razón es difícil de averiguar: ¿quién sabe por qué habéis influido vos sobre una mujer tal como la princesa de los Ursinos? Por lo demás, y poniendo en práctica lo que me habéis indicado en una sola palabra, he procurado se tenga en la corte de España la idea más desventajosa posible de mi señora: la he supuesto débil, de poco entendimiento, caprichosa, vulgar.

—¡Ahl pues si conseguís crea esto la princesa, podéis contar de seguro con que vuestra señora será reina de España.

En aquel momento, Nemesio dijo apareciendo por entre los árboles:

—En el camino ha parado una carroza, y algunos hombres á caballo se vienen hacia aquí.

—Idos adonde os esperan—dijo Bizarro al abate—, que yo voy á recibir á los viajeros.

El abate se dirigió al interior de la huerta, y Bizarro á su entrada.

CAPITULO VI

DE CÓMO LLEGÓ Á LA QUINTA DEL SEÑOR MARQUÉS DE FUENTES LA ABADESA DE LAS URSULINAS DE PARÍS

Cerca de Canillejas está el ventorrillo de Marco, y estaba en los tiempos en que corre nuestra historia.

Era, como todos los ventorrillos, una casa grande con una especie de zaguán en el piso bajo; en el zaguán una cocina, junto á la cocina y el zaguán una cuadra, y más allá un corral con un pozo, y en el piso superior tres ó cuatro infames aposentos destinados para los viajeros que se atrevían á pasar una infame noche.

Este ventorrillo lo tenía entonces el tercer nieto de la generación Marco, desde que los Marcos se habían echado á venteros.

Era viudo, y los migueletes le habían matado un hijo por ladrón.

Estaba solo robando lo que podía á los pasajeros, auxiliado por una Maritornes de diez arrobas, que solamente sabía guisar sopas de ajo y bacalao con arroz.

Tenía además un mozo de paja y cebada, á quien habían dejado cojo de otro tiro los migueletes, y que había servido á la fuerza cuatro años en las galeras del señor rey don Carlos II.

Esta buena gente tenía muy buenos conocimientos, á quienes nadie conocía mas que ellos y la justicia, que se veía y se deseaba para echarles la vista encima.

El pobre viajero que paraba en el ventorrillo, era robado por el exorbitante precio que se le ponía, por el infame trato que se le daba, y si se aventuraba llevando dinero á ponerse en camino antes del día, era robado entre Canillejas y Madrid por los amigos de Marco, á quienes el mozo de paja y cebada había dado aviso.

A la puerta de este honrado establecimiento estaban la noche en que marcha nuestro relato, hablando con el tío Marco, dos de nuestros antiguos conocidos, á saber.

Manzámpulas y Lucas Cabezudo.

—¿Pero me diréis al fin á quién esperáis?—les decía el tío Marco poco después de haber cerrado le noche, hora en que habían llegado al ventorrillo los dos personajes.

—Esperamos á una muy ilustre dama que viene de Francia con una doncella y dos criados—dijo Lucas Cabezudo.

—Y esa dama ¿trae plata?—dijo el tío Marco.

—Plata y alhajas y grande equipaje debe traer—dijo el tío Manzámpulas—; porque es mucha persona.

—Entonces vendrá con escolta—dijo el tío Marco.

—Aunque no vengan con ella más que los dos criados de que nos ha hablado Bizarro, tan buenos mozos son esos dos, que juntos con el mayo-

ral y el zagal, que no serán ranas, bastarían para que no les pudiéramos meter el diente, si no nos ayudaban algunos amigos.

—¡Conque tales son esos dos criados!—dijo el tío Marco.

—Antiguos mosqueteros negros del rey de Francia.

—Es que aquí somos, vosotros dos, Pedreras y yo, que en sacando cuatro arcabuces de la cueva, somos ocho.

—No se trata de eso—dijo el tío Manzámpulas—; y si de ello tratara alguien más allá, Lucas y yo seríamos dos más para defender á esa señora.

—Y entonces ¿á qué habéis venido?

—Para esperarla y darla una carta de Bizarro.

—Pues no entiendo esto—dijo con disgusto el tío Marco—: cuando se trata de dinero, no hay amigos.

—No siempre se ha de hacer negocio; y además, que no sabes tú si nosotros hacemos mejor negocio sirviendo á esa dama que robándola—dijo Manzámpulas.

—Vosotros podrá suceder muy bien que hagáis negocio; pero maldito el que yo hago—dijo el tío Marco—; y se me aprietan las entrañas de dejar pasar una buena ganancia.

—¿Y de qué te queías, pícaro—dijo Lucas Cabezudo—: en cuatro meses que andamos por aquí te hemos dejado más de trescientos doblones, sin que tú hayas hecho otra cosa que avisarnos.

—¡Bahl! ¿y qué es eso para cuando había guerra y seguíamos á los rezagados y nos echábamos sobre los señores que iban y venían? Entonces, cada semana se ganaba lo que ahora se gana en un año.

—Ya ves tú—dijo Manzámpulas—; á río revuelto, ganancia de pescadores; pero no siempre ha de andar revuelto el río: yo también me he ingeniado; pero no me quejo porque se haya acabado la ganancia.

—¿Y en qué te ingeniabas tú, Manzámpulas?

—Yo iba en el cuartel general del ejército de Cataluña como bagajero, y siempre se ganaba: cuando los aliados pegaban á Orleans ó á Vendome y era menester escapar, siempre se cogía algo: y cuando Vendome ú Orleans pegaban á los aliados, nos quedaban, por una parte el cuartel general del enemigo, por otra los muertos: los primeros que tropezaban con los oficiales hacían buen negocio; pero para esto era menester

ser muy hombre, porque eran muchos y bravos los grajos que acudían á la carne muerta.

—Yo me las gobernaba de otro modo—dijo Lucas Cabezudo—: como siempre me ha tirado la inclinación á la iglesia, iba en la capilla de campaña del archiduque, encargado de la sacristía.

—¿Y qué diablos sacabas de eso?—dijo el tío Marco.

—¿Qué sabes tú? Suponte que llegábamos á un pueblo, y se decía misa en la iglesia: ya hacía yo de modo que el caliz y las vinajeras fueran las de la parroquia, y que se vinieran sin saber cómo á mi sacristía; y como no estaban puestos en el inventario, por la noche y á selas, los machacaba yo con un martillo, de manera que sólo quedaba oro ó plata, sin que nadie pudiese averiguar lo que aquello había sido: y cuando llegábamos á una población grande, vendía yo á bajo precio el oro ó la plata que tenía, y lo reducía á buenos doblones de oro: particularmente cuando saqueamos las iglesias de Madrid, hice yo un buen agosto.

—Pues debes estar rico, bribón—dijo el tío Marco—; porque tú no te has andado con escrúpulos.

—Tengo algunos miles de ducados puestos en Amberes, casa de miser Germán Krosberg, donde me están ganando y donde me los encontraré cuando acabe mis negocios por acá: necesito yo vengarme de cierta señora que estorbó hace algunos años la buena fortuna de otra señora, á quien yo estimaba mucho y estimo todavía, aunque está muy lejos; pero no le hace; cuando concluyamos por acá lo que todavía tenemos que hacer, me iré yo á buscarla.

—Callate—dijo Manzámpulas.

—¿Qué?—dijo Lucas.

—¿No oyes allá, allá lejos, campanillos de mulas?

—Pues dígotte, hijo, que oyes más que una culebra; porque yo no oigo nada.

—Espera, ospera un poco—dijo Manzámpulas—que ya oirás.

—Sí—dijo el ventero—; y son campanillos de mulas bastantes para tirar de un coche pesado ó de una galera cargada hasta lo alto.

—¡Callal! pues ya oigo!—dijo Lucas Cabezudo—; y vienen deprisa; vamos, toma el arcabuz, Manzámpulas, y á salirles al encuentro. Hasta otro día, Marco; ya te se dará una gratificación.

—Bueno, hombre, bueno; pero que tengais conciencia—dijo el tío Marco.

Manzampulas y Cabezudo tomaron dos largos arcabuces que estaban apoyados en la pared de la venta, y emprendieron la marcha hacia el lugar de donde provenía ya claro y distinto el ruido de los campanillos.

A poco vieron cerca un grupo de jinetes que adelantaban, y que eran indudablemente más de dos sin pasar de seis.

—¡Diabló!—dijo Lucas Cabezudo á Manzampulas—; pues si viniéramos con otras intenciones, tendríamos que darles cortésmente las buenas noches y dejarlos pasar.

—Callate—dijo Manzampulas—que ya están encima.

Y como estuviesen ya cerca los jinetes, dijo:

—Señor Antolín Pommeferre...

Detuviéronse los jinetes, y uno de ellos dijo:

—El señor Antolín Pommeferre no viene aquí.

—¿Y el señor Malegarde?—dijo Manzampulas.

—Atrás viene con el señor Pommeferre, tendidos los dos en la zaga del coche sobre el equipaje. ¿Pero qué se os ofrece?—dijo el mismo que había respondido.

—Traemos una carta importante de Madrid—dijo Lucas Cabezudo—para doña María de Ayala, y necesitamos hablar con el señor Pommeferre ó con el señor Malegarde.

—Vaya, pues, venid conmigo—dijo un jinete saliendo del grupo. Seguid vosotros, y con mucha atención, que los alrededores de Madrid están malos.

Y volviéndose atrás, adelantó hacia el coche, que ya estaba próximo, acompañado de Manzampulas y Lucas Cabezudo.

—¿Qué es eso?—dijo una voz ronca desde la delantera del coche. ¿Ha sucedido alguna novedad?

—No, Casquete—dijo el de á caballo—; sino que estos dos hombres que nos hemos encontrado dicen que traen una carta para la señora, y que tienen que hablar con el señor Pommeferre ó con el señor Malegarde.

—¿Qué es?—dijo una voz un tanto gangosa, desde la zaga del carruaje, que se había detenido.

—O habéis cambiado de voz—dijo Lucas Cabezudo—, ó yo no conozco en vos, ni al buen Pommeferre, ni al excelente Malegarde.

—Pues Malegarde soy yo, amigo—dijo el de la voz casi gangosa, mediante Dios, que me ha dejado vivir hasta ahora: ¿qué queréis?

—Traigo una carta de José Díaz, el antiguo picador de su majestad, para la señora doña María de Ayala.

—¡Ah! ¿una carta para mí?—dijo desde la portezuela una sonora voz de mujer.

—Sí, para vos—dijo el tío Manzampulas.

—¡Ah! ¿vos aquí?—dijo con extrañeza y con alegría doña Esperanza de Austria, que ella era, y así la llamaremos, puesto que era su verdadero nombre.

—Sí, señora, sí—dijo conmovido el tío Manzampulas.

Malegarde y Pommeferre se habían dejado caer de la zaga, tan cargada, que habían podido poner sobre ella colchones, en los que ventaban cómodamente tendidos, bajo una cubierta ahuecada con aros de mimbre; habían hecho, pues, de la zaga una especie de galera.

Detrás del carruaje había un grupo como de ocho ó diez jinetes.

—Malegarde—dijo doña Esperanza, con el acento conque se manda á un criado—: encendí la linterna, á fin de que pueda yo leer esta carta que acaba de darme el tío Manzampulas.

Malegarde tomó de un gran cesto que iba colgado á la zaga, y que contenía provisiones y botellas, una linterna, echó yescas, y gracias á la calma de la noche, pudo encender una pajueta, y con ella la linterna.

Entre tanto, doña Esperanza había dicho á Manzampulas:

—¿Cómo os va?

—Por ahora—dijo Manzampulas—, muy mal; pero con fío en que de hoy en adelante todo me salga bien.

—Indudablemente. ¿Continuáis en vuestro oficio?

—No, señora; me quedé manco de resultas de cierta cuerda, y desde entonces no he podido tomar una cuerda en las manos.

—Este hombre ha debido de ser cordelero—dijo para sí el jinete que había acompañado hasta allí á los dos pícaros.

—¡Bah! pues más vale así—dijo doña Esperanza.

—¿Y doña Carlota?—dijo Manzampulas con la voz más conmovida aún.

—Allá se ha quedado en Versalles—dijo doña Esperanza.

—¿Y cómo está? Ya se acerca a los sesenta.

—Pues parece que no ha pasado día por ella —dijo doña Esperanza, a punto que Malegarde se acercaba con la linterna y dejaba ver su semblante, iluminándole de lleno.

—¡Ah! lo que es vos, señora—dijo Manzampulas—, estáis más hermosa que antes.

—¡Ave María Purísima!—dijo Lucas Cabezudo, que había tomado su aspecto y su expresión sarcástica—: ¡qué bendición de Dios!

Doña Esperanza tenía una toquilla de encaje sobre los negros cabellos.

En la garganta una cruz de brillantes, pendiente de una cinta azul, y un ancho sobretodo de seda negra. Estaba hermosísima.

Malegarde aparecía completamente esquilado, motilón, afeitada completamente la barba, y prolongado, por decirlo así, el semblante por una expresión beatífica.

Tenía sobre sí, del mismo modo que Pommeferre, que estaba a su lado, la sombra del convento de las Ursulinas.

Ambos estaban sencillamente vestidos de negro, con bayetas y sin espadas.

Los mosqueteros negros habían desaparecido, y habían quedado dos sacristanes; pero sacristanes de monjas.

Doña Esperanza no había variado nada.

Únicamente se había hecho más densa y más poderosa su hermosura, por decirlo así.

Detras de doña Esperanza, por encima de su hombro derecho, aparecía una cabeza juvenil, rubia, prendida con una elegante cofia.

Era la señorita Emma de Montpersan, especie de dama de honor de la ilustre abadesa de las Ursulinas, a la que acompañaba en su viaje a España, por causa de salud.

Los médicos la habían mandado respirar los aires natales, y monseñor el arzobispo de París la había autorizado para trasladarse a España, acompañada de su dama la señorita Emma, con una licencia ilimitada por el tiempo que necesitase para recobrar su salud.

En las portezuelas se veía de relieve el escudo flordelisado de Francia, lo que demostraba que aquel era un coche de camino de Luis XIV.

Doña Esperanza leyó lo siguiente:

“Señora: Os espero en la quinta del señor marqués de Fuentes, donde vivireis ignorada.

Seguid al tío Manzampulas, a quien tanto conocéis, y a Lucas Cabezudo, que le acompaña.

Adiós, hasta dentro de muy poco.

Vuestro humilde servidor y criado. —*Jose Díaz.*”

—Apagad la linterna, Malegarde—dijo doña Esperanza—, ya no hace falta; dad orden a los que marchan delante para que se pongan a los costados del carruaje. Vos, Manzampulas, y vuestro compañero, montad en la delantera y decid al cochero dónde debe detenerse. Vamos, en marcha.

Doña Esperanza se retiró al interior del carruaje.

Malegarde dió orden al jinete que junto a la portezuela estaba para que los que iban delante se replegasen hasta el carruaje y se pusiesen a sus costados.

Después, él y Pommeferre subieron a la zaga, y Manzampulas y Cabezudo a la ancha delantera.

El pesado carruaje emprendió de nuevo la marcha.

Media hora después, Manzampulas dijo al mayoral:

—Parad: hemos llegado.

Y saltó de la delantera con Cabezudo.

Nemesio estaba a la entrada de los árboles.

—¿Eres tú?—dijo Manzampulas acercándosele a él.

—Sí, yo soy—contestó Nemesio.

—Pues ve, y avisa de que hemos llegado.

Poco después apareció Bizarro, que abrió la portezuela, y dijo:

—Buenas noches, señora: bajad y apoyaos en mi brazo.

Doña Esperanza bajó.

Tras ella bajó la señorita Emma de Montpersan.

—A ver, Nemesio—dijo Bizarro—: haced que el coche y los criados den la vuelta y entren en la quinta por el portalón del otro lado.

Después de esto, Bizarro adelantó por entre los árboles, llevando del brazo a doña Esperanza, a cuyo otro brazo se asía la señorita de Montpersan.

Iban solos.

Todos los demás, incluso Malegarde y Pommeferre, habían seguido a Nemesio.

El camino había quedado completamente desierto.

CAPÍTULO VII

LO QUE HABLARON DOÑA ESPERANZA DE AUSTRIA Y BIZARRO

—¿Conque podemos contar con el señor marqués de Fuentes?—dijo doña Esperanza—, respondióne sin cuidado, que mi amiga la señorita de Montpersan no entiende ni una sola palabra de español.

—¿Y para qué la habéis traído entonces?

—Porque la amo, y no quiero desesperarme en una soledad horrible; pero vengamos á nuestro marqués, Bizarro.

—Podemos contar con él en cuerpo y en alma; como que la princesa le ha quitado su cargo de caballerizo mayor del príncipe de Asturias.

—¿Y es á propósito el marqués?

—El espíritu de la intriga, señora, y el olfato más fino que puede darse para averiguarlo todo: no os faltarán por él noticias.

—Luchamos con un enemigo formidable, y es necesario no incurrir en la menor imprudencia.

—Todas las personas de que yo os rodee, podéis estar segura de que les importará mucho perder á la princesa: dentro de poco voy á hacerlos con un buen conocimiento.

—¿Quién, Bizarro?

—El abate Alberoni.

—¡Ah! el embajador del duque de Parma; me han dicho que es un hombre de talento.

—Sí, un diplomático suave.

—Que se propone casar al rey con la hija de su señor, ¿no es esto? Ya lo había yo adivinado en Versalles.

—¡Ah! ¿se habla en Versalles de esta boda?

—No por cierto: de nada menos que eso en la apariencia; se murmura de la joven princesa de una manera desfavorable. ¡Ah! magnífico edificio—añadió doña Esperanza, descubriendo de repente, al salir de entre los árboles el palacio; por lo menos grande, á lo que se ve—: ¿y por qué están iluminadas esas habitaciones?

—Se os espera con una cena, señora.

—¡Ah! pues necesito que me prepareis, que yo sepa quiénes son mis comensales.

—Por lo mismo hemos dejado la avenida que conduce á la puerta principal del palacio, y hemos tomado esta veredita para entrar por un postigo, sobre el cual dan las habitaciones que se os han destinado: nada echareis en ellas de menos: hace tres días que la marquesa de Fuen-

tes, que es una mujer de mucho espíritu, estuvo aquí y lo preparó todo. Hemos llegado.

En efecto, estaban junto á un postigo, que Bizarro abrió con una llave que sacó de uno de sus bolsillos.

Al abrirse el postigo, se dejó ver una estrecha escalera alfombrada é iluminada.

Por ella subieron á un pequeño corredor.

Abrió Bizarro una puerta, y por algunas habitaciones pequeñas, pero bellas, y también iluminadas, llegaron á un gabinete adornado y ornamentado con gran gusto y riqueza.

—¡Ah! esto es muy bello—dijo en francés la señorita de Montpersan.

—Pues esta es vuestra habitación, señorita—dijo también en buen francés Bizarro.

En efecto, había en un ángulo del gabinete un precioso lecho blanco, con colgaduras blancas y azules, cogidos los pabellones con ramilletes de flores contrahechas.

—Gracias—dijo la señorita de Montpersan.

Y con una curiosidad de joven, se fué al tocador, examinó sus utensilios y se miró al espejo, arreglándose, con esa graciosa coquetería de las jóvenes francesas, su tocado.

Doña Esperanza y Bizarro se habían ido al balcón.

—¿Decís—preguntó Bizarro á doña Esperanza—, que en Versalles se habla mucho de Isabel Farnesio?

—Sí, se la describe como una princesa débil, mal educada, caprichosa.

—¿Y lo cree esto madame de Maintenon?

—Madame de Maitenon no se preocupa en estos momentos más que por dos cosas: por obligar á Luis XIV á que publique su casamiento con ella, y por la envidia que la causa lo que allí se dice de la princesa de los Ursinos.

—¿Y qué se dice, señora?

—Que es muy posible su casamiento con Felipe V.

—¡Bah, bahl pues se preocupan con tonterías en la corte de Versalles: el abate Alberoni es más sagaz que madame de Maintenon: he aquí explicado por qué tanto en la corte de Versalles como en la de Madrid, procura se crea que Isabel Farnesio es una de esas princesas que, casadas con un rey, sólo pueden servir para darle hijos. Alberoni es uno de esos intrigantes perfectos á quienes no se conoce sino después de que han dado un golpe decisivo.

—¿Pues qué? la princesa de Parma...

—La princesa de Parma es una maravilla en hermosura, en inteligencia, en educación, en corazón, en carácter.

— ¡Ah! y por qué me lo decís?—observó doña Esperanza—; ¿no veis que me obligáis á hacer traición al gran Luis XIV, á quien debo mucho?

—No os comprendo.

—En Versalles se cree lo que propalan agentes hábiles sin duda perfectamente pagados por el duque de Parma, esto es, que Isabel Farnesio es una princesa completamente neta: Luis XIV no prescinde de su influencia sobre España, y se alegraría mucho del casamiento de su nieto con una princesa completamente inofensiva. Ahora bien: á mí se me ha enviado para que vea de cerca lo que sucede, y para que conspire contra la princesa de los Ursinos, de la cual está disgustadísimo Luis XIV. Una de dos: ó rectifico la idea, según vos equivocada, que tiene en Versalles de la princesa de Parma, ó transmito los informes, sin duda exactos, que vos me habéis dado.

—Exactísimos, señora: conozco mucho á doña Isabel Farnesio, y no sé cómo se pueda tener de ella en París un concepto tan equivocado.

—Creedme, Bizarro: en París se habla del duque de Parma como de un principillo, del cual ni aun se tiene la seguridad de que existe, y se cree todo lo ridículo que se diga de él y de sus parientes.

—Pues esto ayuda en gran manera á Alberoni.

—¿Y creéis vos que si ponemos en inteligencia al rey con Isabel Farnesio se enamorará el rey de ella?

—De seguro: con hacerle ver su retrato, con que el rey la escriba, y doña Isabel Farnesio le conteste; pero esto no puede hacerlo el abate Alberoni: no hay medio, ¿cómo decir al rey un embajador, he aquí el retrato de la hija de mi soberano?

—Eso lo haré yo—dijo doña Esperanza—; pero para que yo lo haga es necesario que me ponga en contacto con el rey.

—¿Y á qué habéis de haber venido á Madrid, sino para tratar á Felipe V en medio del misterio? ¿Qué instrucciones os ha dado madama de Maintenon?

—Perder á la princesa.

—Pues la perderéis, señora, la perderéis, tomando por medio á la princesa de Parma.

—Veremos: ante todo necesito conocer á las personas de que he de valerme.

—A mí me conocéis ya.

—Sí, y tengo en vos una absoluta confianza; porque vos, como yo, tenéis un gran empeño en vengaros de la princesa de los Ursinos.

—Tenéis además aquí al abate Alberoni, interesado en casar á su señora con Felipe V; al abate Robinet, ciego servidor de Luis XIV, y al abate de Estrés, antiguo enemigo de la princesa. Si con estos elementos y con vuestro buen ingenio, y ayudada por mí, no echáis á tierra á la princesa de los Ursinos, no sé entonces qué es lo que puede arrancar el favor de Felipe V á la princesa.

—Lucharemos, Bizarro, lucharemos, y espero que lucharemos tan bien, que Dios nos dará el triunfo. ¿Y decís que está ahí el abate Alberoni?

—Sí, señora.

—¿Que hemos de cenar juntos?

—Sí, señora.

—¿Y quién más asistirá á la cena?

—Un señor Giovanni, y un señor Giuseppe, pajes del abate Alberoni.

—Habéis pronunciado de una manera tan extraña esos nombres...

—Porque el "signor" Giovanni, es la "signorina" Giovanna Casti, hija del conde de Ansoletto, dama de honor de la princesa de Parma, y el "signor" Giuseppe, es Giussepina, doncella de Giovanna Casti.

—¡Ah! pues esto es un asedio en regla; tenemos en nuestro terreno un ejército de Parma; y quién más nos acompañará en la mesa?

—Un hermoso y joven teniente de la Guardia Walona que se hizo castillos en el aire con la princesa de los Ursinos, y que al venirse á tierra su sueño, ha contraído unos rabiosos celos contra el abate de Estrés.

—Esto es un enredo, para el cual se necesita una cabeza muy firme; pero no importa, despacio: avisad al cardenal Alberoni de que ya estoy aquí, y de que me presentaré á él, acompañada de mi amiga la señorita Emma de Montpersan, que no sabe absolutamente una palabra de español: id, id, Bizarro y volved.

Bizarro salió.

—¿Qué tal os parece nuestra vivienda, Emma?—dijo doña Esperanza—, acercándose á su joven camarera.

—Me parece, señora, que no podemos echar de menos nuestras bellas habitaciones del convento.

—Pues aún hay más: no estamos aquí solas;

se nos recibe con suma galantería, se nos tiene preparada una cena.

—¿Y por quién, señora?

—Por el embajador del duque de Parma.

—¡Ah! ¡el embajador del duque de Parma!—dijo con un ligero acento de burla Emma.

—Os advierto que no os enamoréis de ninguno de esos dos pajes.

—¡Ah, señora!—exclamó ruborizándose Emma.

—Os prevengo que no os enamoréis de ellos, porque podáis desesperaros; son mujeres.

—¡Ah!—exclamó Emma.

—Sí; no penséis por esto mal del abate Alberoni; una de esas dos mujeres es una alta dama.

—¡Ah! una alta dama, que hace el papel de paje de un abate—dijo con una hechicera extrañeza Emma.

—Pero si no podéis enamoraros de los dos pajes del padre Alberoni, os podéis enamorar cuanto queráis de cierto joven y hermoso oficial de la guardia del rey, que asistirá también a la cena.

Emma no contestó.

Doña Esperanza empezaba ya a tender los hilos de su intriga.

Apareció Bizarro.

—Seguidme, señora—dijo—, y os llevaré hasta la habitación donde os esperan vuestros compañeros de cena.

Doña Esperanza asió de la mano a Emma, y siguió a Bizarro.

Atravesaron algunas habitaciones, iluminadas todas, y al fin llegaron junto a una mampara, delante de la cual se detuvo Bizarro.

—En esa cámara inmediata tenéis al abate Alberoni—dijo—: ¿qué me mandáis?

—Que hagáis de modo que yo pueda teneros cuando os necesite.

—Adiós, señora—dijo Bizarro.

Y se retiró.

Doña Esperanza abrió la mampara, entró seguida de Emma, y se encontró en una magnífica cámara, en la cual estaba brillantemente preparada una cena.

De pie, en expectativa, entre la puerta por donde había entrado doña Esperanza y Emma, y la mesa, estaba el abate Alberoni.

Junto a él, a la izquierda, Perea.

Algo detrás, Giovanna Casti y Giussepina, modestas, como convenia á dos pajes de un abate.

CAPITULO VIII

DE CÓMO DOÑA ESPERANZA HIZO UN INSTRUMENTO DEL ABATE ALBERONI

Pasó algo extraño por los ojos del abate Alberoni, á la vista de doña Esperanza.

Ya sabemos lo hermosa que era; y con decir que los años habían hecho más fuerte, más grave, más interesante su hermosura, hemos dicho que doña Esperanza era irresistible.

Sucedíole al abate algo que se parecía á un vértigo.

Porque al fin era hombre, y educado en las licenciosas costumbres italianas.

Doña Esperanza vió con satisfacción que dominaba al embajador de Parma.

—Monseñor—le dijo—Dios os guarde.

—No tanto, no tanto, señora mía—dijo sonriendo sutilmente Alberoni—; ni cardenal, ni arzobispo, ni siquiera obispo; por lo tanto, el monseñor no para en mí, pasa.

—Os nombro ahora por lo que seréis mañana.

—¡Ah, una profecía! nada tiene de extraño: una prelada de vírgenes del Señor bien puede estar ya sobre el camino de la santidad, á la que va unido el don de profecía.

—No tanto, señor abate; ni siquiera monja; una pobre pecadora, ni más ni menos.

—¡Ah! una pecadora que parece un ángel.

—Gracias, señor Alberoni—: mi dama de honor, la señorita Emma de Montpersan—añadió presentando á la joven.

—Pues tiene vuestra alteza una admirable dama de honor.

—Dispensadla si no os da las gracias—dijo doña Esperanza—, porque no comprende el castellano; en cuanto al tratamiento que me dais, me significa que tenéis una gran confianza en las personas que nos escuchan.

—¡Oh! una confianza ciega—dijo Alberoni—; todos aquí conspiramos.

—¡Ah! ¿st?

—Contra la princesa de los Ursinos: permitid que os presente mi amigo, el caballero don Pedro Perea, teniente de la Guardia Walona del rey.

—Y humilde servidor de vuestra alteza—dijo Perea, á quien se le habían agrandado los ojos de asombro.

—Dejémonos de tratamiento, que no es más que una galante exageración del señor abate;

no sé cómo puede convenir ese tratamiento á la abadesa de las Ursulinas de París.

—Cargo que hasta ahora —dijo Alberoni—, ha recaído siempre en una persona real que no ha sido monja; como que alguna de las preladas de las Ursulinas ha dejado de serlo para contraer un alto enlace: os presento mis pajes, señora, mejor dicho, mis secretarios, á pesar de su juventud, porque nunca se separan de mí, y conocen todos mis secretos; pero sentémonos: aquí vos, señora.

Y la colocó en la parte principal de la mesa.

—Yo frente á vos; vuestra dama á mi derecha; el señor teniente á la izquierda; y á vuestros costados mis pajes: me he permitido, gracias á la buena amistad que me une con el señor marques de Fuentes, dueño de este palacio, ofreceros una cena, que cuento con que aceptéis de buena voluntad.

—¡Oh, sí! —dijo doña Esperanza.

El abate tocó un timbre, y á seguida aparecieron, como por encanto, ocho criados que llevaban la gran librea de la casa de Fuentes.

La cena fué inmediatamente servida.

Mientras estuvieron presentes los criados, sólo se habló de Versalles, de la última embajada persa recibida por Luis XIV, cuyo personal había nacido en París sin haber salido jamás de él.

Se rieron mucho de la gravedad con que Luis XIV había recibido á estos farsantes, ensayados para distraerle por la Maintenon y los príncipes bastardos legitimados.

Se habló de las acusaciones de envenenamiento fulminadas contra el duque de Orleans, á causa de las muertes del Delfín y del duque de Berry, que no habían parecido tan naturales como hubiera sido justo.

Se sacaron á cuento todas las anécdotas en boga en las dos cortes, de Francia y de España.

Y por último, á las once de la noche, servidos los postres y los helados, se retiró la servidumbre.

El abate Alberoni se retiró á un gabinete con doña Esperanza.

En cuanto á Perea, se quedó aturdido entre dos mujeres que le impresionaban vivamente, no contando con Giusseppina, que también le impresionaba aunque de una manera menos viva.

—Y bien, señora—dijo Alberoni siguiendo á doña Esperanza hasta el hueco de un balcón: ¿podré contar con vuestra leal alianza?

—Sepamos para qué hemos de aliarnos, abate.

Alberoni miró profundamente á doña Esperanza.

—Yo vengo—dijo ésta—á restablecer mi salud.

—¡Ah! ¿y no traeis instrucciones á fin de aprovechar vuestra permanencia en la corte de Madrid?

—Sí, se me ha dicho que me entienda con vos, si buenamente nos conocíamos.

—¡Ah! ¿y nada más que eso?

—Nada más.

—Tengo entendido que sois muy amiga de madama de Maintenon.

—Y bien, ¿creéis que madama de Maintenon tenga algún interés en la corte de España?

—¡Ah, señoral madama Maintenon está obligada, aunque no sea más que por agradecimiento, á interesarse por la influencia del gran Luis XIV sobre España.

—¿Y desde cuando acá está amenazada la influencia del gran rey sobre su nieto?

Desde el momento en que se ha propuesto ser reina de España la princesa de los Ursinos.

—¡Ah! —dijo afectando una gran extrañeza doña Esperanza—: ¿creéis vos que la princesa de los Ursinos haya perdido el juicio hasta el punto de creer posible que Felipe V la eleve al trono?

—Yo creía que sabíais todo eso, señora—dijo haciénd se el candido Alberoni.

—¡Ah, pues no! os he hablado sinceramente cuando os he dicho que sólo he venido á España por motivos de salud.

—Sin embargo, nos encontramos juntos hablando de política.

—Casualidades, señor Alberoni.

El abate estaba vivamente contrariado: se encontraba con un enemigo digno, que no descubría el flanco, y que se defendía de tan habil manera, que le obligaba á guardar silencio ó á descubrirse antes de saber á qué atenerse.

Un diplomático que calla porque no se atreve á contestar, encerrado por su contrincante, es un diplomático casi vencido.

Por consecuencia, Alberoni no calló.

—Pues los aires que corren por la corte no son lo más á propósito para que recobre la salud un enfermo—dijo Alberoni, dulcificando lo cáustico de su observación con una sonrisa suave.

—Estoy acoslumbrada á ellos—dijo doña Esperanza—; además, que me pongo al abrigo de

esos dos aires, que supongo serán, según vuestra intención, la princesa de los Ursinos y Orri.

—Creo que á causa de la princesa, fuisteis á Versalles, señora.

—Eso no es muy exacto: fui por asuntos de Estado: la posición que podía dárseme en Versalles no se me podía dar en Madrid: una alta posición hubiera hecho pensar en la causa; y como sucede que en España se olvida al que se va, porque aquí nadie se acuerda más que del que estorba, fui á Versalles de acuerdo con mi primo el señor rey don Felipe.

—Es decir, que vuestra alteza confiesa...

—Dejemos la alteza; vengamos á la confesión. No hay tal: nada tengo que confesar. En Versalles todo el mundo sabe que yo soy hija natural del señor rey don Carlos II é infanta reconocida, aunque no presentada por intereses de familia: bajo el nombre de doña María de Ayala, que uso, se transparenta el de doña Esperanza de Austria. Mi nombre público no es más que un antifaz de gasa, una especie de "incógnito" que para nadie es un misterio. Esto se convino entre mi primo y yo; y no puedo quejarme de su majestad: me ha asignado una renta cuantiosa, con la cual sostengo perfectamente mi rango, y cartas puedo mostrar de mi augusto primo en que me trata con sumo afecto. A propósito, padre Alberoni: ¿queréis ser mi correo? El rey no sabe que yo he venido, y le debo una contestación: me convendría mucho que vos se la lleváseis.

Encogiéndose Alberoni como un hombre que recibe de repente una estocada á traición.

Doña Esperanza acababa de colocarle en una situación endiabladamente difícil. Creyó que le había engañado Barro, y que le había llevado allí para que le usase doña Esperanza. Pero estaba cogido; no tenía medio de negarse, y, lo que era peor, estaba á oscuras.

¿Enviaría aquella infanta tan hermosa, tan inteligente, tan sagaz, el liberal Luis XIV para dar en ella una esposa á su nieto? Porque fuese bastarda no podía deducirse que Luis XIV no hubiese pensado en su enlace con Felipe V. ¿Acaso Luis XIV no había legitimado sus bastardos, hijos de la Montespan y de la Maintenon, y los había llamado á la sucesión á la corona á falta de descendientes legítimos? ¿Se habría adivinado que él en la corte de España era un instrumento del duque de Parma para procurar el casamiento de Felipe con Isabel Farnesio, y se

le imposibilitaría haciéndole el intermediario de doña Esperanza y el rey don Felipe? ¿Qué diría su señor el duque de Parma si llegaba á saber que él andaba en aquellos oficios?

Sin embargo, contestó de una manera decidida:

—Yo tendré á grande honor, señora, llevar una carta vuestra al rey.

—Espero que seréis un correo tan discreto que nadie podrá sospechar que lo sois.

—¡Oh! por de contado, por mi interés propio, señora. ¿Qué sería de mí si la princesa de los Ursinos se apercibiese de que yo aproximaba al rey y á vuestra alteza? No tardaría en ser despedido, y esto no es conveniente.

—¿Cómo entonces se había de efectuar el casamiento de doña Isabel Farnesio con el rey don Felipe V?

A Alberoni se le despegó la carne de los huesos. Creyó que doña Esperanza quería tranquilizarle para engañarle mejor y servirse mejor de él.

—¡Cómo! ¿creéis—dijo—que yo no tengo otro objeto en la corte de España que procurar el casamiento de la princesa Isabel Farnesio con el rey?

—Leo en vos, padre Alberoni—dijo doña Esperanza—, como en un libro abierto: sé que en este momento desconfiáis de mí: tranquilizaos; yo no quiero casarme con mi primo, ¿lo entendéis? sé que esto es imposible; pero no quiero tampoco que se case con la princesa de los Ursinos, que se cree casi segura de ser reina. Esto desdoraría á un trono, del cual, aunque bastarda, provengo, y por cuyo esplendor me intereso. Estoy muy contenta con mi prelacla de las Ursulinas, padre Alberoni; y como he llegado á los cuarenta años sin haberme interesado por ningún hombre y sin que la ambición haya hecho mella en mí, estoy acostumbrada á la tranquilidad, al quietismo: nada echo de menos, os lo aseguro, y me sería muy violento cambiar de hábitos. Desengañaos: yo vengo aquí á casar á vuestra señora con el rey mi primo, ¿lo entendéis? y la casaré. Afortunadamente, en Versalles se cree que Isabel Farnesio es una joven inepta, con la cual no se corre el peligro de que impida con su influencia la influencia de la corte de Francia sobre la de España. Luis XIV se ha encariñado con la idea de hacer de España una provincia francesa, y no la abandonará tan fácilmente. Felipe V es un joven muy impresionable,

de alma ardorosa y sensual, y sería expuesto unirle con una princesa hermosísima, si esta princesa tenía dotes y energía bastantes para influir en los asuntos de Estado. El rey se ve obligado a casarse porque sus reinos se lo exigen, y es una cuestión ardua para el rey de Francia el encontrarle una esposa que convenga á su política. Como en Versalles se tiene en poco como inteligencia y como carácter á Isabel Farnesio, en ella se han fijado las miradas del gran rey.

—Y en efecto, señora—dijo Alberoni—; sin ser inepta mi señora, es de carácter dulce, sencillo, muy poco á propósito para las intrigas diplomáticas, para los negocios de Estado, para las grandes amarguras de la corona.

—Pues ved ahí—dijo doña Esperanza—: yo estaba gravemente equivocada; yo creía á doña Isabel Farnesio una mujer superior.

—Indudablemente, señora, indudablemente es muy hermosa y muy instruída: conoce el latín, el griego, la filosofía; pero ya comprenderéis que esto sirve de muy poco para influir en la gobernación del Estado. Si mi señora se casa con el señor rey don Felipe V, no pasará de ser una muy buena esposa, y una muy buena madre, que educará muy bien á sus hijos.

Y á su marido—dijo doña Esperanza—; y de tal manera, que podrá sucederle pese al señor rey de Francia haber procurado sin saberlo tan buen maestro á su nieto. Demos por concluido este asunto y vengamos á otro: ¿por qué traéis con vos como pajes vuestros una alta dama de vuestra corte y su doncella?

Alberoni abrió enormemente los ojos y la boca cogido otra vez por sorpresa. Creía que nadie había adivinado el sexo de Giovanna Casti.

—¿Qué... decid... señora? Que mis pajes...

—Sí—dijo riendo doña Esperanza—: son dos mujeres. ¡Oh! no me lo neguéis, lo he conocido: ¿en qué?—me diréis—; en la manera que tenía de mirar la que parece más dama de las dos, á ese joven oficial que ha cenado con nosotros: estaba celosa, irritada: el oficial miraba demasiado á la señorita Emma de Montpersan, mi dama de honor: ya se ve, vos no habéis reparado en esto, porque os ocupábais demasiado en mirar á la señorita Emma, que no miraba á nadie más que al plato, porque yo, que soy muy severa, la he educado muy bien.

—¡Ah! os habéis equivocado, señora.

—¿Acerca de qué—dijo riendo doña Esperanza—, de vuestra afición, muy natural por otra

parte, por Emma, ó por el sexo de vuestros pajes, ó por los amores serios que ya existen entre el paje que yo tenía á mi derecha y el joven oficial?

—No sé, no sé qué responderos: confieso que sois un enemigo muy fuerte para mí.

—¡Ah! Dios me libre de ser vuestra enemiga, padre Alberoni; no hay motivo ni creo que lo habrá nunca. Al contrario, espero que seamos muy buenos amigos.

—¡Oh! ¿y quién lo duda, señora? ¿cómo no apresurarse á aceptar el precioso don de vuestra amistad?

—Pues bien—dijo doña Esperanza—: me siento cansada; voy á recogerme.

Alberoni respiró: se le daba un plazo; plazo que él podía prolongar hasta lo infinito, escurriéndose por decirlo así. Pero su alegría fué momentánea.

—Voy á escribir en dos minutos—dijo doña Esperanza—, esa carta que mañana espero me hagáis el favor de entregar reservadamente á su majestad, sin que nadie lo note.

El abate Alberoni se desplomó de nuevo. Por entonces no podía escurrirse.

Doña Esperanza tiró del cordón de una campanilla, y llamó.

Se la presentó inmediatamente un criado.

—Traedme recado de escribir—le dijo.

El criado se fué.

—Me será muy sensible—dijo Alberoni, probando el último recurso—, no poder hablar mañana con su majestad en circunstancias á propósito para entregarle reservadamente vuestra carta. Podrías suponer...

—¡Ah! no, no supondré nada—dijo doña Esperanza—; tenéis bastante ingenio, padre Alberoni para obtener con cualquier pretexto una audiencia particular del rey.

—¿Y tenéis la seguridad de que no asistirá oculta á esa audiencia la princesa de los Ursinos?

—Llamad la atención de la princesa por otra parte, de modo que no pueda estar oculta tras una cortina de la cámara del rey.

—Esto es muy difícil.

—¡Ah! no! vuestro buen ingenio... ya veréis. Pero acaban de traerme el recado de escribir: dispensadme un momento.

Doña Esperanza se acercó á una mesa, donde un criado había dejado un pequeño secreter portátil, tomó papel, escribió rápidamente algunas

líneas, cerró la carta, y sin ponerla sobre, se levantó, y la dió á Alberoni.

—Espero mañana contestación, amigo mío—le dijo—; estoy muy fatigada: adiós. Suplicad á vuestros pajes y á ese joven oficial me dispensen si no me despiden de ellos. Buenas noches.

—Buenas noches, señora—dijo Alberoni inclinándose.

Y salió desesperado.

Poco después, la señorita Emma de Montpersan, que se había quedado sola, entró en la cámara donde estaba doña Esperanza.

CAPITULO IX

DE CÓMO NO HABÍA QUE FIAR EN LAS APARIENCIAS DE SACRISTANES DE POMMEFERRE Y MALEGARDE.

Apenas se había recogido Emma de Montpersan, doña Esperanza llamó.

Se presentó un criado que parecía de los de escalera arriba.

—¿Cómo os llamáis?—le dijo doña Esperanza?

—Me llamo, señora, para servir á vuestreza, Ginés del Saúco.

—Sois, á lo que me parece, el jefe de la servidumbre que hay en esta quinta.

—Sí, señora.

—¿Y que puesto ocupais en la servidumbre del señor marqués de Fuentes?

—Soy su primer mayordomo, señora; jefe de toda su servidumbre.

—¡Ah! bien: ¿y qué os ha dicho el señor marqués cuando os ha enviado aquí?

Me ha dicho que vuestreza llegaría esta noche; que vuestreza era, aunque no traía hábitos, abadesa de las Ursulinas de París; que venía á Madrid, de donde era natural, á recobrar su salud, y que quería que nadie supiese su residencia aquí.

—Lo que significa, cuando el señor marqués os ha dado este encargo, que confía completamente en vos.

—Y bien puede confiar, señora; porque desde que nació le estoy sirviendo, y le he servido siempre bien, y en situaciones muy graves.

—¿Cuántos criados habéis traído?

—Diez, y cuatro criadas.

—Mucha gente es esta para guardarse el secreto de mi estancia aquí.

—¡Ah! descuidad, señora; hay aquí dos viejos criados que no tienen, mientras vuestreza esté en la quinta, otra obligación que la de no dejar salir á nadie de los de la servidumbre interior; deben relevarse, y nadie saldrá. Así es, que no pudiendo hablar los criados con nadie de afuera, el secreto está perfectamente guardado.

—Pero y bien: alguno saldrá por las viandas.

—Cada día alternará uno de esos dos criados é irá á caballo al mercado de Madrid para traer lo fresco, lo que no se puede tener en la despensa.

—Repararán en la ida y en la venida de esos criados.

—Descuide vuestreza; todo está dispuesto de manera que nadie podrá sospechar nada.

—Bien, muy bien—dijo doña Esperanza—; decid á los criados que han venido conmigo, que se llaman Pommeferre y Malegarde, que vengan.

Ginés del Saúco salió.

Poco después entró Malegarde todo humilde, con los ojos bajos, y completamente vestido de negro.

Le condujo hasta la puerta Ginés del Saúco. Luego se fué.

En cuanto se quedaron solos doña Esperanza y Malegarde, éste se irguió, arrojó de sí su humildad, como quien arroja una careta, pero no el respeto.

Se había transformado, ó por mejor decir, había vuelto á ser en la apariencia el antiguo mosquetero negro de Luis XIV.

—¿Por qué no viene contigo Pommeferre?—le dijo doña Esperanza.

—Porque no está en la casa, señora.

—¿Cómo que no está en la casa? ¿Tendremos ya locuras? ¿Cuándo os habéis de corregir!

—No hay que culpar á Pommeferre, señora; ha tenido un mal encuentro.

—¿Cómo! ¿un mal encuentro aquí?

—Sí, señora; parece que el diablo lo ha hecho: estábamos en el zaguán ocupados con el equipaje, cuando Pommeferre sintió que le tocaban en un hombro; se volvió, y se encontró con un joven oficial de uniforme encarnado.

—¡Ah, sí! con un teniente de la Guardia Walona.

—

que no se sabe cómo ha llegado á convertirse en un caballero oficial.

—¿Por qué llamas Periquillo Perea á un bravo teniente de la guardia real?

—¡Ah, señ! ese teniente era hace diez años el paje más truhan que vuestra alteza puede figurarse.

—Mira; ni á solas me des aquí tratamiento, no sea que te distraigas y me lo emboques delante de gente.

—¡Ah! ni Pommeferre ni yo nos distraemos nunca, señora—dijo Malegarde—; descuide vuestra alteza.

—Bien: continuemos los antecedentes de ese oficial.

—Es asturiano, y de buena familia; le traje muy niño para que le sirviese de paje la vieja princesa de Tilly; el muchacho aprendió de los otros pajes cuantas picardías hay que aprender, á las que añadió las suyas propias, es un pillo que se pierde de vista: cuando cumplió los diez y siete años, su señora le hizo su correo y algo más.

—¿Y qué algo más?

—Su amante.

—¡Ah!

—Sí, sí, señora; y por ahí debe sin duda por donde ha medrado Perico Perea; porque, en fin, ser teniente de la Guardia Walona á los veintiocho años, no es poco. Cuarenta años tenemos Pommeferre y yo, hemos hecho hazañas, y no hemos pasado de mosqueteros primero, y después de criados.

—Pero de seguro tenéis más dinero que don Pedro Perea; además que ser criado mío, como vosotros lo sois, es ocupar una posición algo más alta que la de ese joven. Vosotros no sois, propiamente dicho, criados.

—Es verdad, señora, debemos mucho á vuestra alteza; pero también es verdad que vuestra alteza dispone de nuestra vida y de nuestra alma.

—Cierto; estoy muy contenta de vosotros. Cabalmente os llamaba para que vigiláseis á ese teniente de guardias.

—Pues Malegarde se ha adelantado: ha comprendido que era necesario saber en qué pasos andaba, y lo que podía fiarse en ese señor; porque ha de saber vuestra alteza, que entre Pommeferre y Perico Perea hay una historia.

—¿Por mujeres?

—Cabalmente: el Perico engañaba á la prin-

cesa de Tilly, queriendo á una doncella de la señora condesa de Yebra, y además de esto, andaba enamorado de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¡Ah! pues alientos tenía el tal paje. ¡Enamorarse de una mujer tan altiva, y tan hermosa como la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves!... ¿Y daba ella ocasión á estas pretensiones del paje?

—Ni las conocía siquiera. Fué el caso, que Pommeferre tuvo necesidad de hacer llegar una carta del entonces nuestro amo el pobre monsieur de la Chauviere, y se valió para ello de Petra Pic; se enteró Perico Perea, y maltrató á la muchacha. Pommeferre, que es todo un gentil-hombre, se llevó consigo al paje á orillas del río, y le dió una estocada, por la cual estuvo si se va, si se viene al otro mundo el señor Perico Perea. Después, cuando aún no había sanado nos fuimos nosotros á Francia, donde á poco entramos al servicio de vuestra alteza. Ya no se acordaba Pommeferre del tal Perico Perea, cuando esta noche se le encontró junto á sí.

—Y bien, ¿qué?

—¡Hola, buen mozo!—le dijo Perico—: el tiempo es más largo que la fortuna; y los que creían no volverse á ver, se encuentran.—Pommeferre le miró á lo humilde, le dijo que las cosas habían cambiado, que él había cambiado también, y que lo mejor era no acordarse de cosas pasadas. No sé, en fin, lo que hablaron en voz baja, que Pommeferre se acercó á mí, y me dijo al oído:—¡No porta que yo me vaya con este tuno; si la señora pregunta por mí, la pones en antecedentes: todo lo que puede ser es que me lo deje yo tendido al lado del camino con una estocada algo mejor que la otra.

—Una complicación—dijo con disgusto doña Esperanza—: es necesario evitarlo; no pueden estar lejos: ve, Malegarde, ve; monta á caballo y alcanzalos; que no suceda nada; me interesa que ese joven viva; pero necesito también tener noticias completas de él.

—Descuide vuestra alteza; aún no deben haber llegado á Madrid, porque iban detrás de la carroza en que iban el abate y los dos pajes.

—Ve, Malegarde, ve, y no pierdas tiempo.

Malegarde salió de la cámara de doña Esperanza, se fué al aposento que le habían destinado en el piso bajo, se puso unas botas con espuelas, un talabarde con espada, y un par de

pistolas, todo lo cual sacó de una larga maleta, se fue a la cuadra, y dijo en voz alta:

—¡Ehl Cespedillos, hijo, ven acá; echa la silla al Volante, y pronto. ¡A ver, uno de la casa, que me lleve al portalón de la cerca, por donde hemos entrado!

—No podemos salir—dijo uno de los criados—, sin licencia del señor Corchada, que está a la puerta.

—¡Ah! pues bien: echa fuere el caballo, Cespedillos.

—Un poquito de paciencia, señor Malegarde—dijo el palatrenero—; que ando buscando la silla y el treno de Volante.

—Siempre habeis de ser torpes y ruines. A ver si meo yo mano a la de Toledo, y te avivo.

—¡Cualquiera conoce al señor Malegarde cuando va por el claustro de las Ursulinas con el rosario en la mano rezando el *ora pro nobis*! murmuró el palatrenero, quitando de una escarpia una enorme silla francesa de baqueta, y poniéndola sobre un magnífico caballo tordo de grande alzada: le apretó la cincha, le puso el freno y le sacó al patio.

Malegarde le tomó de la brida y llegó al zaguán.

En él, un hombre grueso, alto, cano, con cara de pocos amigos, se le cruzó y le dijo:

—¿Adónde se va?

—Señor mío—dijo humildemente Malegarde—, yo siento molestaros, pero mi señora me manda que vaya a Madrid, y es necesario obedecer; y ya veis, con una noche oscura... y que dicen que los alrededores de Madrid están malos... yo me he colgado una espada y un par de pistolas... pero pa a qué, señor, para qué, si yo soy un hombre de paz y esto no me sirve más que de estorbo?... para que me lo quiten y me peguen con ello, si me salen al camino; pero es necesario obedecer. ¡Valgame Dios!

—Pobre hombre—dijo el portero—. os tengo lástima; porque en verdad, a causa de la guerra, han quedado por esos mundos de Dios muchos pícaros sueltos que necesitan buscarse la vida: vaya id con Dios, y que no os pase nada; tomad por la izquierda, volved la esquina de la casa y seguid un caminito; llegareis al portalón de la cerca, junto a él hay una casilla, y en la casilla un guarda que os abra: id con Dios.

Malegarde salió.

Había engañado completamente al portero, que le había creído un pobre hombre.

—Malegarde llegó al portón, y le hizo abrir por el guarda.

Aquella era una segunda zona a la cual no llegaba la prohibición.

La dificultad de la salida estaba únicamente en la portería de la casa.

Malegarde montó a caballo, dió un rodeo, salió a la carretera, y adelantó por ella a rienda suelta hacia Madrid.

Solo encontró la carroza en que iban el abate Alberoni, Gianna Cisti y su doncella Giussepina, escoltada por cuatro criados.

En cuanto a Pommeferre y Perico Perea, no parecían.

—Capaz habrá sido ese demonio de Pommeferre de tirarse a un lado del camino con el guardia walona y despacharle; en fin, veamos; volvámonos: silbaré de trecho en trecho, y si no me contesta Pommeferre, me volveré a la quinta, y ya resultará lo que haya sucedido.

Malegarde, que no había llegado hasta la carroza, revolió su caballo y empezó a desandar lo andado.

Cuando calculó que la carroza debía haber entrado en Madrid por la puerta de Alcalá, se metió dos dedos en la boca y silbó de una manera terrible. Al primer silbido nadie contestó.

Malegarde volvió a silbar.

Instantáneamente en la dirección de Madrid, contestó otro silbido semejante al suyo.

Malegarde revolió su caballo y se lanzó al galope.

—Cuando pase por delante de él, le servirá de señal la carrera del caballo y me llamará: veremos lo que ese maldito ha hecho.

A poco que corrió Malegarde, salió de entre unos árboles del camino de la derecha una voz robusta que le dijo:

—¡Ehl! Malegarde! ¡Aquí!

Malegarde torció su caballo hacia el sitio donde había sonado la voz de Pommeferre.

—¿Estás solo?—le dijo.

—No por cierto: aquí está nuestro antiguo amigo el señor Pedro Perea.

—¿Qué me place que esté ahí y que seais amigos!—dijo Malegarde, desmontando y entrando con su caballo entre los árboles.

—Cuando han pasado diez años sobse una cosa—dijo Perea—por grande que haya sido la cosa se ha reducido a muy poco: el señor Pommeferre, vos y yo, nos necesitamos, y me alegro de que hayais venido.

—Pues me envía con mucho cuidado la señora—dijo Malegarde.

—¿Con cuidado por mí?—contestó el presuntuoso Perea.

—¡Bahl no soñéis—dijo, comprendiendo su intención Pommeferre—: personas que por todos conceptos valían mucho más que vos, no han conseguido que mi señora se cuide de ellos: á más de eso, que mi señora si no es monja, tanto da, porque es superiora de un convento de monjas, del cual nosotros somos demandaderos, criados, para que lo entendáis mejor.

—Pues lo mismo tenéis vosotros trazas de demandaderos de monjas, que vuestra señora de abadesa.

—Qué queréis, no todo es lo que parece; ¿quién ha de conocer en nosotros á los antiguos mosqueteros del rey de Francia, ni en vos al antiguo paje de la princesa de Tilly? ¿Y qué ha sido de aquella buena señora, amigo Perea?

—Se casó aburrida: aquella señora no podía vivir sola, y como á mí me dejasteis medio muerto, señor Pommeferre, tuvo que agarrarse á lo que le salió: á un pobre diablo de general que se creyó muy honrado con llamarse príncipe de Tilly: yo cuando lo supe me alegré, porque aquella señora, sobre ser vieja y fea, era muy ruin: á mí me habían preso, me tenían puesto por guardia á un soldadote que no me hubiera dejado escapar; pero cuando el rey se vió obligado á salir de Madrid, el capitán monsieur Hércules de Longchamps, á quien habían dejado guardándome, y del cual no hubiera podido escaparme, se fué siguiendo al rey y me dejó libre, pero todavía mal herido: los guarda-bosques siguieron cuidando de mí por caridad, y cuando me encontré fuerte, me fuí también á buscar la corte, me acogí á la princesa de Tilly; habían cambiado las circunstancias, y ya no se acordaban de mí, y por la influencia del príncipe de Tilly, esto es, por la influencia de su mujer, entré de alférez en el bravo regimiento de granaderos de á caballo, en el cual he hecho toda la campaña de Cataluña.

—¿Y no habéis ascendido más que á teniente? Pues habéis tenido mala suerte—dijo Pommeferre—; porque por valor no habrá quedado, que bien sé yo por experiencia propia lo bravo que sois: si me descuido, cuando nuestro lance de antaño, yo soy quien me quedo en el sitio, no vos, señor Perea.

—No hablemos de aquello—dijo el teniente;

—porque el recuerdo no os honra, señor Pommeferre; aquello fué un asesinato: me hicisteis una gatada, porque érais un pícaro más viejo que yo y sabíais más; en fin, concluyamos: aquí estamos de una manera incómoda: ¿queréis que nos metamos en Madrid, amigos?

—¿Y por dónde, si las puertas están cerradas?

—Cerradas ó no, por la de Alcalá debe haber entrado el coche del abate Alberoni.

—Entendámonos—dijo Perea—: el abate Alberoni tiene dinero, y el dinero es una llave que viene bien á todas las puertas; pero yo no tengo más que lo necesario para que podamos bebernos algunas botellas en una hostería de Madrid mientras hablamos cómodamente.

—Yo tengo aquí algunos ducados—dijo Pommeferre.

—Y yo otros cuantos.

—Pues á caballo, señores—dijo Malegarde;—que lo de hostería me suena bien: como que desde Alcalá no hemos comido, y el estómago vacío nos pone la voz sonora como si saliera de una caverna: en cuanto yo oigo hablar á un hombre, sé si ha comido ó no, por esta circunstancia.

Y Malegarde montó á caballo.

Los otros montaron también, y se dirigieron á buen paso á la puerta de Alcalá.

Pero cuando llegaron y pidieron que les abriesen, se negaron redondamente.

—¿Y por qué no abris—dijo de muy mal humor Perea.

—Porque á estas horas no se abre.

—¿Y entonces por qué habéis abierto á un coche que acaba de entrar?

—Porque en él venía un señor sacerdote con sus pajes y sus criados, que volvía de auxiliar á un moribundo.

—¡Por vida del moribundo de mi abuelal...—dijo Pommeferre, que entonces no tenía que echarla de sacristán—¿cuántos ducados queréis por abrirnos la puerta?

—Si volvéis á decir eso, abre; pero es para prenderos por el delito de soborno á los empleados de la real Hacienda: y váyanse, ó asomo la carabina por la reja, y al que le coja le coge.

—Vámonos—dijo Malegarde—; este tuno está ya contento con lo que ha ganado esta noche.

—¿Y por dónde entramos?

—¿Tenéis buenos caballos?—dijo Perea.

—¡Vaya! magníficos—contestó Pommeferre.

—¿Y saltan bien?

—Como cigarrones—dijo Malegarde.

—Pues entonces no tenemos que gastar ni un maravedí, porque vamos á entrar en Madrid por el aire.

—Las tapias son altas—dijo Malegarde.

—No importa—respondió Perea—; por Recoletos hay un portillo bastante bajo que han abierto los contrabandistas.

—Pues vamos allá.

Tomaron por la izquierda al trote, y á los doscientos pasos, Perea dijo:

—Ea, señores, buenas noches; yo estoy ya dentro.

Y saltó.

—¡Diablo!—dijo Malegarde—¿sabes que ese tunante merecía una paliza? No estaba muy seguro de que le trataríamos bien, y se nos ha escapado cogiéndonos desprevenidos: está oscuro y no nos ha dicho dónde está el portillo: ¿no has oído la carrera del caballo por la calle, apenas ha saltado?

—Pues bien, saltemos también nosotros: echa pie á tierra y reconoce la tapia.

Malegarde echó pie á tierra y se acercó á la tapia.

—Aquí hay una mella, y buena—dijo—: no hay vara y media de altura: acércate y toma el tino.

—¡Bahl—dijo Pommeferre acercándose—; nuestros caballos se van al otro lado como pájaros.

Y tomó distancia, y aguzando la vista para medir la distancia y la altura de la tapia entre la sombra, saltó. Tras él saltó Malegarde.

Se encontraron en una calleja obscurísima.

Siguieron por ella, y salieron á Recoletos.

—Este es ya terreno franco—dijo Pommeferre—: ¿y adónde vamos que nos abran á estas horas? Yo necesito una hostería donde nos traten bien: aunque mejor sería irnos á casa de la tía Pantorrillas, que si no se ha muerto debe vivir en su mismo agujero del infierno, y ella nos dirá por donde anda la Petra Pica.

—¿Todavía te acuerdas de ella, hombre?

—Sí, ¿qué he de hacer? de ella me olvidé porque su alteza me engañó: cada vez que pienso que la señora me ha hablado de casarse conmigo... ya se ve, como que yo la creía una beata... ¡Ah! monsieur de la Chaumière estuvo á punto de matarme cuando lo supo: le había vuelto loco la señora. ¡Qué aventuras, Malegarde, qué aventuras!... ¡quién se había de figurar!... ¡qué cosas pasan en el mundo!

Adelantaban entonces por la calle de Alcalá.

—Oye, ¿y dónde vivía la tía Pantorrillas?—dijo Malegarde.

—En la calle sin salida de la Concepción Jerónima; en una colmena de zánganos y de zánganas que hay á lo último, y de donde las ma de las noches saca la justicia una reata de pícaros.

—¿Y vamos á ir allí con los caballos?

—No; los dejaremos ahí, en la calle de Peligros, en la posada de Manzanas, que ahí abren á todo el mundo y á todas horas.

—Oye, ¿y estarán ahí seguros los caballos?

—En recomendándoselos al mozo y dándole una propina, no hay cuidado.

Llegaron, llamaron, entraron, dejaron los caballos, volvieron á salir, y quitadas las espuelas para no llamar demasiado la atención, si encontraban alguna ronda, tomaron hacia la calle de la Cruz.

CAPITULO X

EN QUE APARECE EL BACHILLER MARCOS CALDERÓN

Al llegar á la calle de la Gorguera, los detuvieron unos alaridos de mujer, á quien pegaba un hombre.

La mujer decía:

—¿No hay una alma caritativa que me defienda de este pícaro que me está matando?

Aquella mujer tenía la voz, á pesar de lo descompuesta, joven, pura, argentina.

—Pues nos cayó aventura—dijo Malegarde, tomando hacia el sitio donde resonaba la voz.

—¿Y qué se dirá de los demandaderos de las madres Ursulinas?—dijo Pommeferre con la voz gangosa, pero tirando también hacia el sitio donde resonaba la voz dolorida.

En medio de la calle apercibieron dos bultos.

—Grita, sí, grita—decía una voz vinosa y de hombre ya entrado en años—: cuando vengan sabrán que eres mi mujer, y que te he encontrado con un bribón de la guardia Walona.

—Malegarde, que estaba ya cerca de aquel hombre, tomó espacio y le sacudió un cintarazo de revés que le hizo dar un salto.

—¡Oh dioses inmortales!—exclamó el zurrado—; ¿qué es esto que á mí me sucede? ¿quién me pega? ¿por qué soy pegado?

—¡Ah, domine, domine!—exclamó Pommeferre.

re, reconociendo por la voz al bachiller Marcos Calderón: ¡a qué hora y cómo os encuentrol

Yo conozco esta voz—dijo Marcos Calderón—sí, sí por cierto; sois el honrado señor Antolín Pommeferre; yo tengo muy buena memoria; pero vos no sois el que me habéis pegado, os tengo por delante, y he recibido el zurriagazo por detrás.

—¡Ojalá te hubieran rajado de alto á bajo, mal hombre!—dijo llorando la joven.

—Tenéis á vuestras espaldas, amigo bachiller, á mi compañero Malegarde.

—¡Ah! ¡el señor Malegarde es el que me ha sacudido? Pues dígoos que tenéis la mano de plomo: donde la dejáis caer, descoyuntáis.

—¡Pues no que tú, intame—dijo la joven—que me has puesto como un Santo Cristo, inocente de míl...

—De manteca hubiera yo tenido la mano para vos si hubiera sabido quiéneis—dijo Malegarde—; pero ya se ve, como sacudáis en silencio á vuestra... lo que sea.

—Mi mujer: yo no puedo tener tratos sino lícitamente con ninguna mujer.

—Pero mejor sería que no os tratárais tanto con el vino—dijo Pommeferre—; estáis que no podéis lamerlos.

—Las desgracias se pasan á tragos—dijo Marcos Calderón—; y como yo soy muy desgraciado, siempre estoy tragando: sobre todo, que el vino que he bebido yo, no ha sido comprado por mí; comprado fué por un mal nacido amante de mi mujer.

—¿Y habéis llegado al extremo de dejar que os conviden los amantes de vuestra mujer?—dijo Malegarde—: vamos, habéis perdido la vergüenza, y no merecéis otra cosa que una paliza.

—Pega, pero escucha—dijo Marcos Calderón—: no me han convidado; me he convidado yo sin saberlo.

—Era un primo mío, hijo de la hermana de mi madre que acababa de llegar de Cataluña; un buen soldado de la Guardia Walona, y no había de ir á parar á un posada teniendo en Madrid una prima hermana.

—No la crean vuestas mercedes—dijo Marcos Calderón—; que si aquí hay algún primo, el emprimado soy yo, y déjenme castigar á esta mala mujer, que bien lo merece.

—¡No por Dios!—dijo asustada la joven, viendo que eran antiguos conocidos Marcos Calderón y los recién llegados—: ¡miren que este

hombre está furioso, y luego con lo que ha bebido se le ha metido el diablo en el cuerpo, y me va á matar.

—Vámonos, vámonos para vuestra casa—dijo Pommeferre.

—Vivimos ahí cerca, en el callejón del Gato—dijo la mujer de Marcos Calderón.

—Pero ahí está el monstruo durmiendo—dijo Marcos Calderón—, y yo no le quiero ver.

—¡Cómol ghaléis dejado tranquilamente durmiendo en vuestra casa al amante de vuestra mujer?—dijo riendo Malegarde.

—Tanto había bebido—dijo el bachiller—, que cuando llegue yo roncaba.

—Cansado, se había acostado el pobre después de cenar—dijo la mujer—, y cuando éste llegó, estaba yo quitando tranquilamente la mesa.

—Vaya, bueno—dijo Pommeferre—; vamos para allá, que todo se pondrá en claro; y no hay que decir que no, maestro, porque si os resistís, Malegarde y yo os llevaremos en peso.

—Esta es una violencia que se me hace; pero en fin, vamos, que yendo con vuestas mercedes no tengo que tener cuidado de que ese monstruo despierte y me asesie.

—¡Sí, si eres tú muy valiente con las mujeres, con las niñas! porque yo no tengo más que diez y siete años, buenos caballeros y hace cinco que conocí á este hombre, y cuatro que me casé con él.

—Vamos andando—dijo Pommeferre—, que ya se hablará todo, si es que no nos quedamos mudos de un air: y enquanto al señor primo el de la Guardia Walona, nos hemos de hacer una escarapela para el sombrero con sus orejas mi compañero y yo.

—¡A míl... ¡a ver como no le hacen picadillo para empanada!—dijo la muchacha—: ¡pues á fe que no me ha traído mal disgusto y malos golpes el tal primo!... y todo por ser yo buena parienta.

—Esta es mi casa—dijo el bachiller, deteniéndose junto á una puerta estrecha y baja, encaramada sobre dos altos escalones á la entrada y á la derecha del callejón del Gato.

Y sacó una llave del bolsillo, y abrió la puerta.

—Que vaya uno delante de mí—dijo Marcos Calderón—, y si no entro.

—¿Pero cómo hemos de ir ninguno de los

dos delante, si no sabemos el camino?—dijo Pommeferre.

—Iré yo—dijo toda llorosa la mujer de Marcos Calderón.

Y echó delante.

A oscuras y por el ruido de las pisadas, la siguieron Pommeferre, Malegarde, y detras de éstos Marcos Calderón, que iba resollando fuerte, como un marido injuriado que aún no ha desfogado su colera.

Por un poco menos de oscuridad y por un mucho más de aire, Malegarde y Pommeferre conocieron que atravesaban un estrecho patio.

Al fin la joven se detuvo y dijo:

—Ven acá y abre la puerta, que yo no tengo la llave.

—Tomala y abre tú—dijo Marcos Calderón, que no se atrevía ni aun a abrir la puerta, no fuera que le hiciese una caricia el primo de su mujer.

Esta abrió.

Apareció una sala cuadrada, en que ardía en un candelero de hoja de lata una vela de sebo, sobre una mesa en que había restos de una pobre cena, y dos botellas vacías.

En un ángulo había un gran lecho pobre y humilde, y un si es no es incómodo, sobre el cual roncaba estrepitosamente un hombre que tenía el uniforme encarnado de Guardias Walonas.

—¡Y aún no ha despertado!—dijo con una especie de admiración colérica el bachiller.

—¿Y que na de despertar, si el pobre viene rendido del viaje?—dijo la esposa del bachiller.

Pommeferre la miraba atentamente.

Era una muchacha como de diez y siete á diez y ocho años, fresca, rolliza, de formas protuberantes, bastante agraciada, y muy pobremente vestida,

En cuanto a Marcos Calderón, estaba también en un estado miserable; mucho peor que cuando le conocimos.

Toda su vivienda se reducía á aquella estancia, que apenas tenía cinco varas en cuadro.

En un ángulo, había sobre un pie de madera un barreño que servía de cocina; sobre él, en la pared, una tabla pendiente de dos cordeles, en que había algunos pucheros y algunos platos; por último, una mediana mesa que es la que estaba en el centro con los restos de la cena, tres sillas, un arca vieja, y la cama que ya hemos indicado, extensa como para dos personas y delgada hasta

el punto de meter miedo, componían todo el mobiliario.

Pommeferre se acercó al guardia walona, le cogió de una oreja, y le dijo:

—¡Eh, amigo, levantaos, que no es decente estar tendido delante de personas hidalgas!

El soldado se volvió, clavando sus espuelas en el jergón, dió un resoplido, y continuó durmiendo boca arriba.

—¡Eh!—dijo Pommeferre, asiéndole de un brazo, y sacudiéndole bruscamente:—levantaos ú os hago yo levantar más que a paso.

El guardia walona abrió los ojos, bostezó, se desperezó, se incorporó, y dijo con la voz soñolienta:

—¡Calla! Juana, ¿es tu marido?

—¿Pero os parece la insolencia de ese tuno?—dijo Marcos Calderón, parapetado detras de Malegarde y de Pommeferre.

—Aunque no hubieras venido Simón—contestó Juana—no hacías falta; así como así, por causa tuya mi marido me ha roto los huesos.

Al oír esto, el guardia walona echó los pies fuera de la cama, se puso sobre ellos, se ajustó el cinturón, y echó mano colérico á la espada.

—¡Cómo, mal hombre!—exclamó:—¿os habéis atrevido á zurrar á mi prima?

—Tengase el señor soldado—dijo Pommeferre—no sea que le pese; y en vez de preguntar, responda á lo que se le preguntare.

—¿Y quién os mete á vos—dijo el soldado—en cosas que no os importa? ¿ó es que el señor Marcos Calderón se ha ido á buscar quien por él salga? Pues mirad no seais vos á quien le pese, que lo que es yo no sufro que se me vengán así como quiera á las barbas.

—¿Qué decís, hombre, si estáis borracho—dijo Pommeferre—y tenéis que pedir licencia al aire para manteneros en pie?

Y le empujó; y aunque no fué con gran fuerza el soldado perdió el equilibrio, y se sentó violentamente en la cama, que crujó bajo el peso.

—Cuando yo os digo que es un pícaro, y que ese hombre no es primo de mi mujer...—dijo Marcos Calderón.

—¿Cómo que no soy primo de Juana?—dijo el soldado:—nacido como ella en Pitoña, y en la misma casa; como que ella es hija de la hermana de mi madre.

—Pero eso no es razón para que os vengáis á dormir á la cama del marido de vuestra prima—dijo Pommeferre; eso no lo manda Dios.

—Pero lo hace el diablo—dijo Marcos Calderón.

—Vamos, esto son cosas de familia—dijo Malegarde—y en la familia se quedan; si fuera un extraño sería otra cosa; pero vaya usted á ver; dos primos que han nacido en la misma casa... no hay que hablar más de esto; si ha habido algo de licencia en el señor primo, ya la prima lo ha pagapo, que no la estabais dando mala vuelta cuando os encontramos, señor bachiller: hagase la paz, que no está bien que por cosas de pocos momentos se indisponga una familia, y vamos á lo que importa. Mi amigo Pommeferre y yo, señor Marcos Calderón, hemos llegado á Madrid acompañando á cierta dama, á quien vos conocéis mucho.

—¿Una dama á quien yo conozco mucho?—dijo Marcos Calderón.

—Sí por cierto—contestó Pommeferre—; una dama con quien vos y yo quisimos casarnos, con quien se quiso casar también mi amo monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—¡Ursula!—exclamó Marcos Calderón, olvidándose de su mujer y del guardia walona.

—Sí, señor, Ursula—dijo Pommeferre—; sólo que ya no se llama Ursula.

—Sí, se llamaba doña María de Ayala—dijo Marcos Calderón.

—Y así se llama, amigo; pero es una gran señora.

—¡Ay! demasiado que lo sé—contestó Marcos Calderón—; pues qué ¿si ella no hubiera sido gran señora, me vería yo como me ve?

—Mirad, señor Marcos—dijo Pommeferre—: aquí no hay comodidad para que nosotros paseemos la noche; tenemos hambre y sueño: hace nueve ó diez años que faltamos de Madrid, y no sabemos cuál es ahora la mejor hostería donde puedan comer y beber como es debido dos hidalgos. Ya que está en vuestra casa vuestra mujer, ventos con nosotros, y llevadnos á la hostería que nos conviene.

—¡Eso es!—dijo Marcos Calderón; y dejaré sola á mi mujer con su primol

—No, señor—dijo Pommeferre—; porque el primo se va á venir con nosotros.

—¿Y por qué me he de ir yo con nadie?—dijo el guardia walona.

—Paréceme, amigo—dijo Malegarde—, que tenéis miedo de salir á la calle, no sea que os pidamos cuenta de las bravatas que habéis echado.

—¡Ah! ¿eso creéis? pues adelante—dijo el soldado, tomando su sombrero de tres candiles, que estaba sobre la cama.

—¿Y me voy yo á quedar aquí sola?—preguntó Juana.

—Aquí te quedarás, y encerrada—dijo Marcos Calderón—, que no eres tú de fiar; y más viviendo ahí al lado en el patio el hijo del sepulterero, que anda que bebe los vientos por ti: es mucha desgracia la mía, mis buenos amigos, añadió Marcos Calderón, abriendo la puerta para que saliesen Pommeferre, Malegarde y Simón.

Cuando éstos estuvieron fuera, Marcos Calderón salió, cerró la puerta y echó la llave.

Juana se quedó llorando.

Cuando estuvieron en la calle, Marcos Calderón dijo:

—Ahí á la vuelta, á cuatro pasos, en la calle de Santa Ana, está la famosa hostería del Obispo.

—¿Por qué llaman del Obispo esa hostería?—dijo Malegarde.

—Eso quiere decir que es tan buena, que aunque coma lo que hay en ella un obispo, no le encontrará falta.

—¿Y abren ahí á cualquier hora?—dijo Pommeferre.

—Al dinero le abren en todas partes, y á todas horas—respondió el bachiller.

—Pues avisémonos—dijo Malegarde.

—Poco á poco—dijo Simón—; estamos en la calle, y quiero yo ver si es verdad que os tengo miedo.

—No seais tonto, amigo—le dijo Pommeferre—; ni procuréis ponernos de mal humor, cuando gracias á Dios le traemos bueno. Veníos con nosotros, y en la hostería del Obispo ya podréis dormir la mona, que no la habéis cogido mala.

—Como que he cogido buen dinero en campaña: hacía mucho tiempo que no veía á mi prima, y era muy justo alegrarse.

—Lo veis, señores, lo veis, si tengo razón para quejarme—dijo Marcos Calderón—: ¿pues no dice que tenía razón para alegrarse con su prima?

—Me parece que sois demasiado celoso, señor Marcos Calderón; la muchacha parece una infeliz; y en cuanto á su primo, apuesto, apuesto á que hay muy poca diferencia entre él y un caballo.

—Pues mirad—dijo el de Piloña—; tengo yo un caballo que le quiero más que á mis ojos, y que no le cambiaría por la mejor moza del mundo.

—Buen soldado el que estima su caballo—dijo Pommeferre—; ¿y dónde diablos habéis dejado vuestro bicho, amigo?

—En la posada de Manazas—contestó Simón.

—También hemos dejado allí los nuestros—observó Malegarde.

—Pero ¿cuando llegamos á la hostería del Obispo?—dijo Pommeferre.

—Está á lo último de la calle—contestó Marcos Calderón—; como que hace esquina á la calle del Príncipe, enfrente el corral de la Pacheca. Vamos, ya estamos en la puerta; me parece mentira que voy á entrar en esta famosa hostería; hasta ahora me he contentado con ver desde afuera los pasteles, las aves y las empanadas, que siempre están provocando desde el mostrador el gusto de los ricos y el hambre de los pobres.

—Pues vamos á ver si tienen aquí el sueño pesado ó ligero—dijo Pommeferre.

Y llamó con fuerza.

—¿Quién llama á estas horas?—dijo desde adentro una voz de hombre.

—¿Hay aposento para tres viajeros?—dijo Pommeferre.

A poco se abrió la puerta y apareció completamente vestido un mozo; lo que quería decir que siempre se esperaba en la hostería del Obispo.

—Dios guarde á vuestras mercedes—dijo el mozo—; aposento hay como se quiera, interior ó exterior, alto ó bajo.

—Llevadnos al mejor, y despachad—dijo Pommeferre.

—El mejor de los que están vacíos cuesta dos ducados diarios—dijo el mozo—; y cuando no se conoce á las personas, se paga adelantado.

—¿Cuánto hay que daros?

—A razón de dos ducados por día, quince días, treinta ducados.

—¿Qué habláis de quince días?—dijo Pommeferre—; si á lo más tardar, mañana por la mañana nos iremos.

—Pues entonces cuatro ducados—dijo el mozo.

—¿Cómo es eso, pícaro?—contestó Pommeferre—; ¿conque pedís dos ducados por cada veinti-

cuatro horas, y por algunas horas no más, queréis cuatro ducados?

—Como que las sábanas están limpias, y así que os vayáis será menester poner otras para los que vengan.

—Eso es—dijo Pommeferre—; y por el gasto de sábanas en algunas horas, dos ducados; y luego dirán que la justicia ahorca á los ladrones, y no han colgado á vuestro amo, y aun á vos porque le ayudáis al robo.

—No hay que ofender á nadie—dijo el mozo—porque el que pide tiene licencia para pedir lo que quiera, y al que no le acomode el precio, con irse, cumple.

—Eso está muy bien—dijo Malegarde—; dale los cuatro ducados, Antolín, y concluyamos.

Pommeferre se registró lentamente los bolsillos como hacen los miserables que dan siempre de mala gana el dinero, reunió al fin los cuatro ducados, y los dió al mozo.

—Cabalmente—dijo éste subiendo por las escaleras—, hay cuatro camas en el aposento á que voy á llevaros.

—Pues sobran lo menos tres—dijo Pommeferre—; y vamos á otra cosa. ¿Con otros cuatro ducados nos podréis dar cena para los cuatro?

—Sí, señor: os daré una empanada de liebre, otra de pescado, ensalada y pasta-flora.

—¿Y vino?—dijo Pommeferre.

—Eso, lo que queráis, aparte.

—Vino para dos—dijo Malegarde.

—¿Pues no sois cuatro?

—Sí; pero dos no lo beben.

—Esos están bien, porque el agua no cuesta cara—dijo el mozo.

—No lo beben esta noche porque ya lo han bebido; y si beben más, no van á ser hombres, sino pellejos.

—Eso es otra cosa.

—¿Y cuánto vino queréis?

—Dos botellas.

—¿Y de qué?

—Del blanquillo de Yepes, que hace muy buen estómago—dijo Malegarde.

—Entonces otros dos ducados.

—Pues mira—dijo Pommeferre—; echa tú mano á la bolsa, que á más de que es justo que partamos el gasto, la mía se ha quedado temblando.

Malegarde soltó con menos pena que Pommeferre otros cuatro ducados, y al fin el mozo

de la hostería los puso en concesión del aposento, y le sirvió la cena.

Marcos Calderón se aplicó con delicia á aquellos manjares que hasta entonces había visto desde lejos.

Pommeferre y Malegarde comieron también con gran apetito.

En cuanto á Simón, que estaba más para dormir que para comer, se echó con botas y espuelas, y aun sin quitarse el sombrero, sobre una de las camas.

Cuando se quedaron solos, Pommeferre dijo á Marcos Calderón:

—¿Pero qué diablos habéis hecho de vuestra escuela de gramática en la Universidad de Salamanca?

—¡Callad y no me lo recordeis—dijo Marcos Calderón—: esa pícara de Juana me ha perdido: por ella me han quitado mi escuela de gramática: y estaba yo tan bien... particularmente por la Pascua... el ave más pequeña que me regalaba el discípulo más pobre, era un capón: entonces comía yo mejor que ahora, es decir, mejor que como acabé de comer, no, porque no he comido así en todos los días de mi vida, sino mejor que en mi casa, en la cual muchos días no como.

—¿Pero, y qué fué ello?—dijo Malegarde—: ¿cómo ha podido causaros vuestra mujer la desgracia de que os lamentáis?

—Oid, señor Malegarde—dijo Marcos Calderón—: no era decente que un maestro de gramática de la famosa Universidad de Salamanca, viviese en una hospedería de estudiantes, y alquilé una casa. Pero la casa no es todo: se necesita comer: no era tampoco decente de un maestro de la ilustre universidad de Salamanca, fuese á comer á un figón: los emolumentos de mi escuela no eran muchos; pero aun así me vi obligado á tomar criada que me cuidase: yo eché mis cuentos, y dije: si tomo una criada ya de edad, sobre tener siempre al lado una imagen de la muerte, me robará; porque sabido es que la codicia es la pasión de la senectud: si tomo una joven, es expuesto; porque al fin es tener una tentación al lado; y si de criada pasa á manceba, sobre ser esto un escándalo, no se contentará con apoderarse de mí, sino que se apoderará también de lo mío. Pues, señor, tomémos una muchacha de doce ó trece años que nos llenará la casa de la alegría de la adolescencia, y como la adolescencia no es interesada,

no nos robará; y como la adolescencia es vivaracha, nos servirá bien, y con contento, y con poco sueldo. Y encargué criada á los vecinos, expresándoles que la quería niña, y á los tres días se me vino una vieja con una sobrina que la habían mandado de Asturias, y que era la cual. No tenía más que trece años; pero era tan mujer como ahora, y estaba más gorda que ahora, y yo debía haberme llamado á engaño, porque los trece años de Juana parecían diez y ocho; pero es el caso que me tentó el diablo, y cerré los ojos, y sucedió que durante un año todo fué bien; pero al cabo, la Juana, aleccionada por su tía, me dijo, que ya que la había dado palabra de casamiento, se la cumpliera: yo abrí tanto ojo y tanta boca, y me quedé mudo y espantado, porque de casamiento no se trató nada. Indignéme y la eché á la calle, cuando hete aquí que de orden del obispo me llama el provisor, y voy: me encuentro con Juana y con su tía, que me habían puesto demanda; y yo no sé qué agradero habrían tenido con el provisor, que éste, quieras que no quieras, sin salir de allí nos casó; y lo peor fué que, so color de que yo había observado mala conducta, y vivido amancebado, cosa impropia de un maestro, me quitaron la escuela; y gracias porque mi mujer le sacó al provisor unos cuantos ducados para venírnos á Madrid, que en Salamanca me moría yo de hambre; como que todos sabían mi lance y me señalaban con el dedo, y nadie quería que un hombre de tan mala conducta como yo, instruyese á sus hijos. Cuando llegué aquí, tomé ese cuartucho, me ingenié, y vivo haciendo el maestro de escuela ambulante, dando lección casa por casa, rindiéndome y aperreándome desde las ocho de la mañana hasta las ánimas, que me duran las lecciones.

—Pues debéis ganar mucho—dijo Malegarde.

—¡Ay, no, señor mío, porque yo vendo muy barato el tiempo! ¿Qué queréis que se saque á ocho maravedís lección, y empleando en cada lección más de tres cuartos de hora? Y llega el día de fiesta que no se da lección, y al otro día no se come, porque no se ha ganado, y se va á enseñar con la tripa vacía; y como tenemos de días de fiesta la tercera parte del año, he aquí que para mí la cuaresma con ayuno riguroso es de cuatro meses. Por lo mismo os doy las más humildes gracias, porque os debo el día más grande, ó para hablar con precisión, ya sabéis, señor Pommeferre, que yo soy esclavo de la pre-

cisión del lenguaje, porque os debo, decía, la noche más grande de toda mi vida.

—Creo que en otra ocasión, hace nueve años, comisteis muy bien conmigo—dijo Pommeferre.

—Sí, pero aquel fué almuerzo.

—A propósito: ¿qué ha sido de aquella Petra Pica, de aquella doncella de la condesa de Yebra, que quería á aquel paje de la princesa de Tilly, á quien yo di una estocada?

—¡Bah! ¡la señora Petra Pica! Hecha un brazo de mar y hermosa que es una bendición, y y tratándose á lo dama.

—¡Calla! ¿pues quién la mantiene?—dijo Pommeferre.

—Ella misma á sí propia—contestó el bachiller—; quiero decir, que de ella sale lo que á ella la mantiene. ¿Entendéis?

—Perfectamente. ¿Pero no tiene amores?

—¡Ca, no señor! Dice que vos la dejasteis escarmentada para no tener más amores en todos los días de su vida.

—Mirad lo que decís.

—Digo lo que ella me ha dicho.

—¿Pero cómo la habéis encontrado?

—De manos á boca un día en la calle Mayor, frente al Mentidero, que acababa de despedir á un señor que había estado hablando con ella. Me conoció, la conocí, se me ofreció: y eso sí, Dics se lo pague, algunos días me ha quitado el hambre.

—¿Con qué tiene dinero?—dijo Pommeferre.

—Se la busca bien.

—¿Y dónde vive?

—No lejos de aquí; en la calle de las Hueras.

—¿Y estáis seguro de que si vamos á buscarla la encontraremos sin compañía?

—Yo no lo puedo asegurar eso, después de haberme encontrado á mi mujer, á quien dejé sola, con su primo el de la Guardia Walona.

—Pues vamos á verla, amigo Marcos.

—¡Cómo! ¿a estas horas?

—Habéis de saber que yo no me he entrado esta noche en Madrid saltando las tapias, sino por Petra Pica, y que me importa mucho verla.

—Pues vamos allá, señor Antolín, que yendo con vos no tengo yo miedo de andar tarde de noche por las calles de Madrid; y mirad que al que se descuida le quitan el resuello; porque con la guerra, las entradas y las salidas del archiduque, y con los excesos que aquí se han cometido, se ha quedado esto muy robusto; y hasta que co-

jan á los vagos y se los lleven, y ahorquen algunos malhechores, á quienes se les figura que Madrid es Sierra-Morena, no nos quedaremos bien.

—¿Te duermes, Malegarde?—dijo Pommeferre.

—¿Y qué quieres que haga, si no tengo para qué meter mi cuarto de espada en tu conversación con el bachiller?

—Pues mira, acuéstate formalmente; así que hayamos salido el bachiller y yo, echa la llave á la puerta del cuarto, y te la metes debajo de la almohada, de modo que ese buen mozo no pueda irse; tenemos que hablar con él.

—Sí, sí, señor, es menester que habéis con él, señor Pommeferre, y que le asustéis de manera que no se atreva á volver á pasar, no digo yo por la calle del Gato, sino que ni por la de la Cruz, ni por la de Gorguera, sus vecinas.

—Ya se arreglará todo eso, señor Marcos; ea, vamos á casa de Petra Pica.

Salieron del aposento, y Malegarde fué alumbrándoles hasta abajo con una de las bujías que estaban sobre la mesa.

Abrióles la puerta el mozo, salieron, y Malegarde se volvió al aposento, cerró la puerta, se fué al lecho donde estaba Simón, le volvió, y le dijo:

—Dusnadaos, y dormid bien, que aquí pasamos la noche.

—¿Y los otros?—dijo Simón.

—Se han ido.

—Pues me alegro—repuso Simón—: esta cama es mejor que la maldita cama de mi prima y de su marido.

—Vamos claros, camarada: vuestra prima le ha jugado una mala pasada al señor Marcos.

—Vamos, callaos—dijo Simón—; ¿pues qué había yo de deshonorar á una prima hermana mía? Y luego, que au que él es una visión, y tiene cerca de treinta años en cada pierna, ella le quiere; como que le conoció tan niña, y él es un buen hombre!... pero es muy celoso; y el haberla pegado le va á costar el que yo le siente la mano.

—Dejadle, que ya se la senté yo de modo, que á buen seguro que ande derecho en quince días.

—Pues entonces mejor—dijo Simón, y empezó á desnudarse.

Malegarde le imitó, y se metió en la cama, después de haber apagado las luces.

—Buenas noches—dijo Malegarde.

—Buenas noches—contestó Simón.

Poco después se oían dos fuertes ronquidos que partían de opuestos ángulos del aposento.

CAPITULO XI

EN QUE VOLVEMOS Á ENCONTRAR Á PETRA PICA.

El bachiller y Pommeferre salieron por la calle de Santa Ana á la de la Gorguera, de esta á la plazuela del Angel, y tomaron por la calle de las Huertas.

Desde el momento en que salieron de la hostería, Marcos Calderón dijo á Pommeferre:

—Ya que estamos solos, hablemos de ella.

—¿Y quién es ella?—dijo Pommeferre.

—¡Quién ha de ser ella! Ursula.

—¡Ah! ¿doña María de Ayala?

—Sí, señor Pommeferre, sí, no he podido olvidarla.

—Pues mirad—dijo Pommeferre—: yo, y un que me enamoré de ella como un loco, cuando la creía una pobre beata, me curé del amor, primero porque mi amo, monsieur de la Chaumiere, me sacó el amor del cuerpo de una paliza, y después porque he visto tan alta á doña María, que era un disparate pensar en otra cosa que en servirla, y en servirla bien.

—Por supuesto—dijo suspirando el bachiller—; pero con todo, yo daría lo que no tengo por verla. ¿Me llevaréis, señor Pommeferre?

—¿Adónde, á París?

—Pues yo creía haberos oído decir, que Ursula estaba en Madrid.

—¡Bahl! estais borracho, bachiller; y oís lo que nadie ha dicho.

—Pues juraría...

—No juréis: la señora es abadesa de las Ursulinas de París, y está en su convento.

—Vamos, pues he oído mal.

—¡Qué, si cuando un hombre está bebido, y sobre bebido, celoso, oye las cosas más extravagantes del mundo!

—¡Bebido y celoso! ¿Y creéis que no tengo razón para tener celos?

—De seguro, señor Marcos, que no. A pesar, sin embargo, de que tenéis mal nombre para marido.

—Pues es verdad—dijo el bachiller seriamente—; pues hasta ahora no había reparado en ello: es cierto; he nacido predestinado.

—¡Bahl! para tener celos de su mujer no es preciso que un hombre se llame Marcos; y para

no tenerlos, lo mejor que hay que hacer, es lo que he hecho yo, no casarme. Pero ¿cuándo llegamos á casa de Petra Pica?

—Está á lo último de la calle, junto al Prado de San Jerónimo; no tiene pérdida; es una casita que hace esquina con el Prado, á la derecha.

—¿Sabéis una cosa?—dijo Pommeferre.

—¿Y qué queréis que sepa?

—Que puesto que no puedo equivocarme con otra la casa de Petra, y que ahora estamos á la entrada de la calle de las Huertas y cerca de vuestra casa, os acompañe yo hasta ella y os deje encerrado y seguro.

—Verdaderamente, señor Pommeferre, que esto es lo mejor; porque en fin, ¿qué diablos he de hacer yo casa de la Petra Pica? Estorbaros que habéis, ó irme á la cocina con la criada, lo que no sería decoroso para un bachiller, y tener entre tanto mi mujer abandonada, sola.

—Una condición, señor Marcos.

—¿Cual?

—Que no habéis de maltratar á vuestra mujer.

—¿Pero y si llama á la puerta el primo?

—El primo se ha quedado allá en la hostería con Malegarde, que no le dejará salir: además, que el primo esta como un tronco, y más para dormir que para otra cosa; conque vamos, vamos allá, señor Marcos Calderón, y no perdamos el tiempo.

Se encaminaron á buen paso al callejón del Gato, llevando Pommeferre asido á Marcos Calderón, porque de otra manera se hubiera caído treinta veces en el camino; llegaron á la casa del bachiller, abrió con las llaves que le dió éste á Pommeferre la puerta de la casa y la del aposento de Marcos, y encontraron á Juana sentada en la cama y llorando.

Marcos Calderón se echó en la cama, y apenas se echó, se durmió.

Tanto había comido y bebido.

—¿Y me dejáis sola con él?—dijo cuidadosa Juana—: mirad cómo me ha puesto.

Y enseñó todo un hombro á Pommeferre.

—Dejad, dejad estar, que ya arreglaremos eso—dijo éste—: por ahora yo le tranquilizado, no tengais miedo: vaya, venid á abrir la puerta de la calle.

Juana tomó la palmatoria de hoja de lata, en la cual ardía aún turbiamente un cabo de vela, y salió.

—¿Y mi primo?—dijo.

—Mucho queréis á vuestro primo—contestó Pommeferre.

—No, no señor, no he querido decir eso; lo que he querido decir es si habeis convencido á mi primo para que no tenga un disgusto con mi marido.

—¡Ah! ¿es por vuestro marido por quien os interesáis?

—¡Pues ya lo creol

—Pues bien: tranquilizaos, esta es cosa concluida; mañana por la mañana almorzaremos juntos y quedaremos los más amigos del mundo; con que, buenas noches y reposad.

Juana había abierto la puerta exterior.

—Dios guarde á vuesa merced—dijo cerrando la puerta, porque Pommeferre había salido ya.

Este tomó á gran paso hacia la calle de las Huertas, por la que adelantó rápidamente.

—Pues tenemos ya—dijo—un ejército de espías, y la señora sabrá todo lo que quiera saber, y se hará todo lo que sea menester hacer; pero vamos á cuentas: voy á ver á la Petra Pica, y es necesario pensar en cómo le entraremos; porque es demasiado ladina la pobrecita; esto es, si no está tan bien acompañada que no sea posible verla esta noche; esto me disgustaría; no sé por qué á cada paso que me acerco á ella se me va reverdeciendo el amor que la tuve; debe estar muy hermosa; como que ahora tendrá cuando más veintisiete años; veremos cómo me recibe: hacía ya un siglo que yo no andaba de aventuras; metido siempre allá, en las Ursulinas, aguantando á viejas y á jóvenes que no le dejaban á uno tiempo para nada: Antolín aquí, Antolín allá, Antolín siempre de punta; es verdad que se ganaba con los regalos de los amantes de las pensionistas, y que la hermana Genoveva me cuidaba muy bien; pero ¡bah! prefiero mi antigua vida á la del convento, y Petra á la hermana Genoveva: como esa muchacha haya hecho fortuna, me parece que no soy yo el que vuelve á París; malo ha de ser que por la recomendación de la señora no pueda yo ser alférez de la guardia del rey ó entrar en la servidumbre: será necesario ganarlo; pues ganémoslo. ¡Calla!... ¡las dos! añadió oyendo aquella hora que acababa de dar en el reloj del convento de San Jerónimo; y estoy ya junto á la puerta de la Petra, porque ésta debe ser, no hay ninguna otra hacia la esquina.

Pommeferre llamó con fuerza á la puerta de

una pequeña casa que sólo tenía piso bajo y superior.

En aquella casa no se habían recogido todavía, porque se veía luz á través de un balcón; y apenas llamó Pommeferre, apareció en el balcón la sombra de una mujer.

—¿Quién es?—dijo.

—¡Ah, Petra, ¡Petrilla! yo te he conocido por la voz—contestó Pommeferre—; á ver si me conoces tú por la mía.

—¡Ah! ¿eres tú, Antolín?—dijo con extrañeza Petra Pica.

—Sí, yo soy, mujer—contestó Pommeferre—; pero me parece que te disgusta el que yo venga á buscarte.

—No por cierto, Antolín, y en prueba de ello voy á abrir la puerta.

—Mira, no te incomodes, que por esta reja se sube muy bien al balcón, y así es más pronto.

Y Antolín se tiró la capa, trepó por la reja, se asió al balcón y saltó dentro.

—Siempre has de ser tú el mismo—dijo Petra, mirando con avidez á Antolín: ¿pero qué eres tú? ¿qué diablo de vestido es ese? Pareces un sacristán que se ha puesto unas botas de montar y se ha colgado una espada.

—Deja, deja que me enteres de cómo estás tú y de cómo tienes la casa, muchacha: ¡vaya! tú magnífica: has crecido, has engruesado, te has hecho una mujer y dama; porque vistes sedas y encajes.

—Pues y ya lo creo.

—Y oye, ¿son diamantes esas arracadas?

—Pues y de qué han de ser, necio.

—Mira, es lástima tener tanto dinero colgado de las orejas: á qué viene eso.

—Vamos, tú como siempre.

—Conque te parezco bien.

—No estás mal mozo, te conservas; pero no es eso lo que yo quería decir, sino que como siempre, tan ansioso de dinero.

—Desengáñate, Petra: el dinero es la gran cosa; y dime, si no fuera por el dinero, cómo habías de tener tú estos buenos sillones de terciopelo y esos buenos cuadros, y ese niño Jesús en su urna sobre la mesa con tantas alhajas.

—Gracias á quien lo paga—dijo Petra.

—Ya, ya me lo figuro—dijo Pommeferre—; ¿y quién es el desollado? Porque lo que es tú no te andarás con miramientos.

—¡Mirarmel!—dijo Petra—: las manos, á ver si me caben en los dedos más cincillos.

—¡Pobre señor! ¿Y estás rica, Petra?

—Así, regular; con lo que me da el dinero que tengo puesto á ganancia, ya hay para echar capón en la olla y para ser servida.

—Oye, ¿y quién te ayuda á comer el capón?

—¿A mí? ¡pues ya se vel Nadie. ¡Pues poco aleccionada que me dejaste tú!

—Mujer, yo no me porté mal contigo.

—Conque no, ¿eh? Te me quedaste con todo el dinero que yo había ahorrado sirviendo, y me faltaste á la palabra y mano que me habías dado: te fuiste, y échale un galgo; digo, si esto es portarse bien un hombre con una mujer, venga Dios y véalo: ¡y pensar yo que este bribón ha sido mi primer hombre, señor!... Vamos, me has dado muy malos ratos, Antolín.

—Vayase por el bueno que te estoy dando ahora, paloma: la alegría se te sale por los ojos, y estás que no sabes lo que te pasa.

—Pues es verdad, Antolín, á qué es negarlo; tú eres el único hombre á quien yo he querido.

—¿Y aquel señor Perico Perea?

—¡Vaya! un novio de muchacha, de chiquilla; un entretenimiento: ¡y que me digas tú eso!... No parece sino que has perdido la memoria y que no te acuerdas de lo que pasó cuando nos conocimos.

—Vamos, cállate, mujer, que puede estarlo oyendo la criada, y contárselo al señor.

—¡La criada!... ¡eso es!... ¡como que iba yo á encerrarme de noche con nadie!... en cuanto friega se va y viene por la mañana.

—Ya sé yo por que es eso—dijo Antolín.

—¿Y por qué ha de ser?

—Porque el señor que te visita no quiere que le vea nadie.

—Pues mira, has acertado: viene al obscurer y á las ánimas me deja en paz.

—¿Y quién es ese señor?

—Un buen mozo; pero helado y frío como un huevo duro, y más serio que un ajo: yo no sé cómo se ha enamorado de mí; porque parece que es un hombre que no ha nacido mas que para quererse á sí mismo, inflarse y ponerse tieso.

—¿Pero quién es?

—El marqués de Fuentes.

—¡Vaya por casualidad! ¡Y que no es cosa de rico á lo que parece el tal señor marqués de Fuentes!

—¡Calla! ¿le conoces tú?

—Sí, mujer; de la otra vez: ¡si era muy amigo

de mi amor por eso he dicho, vaya por casualidad: ¿cómo había yo de figurarme que iba á heredar en vida al señor marqués de Fuentes?

—¡Hola!—exclamó Petra—: ¡con que ya cuentas por tuyas mi persona y mi hacienda! pues no gastas tú mucha vanidad que digamos; ni que fueras de oro: ¿quién te ha dicho eso, hijo?

—¿Quién me lo ha de decir si no tú, que te se está saliendo el alma por los ojos, mujer?

—Pues mira, Antolín, así y todo, que es verdad que te quiero, como no te cases, despidete; toma la puerta y no vuelvas.

—¿Y qué dirá el señor marqués de Fuentes si te casas conmigo, mujer?

—¿Qué dirá? Darme de dote otro tanto que lo que me ha dado, y alegrarse y no volver más por mi casa; porque estos señores se cansan pronto de las mujeres, y si no se ha ido, es porque cree que tiene en mí un cargo de conciencia, ¿entiendes? como que en el negocio de mis amores con el marqués anduvo la tía Pitaña, y le hizo creer que yo era una inocente; el marqués se alegrará mucho de que yo me case; y tú hazte cargo de que te casas con una viuda; porque en casandome yo, es como si se muriera el marqués.

—¿Y cuánto tiempo hace que corres tu por cuenta de ese señor?

—Desde que te fuistes tú con tu amor y no volvisteis á parecer ni el uno ni el otro, y me encontré yo en la calle sin dinero y sin más ropa que la puesta, porque todo te lo habías llevado tú.

—Y que quieres, mujer; yo dije: si ha de comérselo otro, a qué estoy yo que he llegado antes: y era tan poca cosa...

—Como que entonces no tenía yo ningún señor que me regalara; pero ahora es distinto: en ocho años que hace que me quiere el marqués, he ahorrado diez mil ducados, sin contar otros cinco mil en alhajas, ni los muebles, ni esta casa que me ha regalado el marqués, y que como ves, es nueva: ya lo creo; la mandó hacer para mí; y mucho y muy buen servicio de mesa, y mucha y muy buena ropa blanca; y luego los trajes de calle, y una silla de manos muy buena para que yo me pasé: además, como te he dicho, con el dote y las alhajas que el marqués me dara para que me case, ya tendremos cuarenta mil ducados: es muy gran señor, muy generoso y muy rico; como que no sabe lo que tiene: de allá de América le envían el oro acuñado en barriles.

—Pues que eche á rodar por acá uno de esos barriles.

—De menos nos hizo Dios: todo sería cogerle de buen humor.

—Pues no te descuides, Petrilla.

—Deja estar, hombre, que en buenas manos está el panderero.

—Pues que viva el marqués d: Fuentes: me caso contigo, Petra.

—Poco á poco, señor mío: ¿usted no ha cogido por ahí, en el tiempo que usted no me ha visto, ningún comprometimiento que se me pueda á mí venir encima?

—¡Qué, mujer! si hace más de ocho años que mi compañero Maegarde y yo estamos metidos en un convento de monjas.

—¡Ah! pues ahora entiendo la vestimenta que tú traes. ¿Y en qué convento habéis estado tu compañero y tú?

—En las Ursulinas.

—¿Y dónde está ese convento?

—En París.

—En París d: Francia, ¿no es verdad?

—¿Pues qué hay otro París, Petrilla? Vamos, todavía no estás bastante enseñada, y dices disparates de gente ordinaria; pero yo te acepillaré y te puiaré, y acabaré de hacerte dama.

—¿Y por qué te has venido tú á Madrid?

—Mira, Petra, esos son asuntos muy hondos.

—Pues y que lo sean: yo los quiero saber.

—Poco á poco; son cosas grandes, en que andan el rey y la princesa de los Ursinos, y dos hombres que te han querido á tí, mira qué cosa.

—¿Y quiénes?

—El marqués de Fuentes y aquel señor Perico Perea.

—Se llama don Pedro Perea—dijo Petra con cierto énfasis burlón—: como que es teniente capitán de la Guardia Walona: y mira, hace algunos días que me vió en la calle, y me siguió, y anda que bebe los vientos por mí: si yo quisiera ser teniente capitana, no tenía más que abrir la boca.

—Pues ya te contentarás con una alferecía que me buscaré yo, y luego Dios dirá.

—Pues mira, hij, yo no he tenido muchísimo gusto de verte, y mucho más gusto en saber que me quieres: á tu disposición me tienes para ca-

sarte; pero por ahora basta de visita; me estoy cayendo de sueño, y no es razón que por tí pase yo una mala noche.

—Pues acuéstate.

—Eso es, ¿y tú?

—¿Yo?—exclamó con extrañeza Pommeferre.

—En mi casa no hay más cama que la mía—dijo Petra.

—Dormiré en el canapé, que en otras partes peores he pasado yo la noche.

—No, señor; porque amaneciendo Dios, viene la vieja que me sirve, y no quiero yo que vea hombre en mi casa; ya ves tú, está clareando, porque en este tiempo amanece á las tres y media.

—Pues mira, mujer, que yo tengo que hablarte por largo, y que nos importa mucho, porque puede ser que si servimos bien á quien es menester, saquemos mucho dinero.

—¿Y qué hay que hacer?

—Saber lo que pasa en palacio, y quién priva y quién no priva, con otras cosas que ya se te dirán.

—Pues mira, vente mañana á la noche después de las ánimas; escóndete detrás de la esquina de enfrente, y cuando haya pasado un rato después de haber salido el marqués, llégame á la puerta, que yo estaré esperando.

—Es que yo no sé si podré venir mañana por la noche.

—¿Y por qué?—dijo con acento de celos Petra.

—Porque no soy mío.

—¿Pues de quién eres tú?

—De mi señora.

—¿Y quién es tu señora?

—Ya hablaremos, mujer, ya hablaremos; eso es para largo.

—Pues mira, para que yo sepa que eres tú, llama quedito un sólo golpe á la puerta la noche que vengas; no hay necesidad que se enteren los vecinos, que á esas horas estan despiertos: yo estaré con cuidado; pero ahora vete.

—Bien, mujer, adiós; hasta que el quiera.

Y Pommeferre se descolgó por el balcón.

Petrilla permaneció en él hasta que Pommeferre se perdió en la obscuridad.

FIN DEL TOMO QUINTO

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid por la policía en 1884.

Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose a la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos, velada. La que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos a la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid Apartado de correos 376.

